

PERSPECTIVA HISTORICA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

ALFREDO MARSHALL, 1842-1924 (1)

I

Alfredo Marshall, nacido en Clapham el 20 de julio de 1842, del matrimonio de Guillermo Marshall, cajero del Banco de Inglaterra, con Rebeca Oliver. Los Marshall eran una familia de empleados del Oeste de Inglaterra, que tuvo su origen en Guillermo Marshall, beneficiado de Saltash, en Cornualles, a fines del siglo XVII. Alfredo, que era el tataranieta del Reverendo Guillermo Marshall (2), el hercúleo párroco de Devonshire, que doblando las herraduras con la mano asustaba a los herreros de la localidad, haciéndoles creer que ellos hacían soplar sus fuelles para el diablo (3). Su bisabuelo fué el reverendo Juan Marshall, director de

(1) En la preparación de esta memoria, que se publicó por primera vez en el *Economic Journal* (septiembre, 1924), he contado con la gran ayuda de la señora de Marshall. Tengo que darle las gracias por haber puesto a mi disposición cantidad de documentos y por haber escrito algunas notas personalmente, de las cuales he tomado citas libremente. El mismo Alfredo Marshall dejó escritas algunas notas autobiográficas, que he utilizado de la mejor manera que he podido.

(2) Y de su tercera mujer, María Kitson, que fué la primera criatura que bautizó en su parroquia y de la que dijo, en broma, que sería su mujercita, como realmente sucedió veinte años más tarde.

(3) Esta es una de las muchas historias sobre su prodigiosa fuerza, que A. M. gustaba de contar, como, por ejemplo, conducir un carruaje tirado por un caballo por los estrechos caminos del Devonshire y, al encontrarse con otro vehículo, desenganchaba el caballo, levantaba el coche y lo ponía limpiamente al borde del camino. Pero es una pequeña idea de los últimos días de Guillermo Marshall la que nos pronostica a Alfredo. A la vejez estaba muy grueso y era difícil de mover, y se hallaba tan afectado por la gota que no

la Exeter Grammar School, quien contrajo matrimonio con María Hawtrey, hija del reverendo Carlos Hawtrey, vicedeán y canónigo de Exeter, y tía del director de Eton (4).

Su padre, cajero del Banco de Inglaterra, era un duro carácter a la antigua, de gran resolución y facilidad de percepción, fundido en el crisol de los evangelistas más estrictos, de cuello huesudo, barbilla poblada de pelo, autor de un poema evangelista narrado en una especie de lenguaje anglosajón de su propia invención, que encontró mucha aceptación en los círculos apropiados, que sobrevivió hasta los noventa y dos años, siempre con sus ideas despóticas. Los objetos más próximos de sus instintos dominadores fueron sus familiares, y la víctima más fácil de tales instintos fué su mujer; pero su imperio se extendió en teoría a la totalidad de las mujeres, ya que el anciano caballero escribió un corto tratado titulado *Man's Rights and Woman's Duties*. Alfredo Marshall no escapó a la influencia del molde paterno. Un innato afán de dominio sobre las mujeres luchaba en él con el profundo afecto y la admiración que sentía por su esposa y con una atmósfera que le puso en íntimo contacto con la educación y liberación de las mujeres.

II

A los nueve años Alfredo fué enviado a la Merchant Taylors' School, para la que el padre, dándose cuenta de la inteligencia del niño, solicitó un puesto de un director del Banco. "¿Se da usted cuenta de que me está usted pidiendo doscientas libras?", dijo el director; pero se lo concedió. En su mezcla de afecto y severidad su padre recuerda a James Mill. Acostumbraba a trabajar con el niño en los deberes de la escuela, frecuentemente en hebreo, hasta las once de la noche. En efecto, Alfredo estaba tan sobre-

podía subir y bajar las escaleras; mandó hacer un agujero en el techo de la habitación en la que normalmente hacía su vida y a través de ese agujero le subían y bajaban, por medio de unas poleas, al dormitorio, que se encontraba en el piso superior.

(4) De este modo, Alfredo Marshall era primo tercero de Ralph Hawtrey, autor de *Currency and Credit*, de forma que no hay mucho en la verdadera teoría del dinero que no provenga de este mismo tronco. A. M. heredó más de los sutiles Hawtrey que del Reverendo Hércules.



WILLIAM MARSHALL

cargado de trabajo por su padre que, solía decir su tía Luisa, con quien pasaba largas temporadas de vacaciones en verano cerca de Dawlish, le salvó la vida. Su tía le proporcionaba una barca, una escopeta y un *poney*, y al final del verano volvía a casa tostado y saludable. En la escuela estaba encogido y pálido, mal vestido; daba la impresión de estar sobrecargado de trabajo, y sus compañeros le llamaban "Vela Pálida". Se preocupaba poco de los juegos y no entablaba amistad fácilmente. Sus más íntimos amigos en la escuela fueron H. D. Traill, después miembro de St. John's College, de Oxford, y Sydney Hall, que más tarde fué artista. El hermano de Traill le dió un ejemplar de la *Lógica* de Mill, que Traill y él leyeron con entusiasmo, discutiendo sobre ella durante las comidas en la mesa de los monitores. La señora de Marshall escribe que "cuando niño Alfredo padecía fuertes dolores de cabeza, que solamente se le curaban jugando al ajedrez. Como consecuencia de esto su padre permitió el ajedrez sólo con este fin; pero más tarde hizo prometer a Alfredo que no jugaría más al ajedrez. Cumplió su promesa durante toda su vida, aunque jamás fué capaz de ver un problema de ajedrez en los periódicos sin excitarse. Pero afirmaba que su padre tuvo razón al exigirle esa promesa, porque de no hacerlo así hubiera sentido la tentación de pasarse el tiempo jugando al ajedrez." El mismo Marshall escribió en una ocasión: "No tenemos libertad para jugar al ajedrez o practicar otras sutilezas que no conducen a nada. Está bien que los jóvenes disfruten del mero placer de la acción, física o intelectual. Pero el tiempo apremia; nuestra responsabilidad es grave."

Llegando a ser tercer monitor, en 1861, reunió las condiciones para obtener una beca en St. John's College, de Oxford, bajo los antiguos estatutos, el último año que esta beca se concedía; esto le hubiera proporcionado la misma seguridad de permanencia que disfrutaban en aquella época los estudiantes de Eton en el King's College a los de Winchester en el New College. Este era el primer paso hacia la ordenación de ministro evangelista, para lo que su padre le había destinado. Pero esto no significaba una gran cosa para Alfredo, pues suponía una continuada servidumbre hacia los clásicos (5). Conservaba un doloroso recuerdo de su tiránico pa-

(5) Casi al final de su vida, A. M. escribió las siguientes características frases sobre sus estudios clásicos: "Cuando estaba en la escuela, me dijeron

dre, que le tenía levantado hasta muy entrada la noche para que estudiase hebreo, mientras que le prohibía los fascinadores caminos de las matemáticas. Su padre odiaba simplemente el ver un libro de matemáticas, pero Alfredo ocultaba en su bolsillo el *Euclides* de Pott al ir y venir de la escuela. Leía una proposición y después pensaba sobre ella mientras iba andando, parándose de vez en cuando con las puntas de los pies hacia adentro. El hecho de que el programa del sexto curso en la Merchant Taylors' incluyese hasta el cálculo diferencial había excitado sus tendencias innatas. Airey, el profesor de matemáticas, decía que "él tenía talento para las matemáticas". Las matemáticas representaban para Alfredo la emancipación, y se alegraba grandemente de que su padre no las pudiera entender. De ninguna manera aceptaría la beca para ir a enterrarse en Oxford entre lenguas muertas. Se marcharía de casa, se haría grumete en Cambridge y treparía por los aparejos de la geometría y observaría los cielos.

En este momento vino en su ayuda un tío bien dispuesto, que se mostró decidido a prestarle algún dinero (pues su padre era demasiado pobre para ayudarlo más una vez rechazada la beca de Oxford), dinero que fué pronto devuelto por Alfredo después de graduarse con lo que ganó dando clases, lo que juntamente con una ayuda (6) de cuarenta libras anuales del fondo Parkin del St. John's College, de Cambridge (7), le abrió las puertas de las matemáticas y de Cambridge. Puesto que hubo un legado de 250 libras, que le permitió catorce años más tarde pagarse el viaje a

que no tomase en cuenta los acentos al pronunciar las palabras griegas. Saqué la conclusión de que cargar mi memoria de acentos, sería un consumo de tiempo y energía que debía tenerse en consideración; así, no miré los acentos en el diccionario; y me gané el único castigo grave de toda mi vida. Esto me hizo pensar que los estudios clásicos no conducen a la apreciación del valor del tiempo, y me desvié de ellos, hacia las matemáticas, tan pronto como pude. En años posteriores he observado que los buenos estudiantes de ciencias son avaros del tiempo; pero, en cambio, muchos estudiosos dedicados a los clásicos parecen valorar el tiempo muy a la ligera. Añadiré que mi profesor era un hombre de amplio criterio, y consiguí que su clase escribiera ejercicios latinos pensando en latín, no pensando en inglés y traducidos al latín. Le estoy más agradecido por esto que por todo lo demás que hizo por mí."

(6) Aquel mismo año se le concedió una beca.

(7) Hay una carta del Dr. Bateson, profesor de St. John, al Dr. Hessay, Director del Merchant Taylor's, fechada el 15 de junio de 1861, anunciando



REBECCA MARSHALL

los Estados Unidos, la historia de la fortuna de este tío, que Alfredo relataba frecuentemente, merece anotarse aquí. Habiendo ido a buscar fortuna a Australia y habiéndose establecido allí en la época de los descubrimientos auríferos, se permitió una cierta vena de excentricidad mientras buscaba una ventaja indirecta. Se mantuvo ocupado en actividades agrícolas, pero con gran alegría de sus vecinos se negó a dar trabajo en su hacienda a personas que no tuvieran algún defecto físico, estando todo su personal compuesto de cojos, ciegos, mutilados. Cuando la fiebre del oro alcanzó su máxima altura él obtuvo su recompensa. Todos los obreros físicamente capacitados emigraron hacia los campos auríferos, y Carlos Marshall fué la única persona que pudo seguir normalmente sus faenas. Unos años más tarde regresó a Inglaterra con una fortuna, dispuesto a interesarse por un sobrino inteligente y rebelde.

En 1917 Marshall redactó la siguiente nota sobre sus métodos de trabajo en aquella época y después: "Creo que tenía diecisiete años cuando se marcó una época en mi vida. Estaba en Regent Street, y vi a un obrero que estaba delante de un escaparate, de pie, sin hacer nada; pero su rostro indicaba una energía despierta, por lo que yo me quedé quieto y observé. Se estaba preparando para dibujar sobre el escaparate las líneas fundamentales para poner una corta frase relativa al comercio, que habría de constar de letras blancas fijadas al cristal. Cada golpe del brazo y de la mano habían de dar una sola y limpia pincelada, de forma que el resultado fuese elegante; esto requería quizá dos segundos de atenta concentración. Después de cada pincelada permanecía quieto durante unos minutos para que el pulso recobrase la tranquilidad. Si hubiera ahorrado los minutos así perdidos, el perjuicio sufrido por sus patronos hubiera excedido del valor de un día de jornal. Esto despertó en mí una serie de pensamientos que me llevaron a la resolución de no utilizar jamás mi cerebro cuando no estuviera despejado, y considerar consagrados al reposo absoluto los intervalos entre dos esfuerzos sucesivos. Cuando fui a Cambridge y me con-

esta ayuda y dando testimonio del interés que el Dr. Bateson—como el Doctor Jowett, en épocas posteriores—tuvo siempre por Alfredo Marshall. Cuando A. M. obtuvo el destino de Bristol, en 1877, el Dr. Bateson escribió: "Siento gran admiración por su personalidad, que se destaca por su gran sencillez, su seriedad y por su rectitud, que llega hasta el sacrificio de sí mismo."

vertí en dueño de mí mismo, tomé la resolución de no leer libros de matemáticas por períodos superiores a un cuarto de hora seguido, sin tomar un descanso. Siempre tenía obras de literatura ligera, y en los descansos leí más de una vez casi todo Shakespeare, la *Life of Johnson* de Boswell, el Agamenón de Esquilo (la única obra teatral griega que podía leer sin esfuerzo), una gran parte de Lucrecio, etc. Desde luego, con frecuencia me entusiasmba con las matemáticas y leía por espacio de media hora o más sin pararme: pero esto indicaba que mi mente se hallaba en tensión y no se producía daño alguno." Un poder de intensa concentración por breves espacios de tiempo, con escaso poder de concentración prolongada, fué característica suya durante toda su vida. Raras veces era capaz de realizar un trabajo considerable con el mismo grado de pleno apasionamiento. También le fastidiaba la falta de memoria retentiva: incluso antes de graduarse, su trabajo en libros de matemáticas le causó tantas molestias como le causaron los mismos problemas. De niño poseyó una notable facultad aritmética, que más tarde perdió.

Mientras estuvo en St. John's College de Cambridge, Alfredo Marshall realizó sus ambiciones. En 1865 fué Segundo Wrangler (8) (destacado en la clase de matemáticas de segundo curso), el año en que Lord Rayleigh fué Senior, y fué inmediatamente elegido para una plaza pensionada. Se propuso dedicarse al estudio de la física molecular. Mientras tanto se ganaba la vida (y devolvía su dinero al tío Carlos) haciéndose, por un breve período, profesor de matemáticas en Clifton, bajo Percival, por quien sentía gran veneración. Algo más tarde regresó a Cambridge y se dedicó durante algún tiempo a preparar a los que querían presentarse a los exámenes de honor de matemáticas. De esta forma, como él decía "las matemáticas habían pagado mis atrasos, era libre de seguir mis propias inclinaciones".

La importancia principal de la estancia de Marshall en Clifton reside en el hecho de que se hizo amigo de H. G. Dakyns, que había ido allí como ayudante de profesor cuando la fundación del colegio de Clifton en 1862, y a través de él, de J. R. Mozley. Estas

(8) Uno de la famosa banda de Segundos Wranglers, que comprende a Whevell, Cler Maxwell, Kelvin y W. K. Clifford, y también Airey, el profesor de matemáticas de Marshall en Merchant Taylor's.

amistades le abrieron las puertas del círculo intelectual cuyo centro era Enrique Sidgwick. Hasta este momento no hay testimonios de que Marshall hubiera estado en contacto con los más eminentes de sus contemporáneos, pero poco después de su regreso a Cambridge se hizo miembro de la pequeña y no oficial "Discussion Society" conocida como el "Grote Club".

El "Grote Club" nació de las discusiones habidas después de la comida en la vicaría de Trumpington del Reverendo John Grote, que fué el primer profesor de filosofía moral en Knightbridge, desde 1855 hasta su muerte en 1866. Los miembros fundadores, además de Grote, eran Enrique Sidgwick, Aldis Wright, J. B. Mayor, y Juan Venn (9). J. R. Mozley, del King's College, y J. B. Pearson, del St. John's College, se unieron algo más tarde. Marshall escribió (10) el siguiente relato de su contacto con la sociedad:

"Cuando fui admitido en 1867, los miembros numerarios eran el Profesor F. D. Maurice (sucesor de Grote), Sidgwick, Venn, J. R. Mozley, y J. B. Pearson... Después de 1867 ó 1868, el Club languideció un tanto; pero pronto recibió nuevo vigor con la llegada de W. K. Clifford y J. F. Moulton. Durante un año o dos, Sidgwick, Clifford, Moulton y yo fuimos los miembros activos; todos nosotros asistíamos con regularidad. Por aquella época Clifford y Moulton habían leído poco de filosofía, así, permanecían callados durante la primera media hora de discusión y escuchaban atentamente lo que los demás, y especialmente Sidgwick, decían. Después empezaban a hablar, y el ritmo era fuerte. Si pudiera tener la reproducción textual de una docena de las mejores conversaciones que he oído, elegiría dos o tres de entre las de aquellas tardes en que Sidgwick y Clifford fueron los principales oradores. Otra, ciertamente, sería una conversación que tuvo lugar mientras tomábamos el té antes de una reunión del "Grote Club," de la que desgraciadamente no tengo nota alguna (creo que fué a principios de 1868), en la que prácticamente solo hablaron Maurice y Sidgwick. Sidgwick se dedicó a desenterrar los recuerdos de Maurice con relación a la vida política y social inglesa en los años treinta, cuarenta y cincuenta. El rostro de Maurice brillaba, con el sagrado brillo que

(9) Para una relación de las primeras reuniones por el Dr. Venn, veáse *Henry Sidgwick: a Memoir*, p. 134.

(10) Publicado en *Henry Sidgwick: a Memoir*, p. 137.

es peculiar en él, mientras contestaba a las preguntas y sugerencias de Sidgwick; los demás dijimos más tarde que sólo a él debíamos el placer de aquella reunión..."

Fué en esta época y bajo estas influencias cuando estalló la crisis de su desarrollo mental, de la que él habló a menudo en años posteriores. Su propósito de estudiar física (en sus propias palabras) "desapareció por el repentino desarrollo de un profundo interés por los fundamentos filosóficos del conocimiento, especialmente en relación con la teología".

Durante la época que Marshall pasó en Cambridge, antes de graduarse, la preferencia por las matemáticas sobre los clásicos no fué obstáculo a la integridad de los primitivos sentimientos religiosos. Todavía pensaba en la ordenación, y su celo le llevaba, a veces, al terreno de las misiones extranjeras. Fué un misionero toda su vida, pero después de una breve lucha, sus sentimientos religiosos se desvanecieron y se convirtió, para el resto de su vida, en lo que se solía llamar un agnóstico. De su relación con Sidgwick en esta época, Marshall habla como sigue (en una reunión en memoria de Sidgwick, Trinity Lodge, 16 de noviembre de 1900):

"Aunque yo no era nominalmente alumno suyo, en realidad lo era en Ciencia Moral y soy el de más edad de cuantos allí vivían. Fué, por así decir, a un tiempo mi padre y mi madre espiritual. Fui modelado por él. Acudía a él en demanda de ayuda cuando me encontraba en una dificultad y de consuelo cuando lo necesitaba; y jamás salí defraudado. Los minutos que pasaba con él no eran minutos corrientes; me ayudaban a vivir. Tenía que pasar por las mismas preocupaciones y dudas con que él, con más conocimiento y mayor fuerza, había tenido que luchar en su camino; y quizá entre todas las personas que tienen motivos de agradecimiento para con él no hay ninguna que tenga tantos como yo".

Marshall terminó su carrera precisamente en la fecha que, creo yo, los historiadores de la opinión consideran como el momento crítico en que el dogma cristiano desapareció del mundo filosófico serio de Inglaterra, o en todo caso de Cambridge. En 1863 Enrique Sidgwick, que entonces tenía veinticuatro años, había suscrito los treinta y nueve artículos como condición para conservar el derecho a su beca (11), y se ocupaba en la lectura del Deuteronomio en

(11) En 1861 había decidido no recibir órdenes religiosas.

hebreo y en preparar conferencias sobre los Hechos de los apóstoles. Mill, la mayor influencia intelectual que se ejerciera sobre la juventud de su época, no escribió nada que indicase claramente una divergencia de las opiniones religiosas recibidas, hasta 1865 con su *Examination of Hamilton* (12). Aproximadamente por esa época, Leslie Stephen era pastor anglicano, James Ward, ministro no conformista; Alfredo Marshall, candidato a las órdenes sagradas; W. K. Clifford, ministro de la alta iglesia. En 1869, Sidgwick, renunció a su beca en Trinity "para liberarme de obligaciones dogmáticas". Un poco después ninguno de ellos podría ser llamado cristiano. Sin embargo, Marshall, como Sidgwick (13), se mantuvo lo más lejos posible de la adopción de una actitud "antirreligiosa". Simpatizaba con la moral cristiana, con los ideales cristianos y con los móviles cristianos. No hay nada en sus escritos que desprecie la religión en algún sentido; pocos de sus discípulos podrían haber hablado de una manera categórica en lo que a sus opiniones religiosas se refiere. Al final de su vida decía: "la religión me parece una actitud" y que, aunque había abandonado la teología, cada vez creía más en la religión.

El gran cambio radical de los últimos años del decenio de 1860-70 fué un cambio intelectual, no el cambio ético o emocional que corresponde a una generación posterior, y fué un debate totalmente intelectual lo que lo produjo. Marshall solía atribuir el comienzo de su propia transición mental a la controversia derivada de las *Bampton Lectures*, de H. L. Mansel, que vinieron a sus manos procedentes de J. R. Mozley (14). Mansel no significa nada para la

(12) Los *Essays on Religion*, de Mill, que daban sus opiniones definitivas, no se publicaron hasta 1874, después de su muerte.

(13) Para un resumen muy interesante de la actitud de Sidgwick, en su vida posterior, vid. su *Memoir*, p. 508, o vid. el último párrafo de "*Ethics of Religion*" (*Lectures and Essays*, II, 244), de W. K. Clifford, para otra reacción característica de la generación Marshall.

(14) El Sr. Mozley (después de haber leído lo que antecede) me escribe: "Recuerdo el resumen que hizo *The Times* de estas conferencias por entonces; lo lleno que estuvo St. Mary de Oxford de estudiantes que querían escucharlas; cómo los aspectos metafísicos, que generalmente no estaban de moda, adquirirían viveza y brillo en sus manos; cómo la Razón Práctica, de Kant, fué representada por él como un paso atrás en relación con su Razón Pura, condenándose por sí misma. La imposibilidad de conocer a Dios fué elevada a la categoría de principio de valor supremo, y (aunque no lo recuerdo con pre-

generación actual. Pero, como protagonista del último intento de fundar el dogma cristiano sobre una base intelectual, fué de la mayor importancia por los años de 1860-70. En 1858, Mansel, miembro de Oxford y más tarde Deán de San Pablo, "tomó de Hamilton (15) la peculiar teoría que había de alistar a Kant al servicio de la Iglesia de Inglaterra (16)"—una extraña tergiversación del pensamiento humano—siendo su influencia muy pronunciada en Oxford durante más de cincuenta años. Las *Bampton Lectures* de Mansel en 1858, le pusieron de relieve como el campeón intelectual de la ortodoxia. En 1865, año en que Marshall se graduó y empezó a dirigir su mirada hacia lo alto, se publicó la *Examination of Sir William Hamilton's Philosophy* de Mill, que comprendía una crítica de la ampliación de Hamilton a la teología cristiana que había hecho Mansel. Mansel contestó. La defensa que hizo Mansel de la ortodoxia, dice Marshall, me "mostró cuánto había que defender". La gran controversia dominó el pensamiento de Marshall durante algún tiempo y le condujo hasta los estudios metafísicos, y de allí, hasta las ciencias sociales.

Mientras tanto, en 1859, el año siguiente a las *Bampton Lectures*, había aparecido el *Origin of Species*, indicando un camino abierto en la tierra y apartándose de las alturas de los cielos o de las nubes; y en 1860-62, los *First Principles*, de Herbert Spencer (ilegibles como lo son hoy día) marcaron una nueva dirección, disolvieron la metafísica en el agnosticismo y apartaron de un callejón sin salida a casi todos los espíritus metafísicos. Aproximadamente por la misma época, la publicación de los *Essays and Reviews* y la excomunión del obispo Colenso, fueron signos de las fuerzas quebrantadoras que operaban dentro de la iglesia misma. En el espacio de menos de veinte años a partir de la publicación de los *Principles of Geology*, de Sir Charles Lyell, antes de cuya publicación incluso

cisión) no dudo que cualquier tipo de cuestión dudosa recibió adecuada justificación.

(15) En 1836, Sir William Hamilton, después de puntualizar claramente su genealogía y de haber reclamado con éxito su baronía, fué destinado a la cátedra de Lógica y Metafísica de Edimburgo; durante los años siguientes dió las famosas conferencias, en las que intentó la peligrosa tarea de superponer influencias extraídas de Kant y de los filósofos alemanes a la tradición escocesa del sentido común.

(16) Stephen, *English Utilitarians*, III, 382.

los filósofos serios podían tomar al pie de la letra el primer capítulo del Génesis, las creencias de siglos se habían venido abajo y todo el mundo instruido estaba adquiriendo una visión totalmente nueva. Una gran corriente separaba a los padres de los hijos. El agnosticismo metafísico, el progreso evolucionista y—el único resto que todavía quedaba de la herencia intelectual de la generación anterior—la ética utilitaria, se unieron para impulsar las mentes de la juventud en una nueva dirección.

Por consiguiente, de la metafísica, Marshall pasó a la ética. Supongo que sería acertado decir que Marshall nunca se desvió explícitamente de las ideas utilitarias que dominaron a la generación de economistas que le precedió. Pero es notable con qué prudencia—en cuyo respecto va más lejos que Sidgwick y es el polo opuesto de Jevons—trató siempre estas materias. Creo que no hay un solo párrafo en sus obras en el que vincule sus estudios económicos a una doctrina ética específica. La solución de los problemas económicos no era para Marshall una aplicación del cálculo hedonístico, sino una condición previa del ejercicio de las facultades superiores del hombre, independiente, casi, de lo que indiquemos por “superiores”. El economista puede sostener, y esta afirmación basta a su propósito, que “el estudio de las causas de la pobreza es el estudio de las causas de la degradación de una gran parte de la humanidad” (17). Correlativamente, la posibilidad de progreso depende en gran medida de hechos y consecuencias que están dentro del área de la economía; y esto es lo que da a los estudios económicos su mayor y principal interés (18). Esto es cierto aun cuando la cuestión también “depende parcialmente de la capacidad moral y política de la naturaleza humana; el economista no tiene medios especiales de información por lo que a estas materias se refiere; tiene que obrar como los demás y adivinar lo mejor que pueda” (19).

Esta fué su posición definitiva. Sin embargo, fué tan solo a través de la ética como llegó por primera vez a la economía. En una visión retrospectiva de su historia intelectual, hecha por él mismo hacia el final de su vida, decía:

“De la metafísica pasé a la ética y pensé que la justificación

(17) *Principles* (1.^a ed.), pp. 3-4.

(18) *Ibidem*.

(19) *Principles* (1.^a ed.), pp. 3-4.

de las condiciones actuales de la sociedad no era fácil. Un amigo, que había leído mucho de lo que ahora se llaman ciencias morales, decía constantemente: “¡Ah! Si usted entendiera de economía política no diría eso.” Por eso, leí la *Political Economy* de Mill, que me impresionó mucho. Tenía dudas respecto de la propiedad de las desigualdades de *oportunidad*, más que de comodidad material. Así, durante mis vacaciones, visité los barrios más pobres de diversas ciudades y recorrí calles y calles contemplando los rostros de las gentes más pobres. Inmediatamente resolví emprender un estudio, lo más detallado que pudiera, de la economía política”.

Su paso a la economía está también descrito con palabras suyas en unas páginas (20), escritas aproximadamente en 1917 como prefacio a *Money Credit and Commerce*:

“Aproximadamente en el año 1867 (cuando estaba ocupado principalmente en enseñar matemáticas en Cambridge) cayeron en mis manos las Conferencias de Bampton, de Mansel, que me hicieron pensar que las propias posibilidades del hombre eran el tema más importante a estudiar por él. Así, me entregué por algún tiempo al estudio de la metafísica; pero pronto pasé a la psicología, que parecía ser un estudio más progresivo. Sus fascinadoras investigaciones en el campo de las posibilidades del desarrollo superior y más rápido de las facultades humanas me pusieron en contacto con la pregunta: ¿hasta qué punto las condiciones de vida de las clases trabajadoras británicas (y de otras) son generalmente suficientes para una plenitud de vida? Personas mayores y de más sabiduría que yo, me dijeron que los recursos de la producción no son suficientes para permitir a la gran masa de la gente el placer y la oportunidad de estudiar; y me dijeron que yo necesitaba estudiar economía política. Seguí su consejo, y me consideré como un vagabundo en el terreno de los meros hechos; con la vista puesta en el rápido retorno a la vegetación exuberante del pensamiento puro. Pero cuanto más estudiaba la ciencia económica, más pequeño me parecía el conocimiento que yo tenía de ella, en relación con el conocimiento que

(20) Salvado por la Sra. Marshall del cesto de los papeles, destino de una gran parte de su trabajo intelectual; como su tío tercero, el Reverendo Ricardo Marshall, de quien se dice que era un buen poeta, estando muy solicitada la publicación de sus composiciones; sin embargo, era tan opuesto a ello que, ante el temor de que lo hicieran después de su muerte, quemó todos sus papeles.

necesitaba tener; y ahora, después de casi medio siglo de un estudio casi exclusivo de esta ciencia, tengo la consciencia plena de ignorar más de ella que cuando empecé a estudiarla”.

En 1868, cuando todavía se encontraba en el período metafísico, el deseo de leer a Kant en su propio idioma original le llevó a Alemania. “Kant, mi guía—dijo una vez—, el único hombre a quien he adorado siempre: pero no pude avanzar más: más allá había niebla, y los problemas sociales saltaban imperceptiblemente a la palestra. ¿Es que las oportunidades de una vida real han de estar limitadas a unos pocos?”. Vivió en Dresden con un profesor alemán que ya había preparado a Enrique Sidgwick. De nuevo vivió en Alemania, en Berlín, durante el invierno 1870-71, cuando la guerra franco-prusiana. La *Philosophy of History*, de Hegel, ejerció gran influencia sobre él. También entró en contacto con la obra de los economistas germanos, especialmente de Roscher. Finalmente, el Dr. Bateson, profesor de St. John, fué el instrumento que le proporcionó el ejercicio de una carrera en su vida, persuadiendo al Colegio de que crease una cátedra especial para lecciones de ciencias morales (21). Muy pronto se volvió hacia la Economía, aunque durante algún tiempo dió breves cursos sobre otras ramas de las ciencias morales, sobre Lógica y sobre Bentham (22).

Su consagración a los estudios económicos—pues así lo consideró él siempre, no menos ordenado en espíritu que si hubiera seguido el deseo de su padre—había tenido lugar. Sus dos años de dudas y preocupación intelectual dejaron en su imaginación una profunda impresión, a la que recurría frecuentemente en años poste-

(21) En una conversación que tuve con él unas cuantas semanas antes de su muerte, trató de una manera especial de la *Philosophy of History*, de Hegel, y de la amistosa actitud del Dr. Bateson, que determinó de una manera definitiva el curso de su vida. Desde que J. B. Mayor, el primer “conferenciante de Ciencia Moral”, en Cambridge, había ocupado una cátedra semejante en St. John durante algún tiempo, cuando el Reverendo J. B. Pearson se dedicaba también al estudio de ciencias morales en St. John, el nombramiento de otro conferenciante en esta materia era una medida más bien poco corriente. Enrique Sidgwick había sido nombrado para una cátedra de conferencias de Ciencia Moral en Trinity el año anterior, 1867; y Venn había vuelto a Cambridge como conferenciante de ciencias morales, en Caius, en 1862.

(22) La Sra. de Marshall recuerda como al principio de la década de 1870, en Newnham, María Kennedy (Sra. de R. T. Wright) y ella, tuvieron que escribirle un “Diálogo entre Bentham y un Ascético”.

riores, con alumnos a los que juzgaba dignos de la excelsa llamada —pues así lo consideraba él— al estudio científicamente desinteresado de los modos y principios de los asuntos diarios de la vida, en virtud de los cuales se determinan, en gran medida, la felicidad humana y las oportunidades de una vida agradable.

Antes de que abandonemos la fase primera, cuando todavía no era economista, tenemos que detenernos un momento a considerar el color con que veía la vida, tal como él la sentía en aquel momento.

Como sus dos colegas, Enrique Sidgwick y James Ward, en las cátedras de ciencias morales de Cambridge durante las últimas décadas del siglo XIX. Alfredo Marshall pertenecía a la casta de sabios y pastores; pero, lo mismo que ellos, dotado de una noble naturaleza, también era un científico. Como predicador y pastor de hombres no era especialmente superior a otras naturalezas semejantes. Como científico, dentro de su esfera, fué el más grande del mundo durante cien años; no obstante, él prefería dar la preeminencia al primer aspecto de su naturaleza. Este primer yo debería ser señor, pensaba; el segundo yo había de ser el siervo. El segundo yo buscaba el conocimiento para su propio beneficio; el primer yo subordinaba los objetivos abstractos a las necesidades de un adelanto práctico. La aguda visión y las amplias alas de un águila tuvieron que bajar a la tierra con frecuencia para cumplir la misión del moralista.

Esta doble naturaleza es la clave de la mezcla de fuerza y debilidad que hay en Marshall; de sus varios propósitos contradictorios y de su pérdida de fuerzas; de los dos puntos de vista que siempre se pueden tener sobre él; de las simpatías y antipatías que inspiró.

En otro aspecto, la diversidad de su naturaleza fué una pura ventaja. Los estudios económicos no parecen exigir la posesión de dones especiales en una medida extraordinariamente elevada. ¿No se trata, visto desde el lado intelectual, de una materia muy fácil, comparándola con las ramas superiores de la filosofía y de la ciencia pura? Sin embargo, los economistas buenos, e incluso tan sólo competentes, figuran entre las aves más raras. Una materia muy fácil, en la que muy pocos sobresalen. La explicación de esa paradoja reside, quizá, en el hecho de que el maestro de la economía debe poseer una rara *combinación* de facultades. Tiene que alcanzar un nivel elevado en cada una de varias direcciones distintas y debe

combinar talentos que no se encuentran juntos con facilidad. Ha de ser matemático, historiador, estadista, filósofo, en alguna medida. Ha de comprender los símbolos y hablar con palabras. Ha de contemplar lo específico en términos de generalidad, y tocar lo abstracto y lo concreto al mismo vuelo del pensamiento. Ha de estudiar el presente a la luz del pasado y con vistas al futuro. Ni una sola parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar enteramente al margen de su mirada. Ha de tener un propósito y ser desinteresado, de una manera simultánea; tan apartado e incorruptible como un artista, aunque a veces deba estar tan cerca de la tierra como un político. Marshall poseyó en gran parte, pero no toda, este conjunto ideal de cualidades. Fué fundamentalmente su variada preparación y su naturaleza dividida lo que le proporcionó lo más esencial de los dones de que necesita estar provisto el economista; era destacadamente historiador y matemático, sabía tratar lo particular y lo general, lo temporal y lo eterno, al mismo tiempo.

III

La tarea de exponer el desarrollo de la economía de Marshall se hace difícil por los largos intervalos de tiempo que generalmente mediaban entre el descubrimiento inicial y su comunicación oral a sus alumnos, y su publicación definitiva en un libro dedicado al mundo exterior. Antes de intentarlo, sería conveniente señalar brevemente el curso de su vida externa desde que fué nombrado para dar las conferencias en St. John's College, en Cambridge, en 1868, hasta que ocupó la cátedra de Economía Política en Cambridge, en 1884.

Durante nueve años Marshall fué miembro y conferenciante de St. John's College, estableciendo los fundamentos de su materia, pero sin publicar nada (23). Después de ser presentado en el Grote Club se hizo amigo íntimo de W. K. Clifford (24) y de Fletcher Moulton. Clifford era el principal favorito, aunque "era dema-

(23) Los artículos ocasionalmente publicados pertenecientes a este periodo están citados en la bibliografía que sigue.

(24) Clifford, que era tres años más joven que Marshall, llegó a Trinity en 1863; fué elegido para una plaza en 1868, y residió en Cambridge, donde sus habitaciones fueron "el punto de reunión de un gran número de amigos" (vid. *Memoir*, de Sir F. Pollock), hasta 1871.

siado aficionado a las personas extraordinarias". Como miembro, algo más tarde, del "Eranus", Marshall estuvo en contacto con Sidgwick, Venu, Fawcett, Henry Jackson y otros notables de aquella primera etapa de la emancipación de Cambridge. Por esta época solía ir al extranjero casi siempre que tenía una vacación larga. La señora de Marshall escribe:

"Se llevaba 60 libras (25) y una mochila y se pasaba la mayor parte del tiempo andando por las alturas de los Alpes. Tanto andar, un verano tras otro, le convirtió en un hombre fuerte, de débil que era. Se iba de Cambridge a principios de junio, cansado y abrumado por el trabajo, y regresaba en octubre, tostado, fuerte y erguido.

El peso de la mochila le mantenía erguido, y así se conservó hasta pasados los ochenta años, incluso entonces se preocupó de ejercitarse, lo que le resultaba penoso, para permanecer bien derecho. Mientras caminaba a través de los Alpes, su costumbre era levantarse a las seis para estar en marcha antes de las ocho. Andaba con la mochila a la espalda durante dos o tres horas, entonces se sentaba, a veces en un glaciar, y se ponía a leer durante un largo rato —Goethe, o Hegel, o Kant, o Herbert Spencer— y después continuaba la marcha hasta el lugar en que pensaba hacer alto para pasar la noche. Esto fué durante su periodo filosófico. Más tarde, trabajó en la construcción de sus teorías sobre el comercio exterior e interior, durante estas marchas. De una etapa a otra le seguía un gran cajón con libros, etc., pero él se pasaba una semana o más tan sólo con la mochila. Se lavaba la camisa metiéndola en uno de los rápidos torrentes y la secaba fijándola en la punta de su bastón de montaña y llevándola al hombro. La mayor parte de sus meditaciones más difíciles las llevó a cabo durante estas solitarias marchas a través de los Alpes.

Estos *Wanderjahre* produjeron en él un amor por los Alpes que conservó vivo siempre, e incluso en 1920 (por última vez) fuimos al Tirol meridional, y allí se sentaba y trabajaba al aire libre.

Alfredo siempre realizó sus mejores trabajos al aire libre. Cuando le hicieron miembro del St. John, sus trabajos funda-

(25) Acostumbraba a calcular que sus gastos de soltero residente ascendían a 300 libras anuales, incluyendo las 60 libras para viajes durante las vacaciones.



1855



1869



CON LA SRA. MARSHALL, 1877



1892

ALFREDO MARSHALL

mentales de meditación los llevaba a cabo entre las diez de la mañana y las dos de la tarde, y las diez de la noche y las dos de la madrugada. Durante el día monopolizaba la parte salvaje del jardín, y durante la noche los claustros del patio Nuevo. En Palermo, en los primeros años de la década de 1880, trabajaba en la terraza de un hotel muy tranquilo, utilizando la tapa del baño como resguardo. En Oxford se hizo una especie de "cubil" en el jardín, y allí escribía. En Cambridge trabajaba en el balcón, y más tarde en un amplio refugio giratorio, arreglado en forma que sirviera de estudio, llamado "El Arca", y en el Tirol, con un montón de piedras, una silla de campaña y una almohada neumática, hacía lo que él llamaba "un trono"; en años posteriores siempre llevábamos una tienda de campaña en la que él pasaba el día.

En 1875 Marshall visitó los Estados Unidos durante cuatro meses. Recorrió todo el Este y llegó hasta San Francisco. En Harvard y Yale tuvo largas conversaciones con los economistas académicos, y en todas partes fué presentado a un gran número de ciudadanos importantes. Pero su principal propósito era el "Estudio del problema de la protección en un país nuevo". Hizo investigaciones en todas partes sobre esta cuestión y, ya tocando el viaje a su fin, pudo escribir lo siguiente en una carta dirigida a su casa: "En Filadelfia pasé muchas horas conversando con los proteccionistas más importantes. Y ahora creo que, tan pronto como haya leído algunos libros que me han recomendado que lea, conoceré realmente su caso en su totalidad; y no creo que haya en la actualidad o haya habido otro inglés que pudiera decir lo mismo."

A su regreso a Inglaterra leyó una comunicación sobre la industria americana en el Moral Science Club de Cambridge, el 17 de noviembre de 1875, y más tarde dió una conferencia sobre "Las condiciones económicas de América", en Bristol en 1878. El viaje a América causó en él una profunda impresión que influyó en todos sus trabajos posteriores. Solía decir que la importancia de este viaje no residía tanto en lo que realmente aprendió, como en el hecho de que llegase a conocer qué era lo que realmente quería aprender; que le enseñaron a ver las cosas en su proporción; y que quedó en condiciones de poder esperar sin extrañeza la futura supremacía de los Estados Unidos, de conocer sus causas y las direcciones que seguiría.

Mientras tanto había estado ayudando a Fawcett, que era

profesor, y a Henry Sidgwick, a establecer la Economía Política como asignatura formal en la Universidad de Cambridge. Dos de sus primeros discípulos, H. S. Foxwell, y más tarde, mi padre, John Neville Keynes, que se presentaron a los exámenes de honor en ciencias morales en 1875, conocieron a estos tres como conferenciantes sobre temas de Economía Política en la Universidad.

En 1876 Alfredo Marshall se comprometió formalmente con la señorita Mary Paley, que era bisnieta del famoso archidiacono. La señorita Paley era una antigua alumna suya y daba conferencias sobre economía en Newnham. Había pertenecido a la pequeña serie de cinco precursoras que, en 1871, antes de la fundación del Newnham College, fué a vivir con la señorita Clough, en Regent Street, núm. 74, en Cambridge, lugar que había sido alquilado y amueblado para ellas por Henry Sidgwick. Ella y la señorita Bulley, que se presentaron a los exámenes de honor de ciencias morales en 1874, en su condición de estudiantes de la "Asociación para Promover la Educación Superior de las Mujeres en Cambridge", fueron las primeras entre las precursoras de Newnham que recibieron honores en Cambridge.

El primer libro de Marshall, *The Economics of Industry*, publicado en 1879, fué escrito en colaboración con la señora Marshall; en realidad, al principio se trataba de un libro de ella, no de él, toda vez que ella había emprendido su redacción a petición de un grupo de conferenciantes de la Universidad de Cambridge, de los que daban conferencias de extensión. Contrajeron matrimonio en 1877. Durante cuarenta y siete años de vida matrimonial él dependió de una manera total del cariño que ella le profesaba. La señora de Marshall entregó su vida por completo a su marido y al trabajo de éste, y lo hizo con un grado tal de altruismo y de comprensión que se hace difícil para los amigos y los antiguos discípulos pensar en ellos separadamente, o no conceder a las brillantes cualidades del carácter de la señora de Marshall una amplia participación en lo que la inteligencia de su marido llevó a cabo.

El matrimonio, al llevar consigo, según los estatutos de la época, la pérdida de la ayuda universitaria que percibía, determinó la necesidad de buscar nuevos medios de vida. Durante una semana o dos Marshall proyectó presentarse como candidato a la Esquire Bedellship de Cambridge. Pero, "cuanto más miraba el juego, me-

nos le gustaba”, dijo finalmente. Entonces fué, por corto tiempo, intendente de St. John. Pero en seguida se le presentó una ocasión, y tan pronto como se hubo casado Marshall se fué a Bristol, como director del University College y profesor de Economía Política. Como Marshall ha anotado, “precisamente por aquel entonces los colegios Balliol y New de Oxford estaban organizando en Bristol el primer “university college”: esto es, un colegio destinado a facilitar la oportunidad de una instrucción superior a los habitantes de una gran ciudad que carecía de Universidad propia. Fui elegido su primer director: por la mañana mi mujer daba conferencias sobre economía política a un curso compuesto principalmente de mujeres, y yo daba conferencias por la tarde a un grupo fundamentalmente formado por jóvenes hombres de negocios.” Además de sus clases ordinarias, Marshall dió un cierto número de conferencias públicas, por las tardes (se encontrarán referencias a alguna de ellas en la nota bibliográfica, abajo) (26), que comprendieron una serie sobre *Progress and Poverty*, de Henry George. La obra de los Marshall en Bristol fué muy apreciada en esa ciudad, que siempre se mostró interesada en el desarrollo de la carrera de Marshall hasta mucho después de que él se marchase de allí. Pero el trabajo administrativo, especialmente lo que se refería a las peticiones de dinero que, dado lo escaso de las dotaciones del colegio, era una de las principales obligaciones del director, resultó cansado y poco conforme con su carácter. Poco después de su matrimonio, su salud y sus nervios se resintieron, fundamentalmente a consecuencia de un cálculo renal. Estaba deseoso de renunciar a su puesto de director; sin embargo, no hubo una buena ocasión para ello hasta 1881, en que el nombramiento del profesor Ramsay para el departamento de Química le proporcionó un sucesor adecuado.

Las frases que siguen pertenecen a unas notas tomadas durante el discurso de despedida que pronunció al marcharse de Bristol, el 29 de septiembre de 1881:

“Se ha dicho que todo el mundo —esto es, todo el mundo de tipo académico— tiene que padecer un ataque de filosofía. Lo mismo que se tiene un ataque de sarampión; mi ataque fué muy grave. Entonces pensé que mejoraría mucho si leía en primer lugar

(26) La conferencia sobre “El agua como elemento de la riqueza nacional”, es especialmente interesante.

algo de economía. Pensé que leyendo a Mill y algunos libros más me encontraría bien, pero vi que no era así... Leí a los socialistas, y encontré muchas cosas con las que una persona que tenga corazón tiene que simpatizar, pero encontré que ni uno solo de los socialistas había hecho presa en la ciencia económica de una manera real. No hay un principio de mejoramiento progresivo en el socialismo. El problema apareció ante mí: ¿cómo verse libres en la sociedad de los males que surgen de la falta de riqueza material?

La religión tiene esta cualidad: que pertenece por igual a todos los hombres; y las alegrías de la religión son las mayores alegrías de que el hombre es capaz. El pobre que es religioso es mucho más feliz que el rico que no lo es. (Empleo la palabra religión en su sentido más amplio, como todo aquello que eleva el espíritu del hombre hacia Dios.) Pero existe un tipo de pobreza que incluso interfiere la felicidad religiosa; un hombre que está abrumado por el cansancio y que no tiene un rato de expansión, difícilmente puede llegar a esa felicidad.

Pero, dejando la religión a un lado, hay muy pocos placeres, aparte de los religiosos, que puedan ser disfrutados por una persona que carece de riqueza material. No puede convertirse en el noble ser que podría ser: no es posible, si podemos decirlo así, que se convierta en lo que Dios proyectó que fuera. Si se gasta en una lucha constante por la existencia, no puede desarrollarse como debiera.

El trabajo que me he propuesto es éste: cómo vernos libres de los males de la competencia conservando sus ventajas.

Si representamos esta cuestión por una distancia de mil millas, el avance que yo espero hacer puede ser de unas cuatro o cinco pulgadas. Si consigo esto estaré muy satisfecho de mi vida, si con ello logro que el que me siga empiece su trabajo cuatro o cinco pulgadas más cerca de la meta de lo que yo lo hice...

Después de marchar de Bristol, Marshall y su mujer fueron a Italia, donde estuvieron casi un año. Trabajó tranquilamente en la terraza de un hotel en Palermo, durante cinco meses, y después marcharon a Florencia y Venecia. Regresó a Bristol, de donde continuaba siendo profesor de Economía Política, en 1882, en mucho mejor estado de salud. Sin embargo, le quedó para el resto de su vida una inclinación a la hipocondría y a considerarse al borde de la invalidez. De hecho, demostró tener un gran vigor constitucional

debajo de una aparente debilidad, y se mantuvo en forma como escritor hasta una edad muy avanzada. Pero su equilibrio nervioso se veía fácilmente afectado por un esfuerzo extraordinario, por la excitación o por la controversia y las diferencias de opinión; su poder de concentración prolongada sobre un trabajo mental difícil era inferior a sus deseos; y se acostumbró a una rutina de vida adaptada incluso a sus caprichos y fantasías. En realidad, estaba obsesionado por la creencia de que su vigor físico y su poder de concentración prolongada eran inferiores a lo que requerían los campos de acción que veía abrirse ante él, y a las construcciones que había ya concebido pero no había entregado al mundo todavía. En 1877, a los treinta y cinco años de edad, había ya elaborado en su interior los fundamentos de nada menos que una ciencia nueva, de gran importancia para la humanidad; un quebrantamiento de su salud y de sus energías durante los cinco años siguientes, cuando hubiera tenido que mostrar al mundo todo esto, destruyó parcialmente su valor, aunque no su determinación.

Entre los directores del University College de Bristol estaban el doctor Jowett, profesor de Balliol, y el profesor Henry Smith, quienes acostumbraban a acompañar a los Marshall durante sus visitas periódicas a Bristol. El interés de Jowett por la Economía estaba siempre despierto. Mientras fué profesor del Balliol había dado cursos y organizado conferencias sobre economía política, y continuó dirigiendo a algunos estudiantes, en plan individual, hasta el fin de su vida (27). El interés de Jowett y su fe en Al-

(27) En la sentida nota necrológica sobre Jowett que Marshall entregó para ser publicada en el *Economic Journal* (Vol. III, p. 745), escribió: "Participó en la mayor parte de los problemas que apasionan a los economistas modernos; pero sus propios maestros fueron Platón y Ricardo. Todo lo que ellos dijeron y todo lo que derivase directamente de lo que ellos dijeron, tenía un interés especial para él... En economía pura, su tema favorito era el dinero, y mostró un gran interés en la reciente controversia sobre este tema. Sus puntos de vista eran, en general, conservadores; y jamás se convirtió en bimetalista. Pero estaba dispuesto a seguir cualquier camino indicado por Ricardo; en una carta escrita no hace mucho tiempo presentaba la cuestión de si el mundo no superará el uso del oro como patrón de valor, adoptando uno de esos patrones artificiales que fastidian el alma del señor Giffen" (Cf. post., p. 292). Jowett fué siempre muy amigo de Alfredo Marshall y, después que los Marshall se fueron de Oxford, era con ellos con quienes generalmente estaba cuando iban a Cambridge.

fredo Marshall se despertaron notablemente durante las largas conversaciones que tenían por las tardes, después de las reuniones de la Junta Directiva; y después de la prematura muerte de Arnold Toynbee, en 1883, invitó a Marshall a que ocupase su puesto de profesor del Balliol y conferenciante sobre temas de economía política para los candidatos seleccionados para el cuerpo de funcionarios civiles de la India.

La carrera de Marshall en Oxford, fué breve, pero con éxito. Tuvo alumnos muy inteligentes y sus conferencias públicas tuvieron un auditorio mucho mayor y más entusiasta que en ningún otro período de su vida. En diferentes ocasiones se enfrentó con ventaja, en debates públicos, con Henry George y Hyndman, e iba adquiriendo una posición preeminente en la Universidad. Sin embargo, en noviembre de 1884, Fawcett murió, y en enero de 1885, Marshall volvió a Cambridge como profesor de Economía Política.

IV

Marshall empezó el estudio serio de la Teoría Económica en 1867; en 1875, sus doctrinas características estaban ampliamente desarrolladas; y hacia 1883, adquirían su forma definitiva. Sin embargo, ningún aspecto de su obra fué dado a conocer al mundo en forma adecuada hasta 1890 (*Principles of Economics*) y la parte del tema en que él había trabajado primeramente y que estaba casi completa en 1875, no fué tratada en un libro hasta casi cincuenta años más tarde, en 1923 (*Money Credit and Commerce*). Mientras tanto, no había conservado sus ideas para él solo, sino que las había dado a conocer sin reserva en conferencias y conversaciones con amigos y discípulos. Llegaron hasta círculos más amplios en un folleto impreso privadamente, y a través de los escritos de sus alumnos, y se hicieron extractos en informaciones testimoniales en las Comisiones Reales. Así, era inevitable que cuando se publicasen en libros carecieran de la novedad y el poder de abrir nuevos caminos que hubieran tenido una generación antes, y los economistas que conocen a Marshall solamente a través de su obra publicada encontrarán difícil comprender la extraordinaria categoría que para Marshall reclaman sus contemporáneos y sucesores ingleses. Sin embargo, parece indicado que yo haga aquí un intento, necesariamente imperfecto por falta de datos completos, de establecer el proceso

de avance de sus ideas; y después, formular las razones o las excusas que determinaron el lamentable retraso en la publicación.

Marshall empezó el estudio serio de la economía en 1867. Para fijar nuestras ideas en lo relativo a las fechas: la *Political Economy* (28), de Mill, había aparecido en 1848; la séptima edición, que fué la última que apareció con correcciones del propio Mill, en 1871; y Mill murió en 1873. *Das Kapital*, de Marx, apareció en 1868; la *Theory of Political Economy*, de Jevons, en 1871; los *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, de Menger, también aparecieron en 1871; los *Leading Principles*, de Cairnes, en 1874.

Así, pues, cuando Marshall empezó, Mill y Ricardo reinaban todavía con plena supremacía y sin que nadie les hubiera desafiado. La noción de la aplicación de métodos matemáticos se percibía en el ambiente; pero todavía no había producido nada concreto. Los *Principes Mathématiques de la Théorie des Richesses* (1835), de Cournot, son mencionados por Marshall en el prefacio a la primera edición de los *Principles of Economics* como determinantes de una importante influencia en él; este libro debió llegar a sus manos en algún momento comprendido entre los años 1867 y 1870 (29). Cournot y la natural reacción de Ricardo sobre un matemático de

(28) ¡Qué contraste presenta la redacción de este famoso libro con los *Principles* de Marshall! La *Political Economy* de Mill se empezó en el otoño de 1845 y estaba preparada para la imprenta antes de fines de 1847. Durante este periodo de poco más de dos años, Mill interrumpió el trabajo durante seis meses, mientras escribía artículos para el *Morning Chronicle* (a veces escribía cinco a la semana) sobre el problema de los campesinos irlandeses. Al mismo tiempo, Mill se ocupaba todo el día en el Ministerio de la India (vid. *Autobiography* de Mill).

La *Serious Fall in the Value of Gold Ascertained, and its Social Effects set Forth*, de Jevons, apareció en 1863, y su *Variation of Prices* en 1865; el moderno método de los números índices tiene su origen en estos dos documentos. Sus principales publicaciones sobre la periodicidad de las crisis comerciales son posteriores (1875-1879)

(29) Para una completa bibliografía de los primeros intentos y configuraciones del tratamiento matemático, véase el apéndice a la edición de Irving Fisher, del libro de Cournot. El breve escrito de Fleeming Jenkins, de 1868, no fué generalmente asequible hasta 1870 y no ejerció influencia sobre Marshall. El *Brief Account of a General Mathematical Theory of Political Economy*, de Jevons, fué presentado a la reunión de Cambridge de la *British Association* en 1862, y publicado en el *Statistical Journal* en 1866; pero este documento no contiene nada referente al tratamiento matemático. Su propósito es

Cambridge de aquella época, con quizás algunas sugerencias sobre tratamiento algebraico en los ejemplos aritméticos del Libro III, capítulo XVIII (30), de Mill, sobre "Valores Internacionales", fué todo lo que Marshall tuvo al principio para trabajar. Esta era la época de Clerk Maxwell y de W. K. Clifford, cuando los chicos que se presentaban a los exámenes de honor de matemáticas estaban ocupados en tratar de aplicarlas a las ciencias experimentales. La extensión al campo de las ciencias morales se estaba haciendo obvia. Un poco antes, Boole y Leslie Ellis, ejercieron una influencia importante en la misma dirección. Alfredo Marshall, en 1867, con la formación que había recibido, siendo íntimo amigo de W. K. Clifford, habiendo prestado atención a Ricardo, *no tenía más remedio* que dedicarse a los diagramas y al álgebra. No son necesarias más explicaciones ni otras influencias.

En este punto viene muy bien indicar el proceso de avance de su pensamiento desde 1867 hasta su viaje a América, en 1875, que el mismo Marshall redactó como sigue (31):

Mientras todavía daba lecciones particulares de matemáticas (31 bis), tradujo a las matemáticas cuantos razonamientos de Ricardo le fué posible; y trató de hacerlos más generales. Entretanto, se sintió atraído por los nuevos puntos de vista económicos de Roscher y otros economistas alemanes; y de Lassalle, Marx y otros socialistas. Pero le parecía que los métodos analíticos de los economistas históricos no siempre eran lo suficientemente profundos como para justificar su confianza en que las causas que ellos asignaban a los acontecimientos económicos fueran las causas verdaderas. Efectivamente, pensaba que la interpretación del pasado económico era casi tan difícil como la predicción del futuro. También le parecía que los socialistas desvalorizaban las dificultades de sus problemas y

bosquejar la idea del "coeficiente de utilidad" (esto es, la utilidad final), y sentar que este concepto permitirá que los fundamentos de la economía se traten como una extensión matemática del cálculo hedonístico. Véase también, en relación con esto, la carta de Marshall de 24 de marzo de 1908, dirigida al profesor J. B. Clark, que se reproduce más adelante (p. 416).

(30) Particularmente los párrafos 6-8, que fueron añadidos por Mill a la 3.^a edición (1852).

(31) Esta semblanza fué entregada por él con destino a una compilación alemana de noticias y breves biografías de economistas importantes.

(31 bis) En 1867.

que aceptaban con demasiada ligereza la idea de que la abolición de la propiedad privada eliminaría las faltas y deficiencias de la naturaleza humana... Decidió establecer un contacto más íntimo con la vida práctica de los negocios y con la de las clases trabajadoras. Por una parte, trataba de conocer las características generales de la técnica de cada una de las grandes industrias; por otra parte, buscaba la compañía de los sindicalistas, miembros de las cooperativas y demás dirigentes de la clase obrera. Viendo, sin embargo, que los estudios directos de la vida y el trabajo no producirían fruto en muchos años, decidió llenar el intervalo escribiendo una monografía separada o tratado especial sobre comercio exterior; porque los hechos fundamentales que hacen referencia a este tema se pueden obtener en documentos impresos. Se proponía que ésta fuera la primera de una serie de monografías sobre problemas económicos especiales; y esperaba, finalmente, reunir todas esas monografías en un tratado general, de alcance similar al de Mill. Después de escribir ese gran tratado, y no antes, creía que estaría en condiciones de escribir un tratado popular, más corto. Nunca cambió de opinión en lo que se refiere a que éste sea el mejor orden de trabajo; pero sus planes se vieron dominados, y casi invertidos, por la fuerza de las circunstancias. Efectivamente, escribió el primer borrador de una monografía sobre comercio exterior; y en 1875 visitó las principales sedes de la industria en los Estados Unidos con el propósito de estudiar el problema de la protección en un país nuevo. Pero este trabajo se vió interrumpido por su matrimonio. Y mientras estaba ocupado, en colaboración con su mujer, en escribir un breve tratado sobre la economía de la industria, forzosamente simplificado para lectores de la clase obrera, contrajo una enfermedad tan grave que durante algún tiempo se sintió incapaz de realizar trabajo alguno de envergadura. Un poco después pensó que sus fuerzas podrían resistir el trabajo de calcular de nuevo los ejemplos diagramáticos de problemas económicos. Aunque el fallecido profesor Walras le había animado, hacia 1873, a que los publicara, él había declinado hacerlo; ello porque temía que si aparecían separados del estudio concreto de las condiciones efectivas podría parecer que requerían una relación con los problemas reales más directa que la que en realidad tenían. Empezó, pues, por dar algunas de las condiciones y limitaciones requeridas, y así se escribió la parte fun-

damental del quinto libro de sus *Principles*. El actual volumen se logró ampliando esta parte fundamental por detrás y por delante, hasta alcanzar la forma en que se publicó en 1890.

La resolución decisiva fué el abandono del proyecto de escribir "un grupo de monografías sobre temas económicos especializados" en favor de un tratado amplio que habría de nacer completo y provisto de todo lo necesario, de la cabeza de un Júpiter de la economía; especialmente cuando los primeros problemas especializados tratados por Marshall, dinero y comercio exterior, fueron retenidos para ocupar, lógicamente, las últimas secciones de ese tratado, con el resultado de que no vieran la luz por espacio de cincuenta años.

La evidencia que poseemos en cuanto al orden de sus estudios es como sigue: en 1867 empezó con el desarrollo de los métodos diagramáticos, con atención especial hacia los problemas del comercio exterior, principalmente bajo la influencia de Ricardo, Cournot y Mill. A esto se añadió la influencia de von Thünen, en virtud de la cual "llegó a dar gran importancia al hecho de que nuestras observaciones de la naturaleza, en el mundo moral lo mismo que el físico, se refieren no tanto a cantidades totales cuanto a incrementos de cantidades, y que en particular la demanda de una cosa es una función continua, el incremento "marginal" de la cual está, en equilibrio estable, contrapesado por el correspondiente incremento de su coste de producción. no es fácil obtener una visión clara y completa de la continuidad en este aspecto sin la ayuda de los símbolos matemáticos o de los diagramas (32)."

En 1871, su avance en esta dirección había progresado considerablemente. Iba exponiendo las nuevas ideas a sus alumnos y los fundamentos de su economía diagramática estaban ya verdaderamente contruidos. En ese año apareció, como resultado de un trabajo independiente, la *Theory of Political Economy*, de Jevons. La publicación de este libro debió ser motivo de fastidio y desilusión para Marshall. Arrebató la espuma de la novedad de las ideas que Marshall iba elaborando lentamente, sin darles —según el juicio de Marshall— un tratamiento adecuado o cuidadoso. Sin embargo, ello dió, indudablemente, a Jevons la prioridad en la publicación por lo que se refiere al grupo de ideas relacionadas con

(32) Prefacio a la primera edición de *Principles of Economics*.

la utilidad "marginal" (o, como Jevons la llamaba, "final"). Las referencias de Marshall a la cuestión de la prioridad son extremadamente reservadas. Tiene mucho cuidado en dejar sin discusión el derecho de Jevons, aunque señalando indirectamente, pero de una manera clara y definitiva, que su propio trabajo nada o muy poco debía a Jevons (33).

En 1872, Marshall hizo la recensión (34) de la *Political Economy*, de Jevons, en *The Academy*. Esta fué, al menos en lo que yo sé, su primera aparición en letras de molde, a los treinta años de edad; predice en muchos aspectos su actitud permanente en relación con el tema. La recensión, aunque no fuese desfavorable, es un tanto fría y señala diversos errores. "El principal valor del libro —concluye— no reside en sus teorías más importantes, sino en el tratamiento original de un cierto número de problemas de menor importancia, sus sugestivas notas y su análisis cuidadoso. Nos encontramos continuamente con viejos conocidos que llevan trajes nuevos... Así, nos resulta familiar esta verdad: que la utilidad total de un bien no es proporcional a su grado final de utilidad... Pero el profesor Jevons ha hecho de esto la idea principal del traje con el cual ha mostrado un gran número de hechos económicos." Cuando, sin embargo, Marshall llegó a escribir, en años posteriores, los *Princi-*

(33) Véase especialmente (1.º) su nota relativa al uso del término "marginal" (Prefacio de los *Principles*, 1.ª ed), donde aparece implícito que la palabra le fué sugerida por la lectura de von Thünen (aunque von Thünen no usa este término) antes de que apareciera el libro de Jevons (en su comunicación a la British Association, en 1862, publicada en 1866, Jevons utiliza la expresión "coeficiente de utilidad"); que después de su aparición por algún tiempo condescendió con Jevons y adoptó su palabra "final" (por ejemplo, en su primera *Economics of Industry*), y que más tarde volvió a su frase original por ser la mejor (es también casi un equivalente literal de la palabra "Grenznutzen", de Menger); y (2.º) su nota en el libro III, cap. VI, párrafo 3, sobre la renta de los consumidores (o excedente), donde dice (las itálicas han sido puestas por mi) "el concepto de una medida exacta de la renta de los consumidores se publicó por Dupuit en 1844. Pero su trabajo quedó olvidado; y el primero que publicó un análisis claro de la relación de la utilidad total a la marginal (o final) en lengua inglesa fué Jevons en 1871, cuando no había leído a Dupuit. El concepto de la renta de los consumidores fué sugerido al presente escritor por un estudio de los aspectos matemáticos de la demanda y de la utilidad bajo la influencia de Cournot, von Thünen y Bentham".

(34) Creo que Marshall escribió tan sólo dos recensiones en su vida, ésta de Jevons, en 1872, y otra sobre *Mathematical Physics*, de Edgeworth, en 1881.

ples, su deseo de ser escrupulosamente justo con Jevons y de evitar la menor muestra de envidia, aparece muy marcado. Es cierto que en un párrafo (35) escribe: "es una pena que aquí, como en otras ocasiones, el placer de Jevons de exponer su caso vigorosamente le haya llevado a una conclusión que no sólo es incorrecta, sino que daña..." Pero, en otro lugar, dice (36): "Pocos escritores de los tiempos modernos se han acercado tanto a la brillante originalidad de Ricardo como lo ha hecho Jevons", y "hay pocos pensadores que tengan tantos y tan variados motivos para exigir nuestra gratitud como los tiene Jevons (37)".

En verdad, la *Theory of Political Economy*, de Jevons, es una *brochure* brillante, pero apresurada, incorrecta e incompleta, lo más alejada posible de los métodos esmerados, completos, ultraconcienciosos y opuestos a todo sensacionalismo de Marshall. Elabora de una manera inolvidable las nociones de la utilidad final y del equilibrio entre la desutilidad del trabajo y la utilidad del producto. Pero vive meramente en el tenue mundo de las ideas brillantes —¡y qué descorazonadores son los frutos, ahora que los tenemos, de la brillante idea de reducir la Economía a la aplicación matemática del cálculo hedonístico de Bentham!—, si lo comparamos que la enorme máquina de trabajo desarrollada por el paciente, persistente trabajador y genio científico que era Marshall. Jevons vió que la olla hervía y gritó con la voz complacida de un niño; Marshall también había visto que la olla hervía, y se sentó silenciosamente para construir una máquina.

Mientras Marshall trabajaba en su proyecto diagramático generalizado, dió a conocer sus escritos sobre teoría pura del Comercio Exterior y Valores Interiores. Estos escritos debieron quedar fundamentalmente completos hacia 1873, y los comunicó a sus alumnos (especialmente a Sir H. H. Cunynghame), aproximadamente, por aquella fecha. Estaban redactados en el plan de capítulos no consecutivos (38) de la *Theory of Foreign Trade, with some Allied*

(35) P. 166, 3.^a edición.

(36) En la *Note on Ricardo's Theory of Value*, que es, fundamentalmente, una réplica a Jevons.

(37) Véase también las notas de Marshall sobre su recensión de Jevons, escritas muchos años después, que se publican más adelante, pp. 99-100.

(38) La última proposición de *Foreign Trade* (que viene al principio) es la prop. XIII; la primera de *Domestic Values* es la prop. XVII.

Problems relating to the Doctrine of Laissez Faire, que terminó casi completamente en 1875-77, a su regreso de Estados Unidos, comprendiendo los resultados de su trabajo desde 1869 en adelante (39). En 1877 dejó de escribir la *Economic of Industry*, en colaboración con su mujer. En 1879, Henry Sidgwick, alarmado ante la perspectiva de que Marshall fuese privado de su derecho de prioridad, imprimió los dos capítulos en plan de circulación privada, y se enviaron ejemplares a los economistas principales en Inglaterra y en el extranjero (40).

Estos capítulos, que son muy difíciles de encontrar ahora, nunca fueron publicados en su integridad para el mundo exterior, pero las partes más significativas de ellos fueron incorporadas al Libro V, cap. XI y XII de los *Principles of Economics* y (cincuenta años después de su concepción) se incluyeron en el Apéndice J de *Money Credit and Commerce*.

Los ejercicios diagramáticos y matemáticos de Marshall en teoría económica eran de tal carácter en lo que alcance, perspicacia y cuidado científico se requiere, y estaban tan por encima de las "brillantes ideas" de sus predecesores, que podemos con justicia considerarle el fundador de la economía diagramática moderna—este elegante aparato que, generalmente, ejerce una poderosa fuerza de atracción sobre los principiantes inteligentes, que todos nosotros utilizamos como inspiración y contraste de nuestras intuiciones y como un resumen taquigráfico de nuestros resultados, pero que generalmente se queda como decoración de fondo cuando penetramos más profundamente en los lugares más recónditos del tema. El hecho de que los resultados de Marshall pasasen al mundo exterior gota a gota y que sólo un limitado círculo los recibiera en su forma completa, le restó mucha fama internacional, que de otra manera hubiera tenido, e incluso quizás retrasase el avance de la materia. Sin embargo, creo que podemos comprender la resistencia de Marshall a iniciar su carrera con la publicación de su aparato diagramático por sí solo.

Porque, en tanto ello era una necesaria dependencia de su apro-

(39) "Principalmente entre 1869 y 1873 —vid. *Money Credit and Commerce*, p. 330.

(40) Vid, el prefacio a la 1.ª ed. de *Principles*. Jevons se refiere a ellos en la segunda ed. de su *Theory*, publicada en 1879; y Pantaleoni reprodujo la prop. XIII; la primera de *Domestic Values* es la prop. XVII.

ximación intelectual al tema, la apariencia de dar importancia o exaltar tales métodos se apartaba radicalmente de lo que él consideraba, desde los primeros años de su vida, la actitud propia de una investigación económica. Además, Marshall, como hombre que había sido Segundo Wrangler, y había alimentado la ambición de explorar el campo de la física molecular, siempre sintió un ligero desprecio, desde el punto de vista intelectual o estético, por los "triviales" despojos del álgebra elemental, la geometría y el cálculo diferencial que constituyen la economía matemática. La economía matemática ejerce con frecuencia una fascinación o influencia excesivas sobre los estudiosos que se acercan al tema sin una preparación previa de matemáticas técnicas. Son tan fáciles, que están al alcance de casi todo el mundo, e introducen al estudioso, en pequeña escala, a las delicias de percibir construcciones de pura forma y colocan en sus manos elementos de juguete que puede manipular por sí mismo, cosa que produce una nueva emoción en aquellos que no han dado un vistazo a la arquitectura de rascacielos y a los monumentos detallísticamente embellecidos de las matemáticas modernas. Sin embargo, al contrario de lo que sucede en física, por ejemplo, tales partes del esqueleto de la economía teórica, que pueden expresarse en forma matemática, son extremadamente fáciles, comparadas con la interpretación económica de los complejos y no completamente conocidos hechos de la experiencia (41), y conducen a uno en muy pequeña medida hacia el establecimiento de resultados útiles.

Marshall sintió esto con una vehemencia que no todos sus discípulos compartieron. Las matemáticas preliminares eran para él un juego de niños. Quería entrar en el vasto laboratorio del mundo, oír sus rugidos y distinguir las diversas notas, hablar en las

(41) El profesor Planck, de Berlín, el famoso creador de la teoría del Quantum, me dijo una vez que en su juventud había pensado estudiar Economía, pero la había encontrado ¡demasiado difícil! El profesor Planck podía fácilmente dominar todo el cuerpo de la Economía matemática en sólo unos días. No quería decir esto, sino que la amalgama de lógica e intuición y el amplio conocimiento de hechos, la mayor parte de los cuales no tienen precisión, que se requieren para la interpretación económica en su forma más elevada son, con absoluta verdad, tremendamente difíciles para aquellos cuya facultad principal consiste en el poder de imaginar y perseguir hasta sus últimos puntos las implicaciones y condiciones previas de hechos comparativamente sencillos que se conocen con un alto grado de precisión.

lenguas de los hombres de negocios y, sin embargo, observarlo todo con los ojos de un ángel extraordinariamente inteligente. Así, como él mismo escribió con palabras reproducidas anteriormente (p. 20), "decidió ponerse en contacto más íntimo con la vida práctica de los negocios y con la de las clases trabajadoras".

Así Marshall, que había empezado por descubrir los modernos métodos diagramáticos, terminó teniendo que poner en práctica una autolimitación para mantenerlos en su sitio adecuado. Cuando aparecieron los *Principles*, los diagramas fueron aprisionados en notas al pie de las páginas, o, en el mejor de los casos, apenas si pudieron mostrarse como en un patio dentro de los confines de un breve apéndice. En 1872, al hacer la recensión de la *Political Economy*, de Jevons, escribió: "Debemos varias sugerencias valiosas a las muchas investigaciones en que destacados matemáticos, tanto ingleses como continentales, han aplicado sus métodos favoritos al tratamiento de problemas económicos. Pero todo lo que ha tenido importancia en sus razonamientos y resultados ha podido ser descrito, con apenas una excepción, en lenguaje corriente. El libro que tenemos ante nosotros mejoraría si se omitieran las matemáticas, conservando los diagramas." En 1881, al hacer la recensión de *Mathematical Physics*, de Edgeworth, después de empezar diciendo: "Este libro da claras muestras de genio y promete grandes cosas para el futuro", añade: "Será especialmente interesante ver en qué medida consigue evitar que le arrollen sus matemáticas y le coloquen fuera de la vista de los hechos reales de la economía." Finalmente, en 1890, en el prefacio a los *Principles*, en primer lugar acentúa la preferencia que siente por los diagramas sobre el álgebra, después concede a aquéllos una utilidad limitada (41 bis) y reduce el álgebra a una posición de utilidad para uso particular (42).

(41 bis) "El argumento del texto nunca depende de ellos; y pueden omitirse; pero la experiencia parece enseñar que con su ayuda se pueden dominar muchos principios importantes con mucha más firmeza que sin ella; y que hay muchos problemas de teoría pura que una persona que haya aprendido a manejar diagramas no querrá tratar por otro procedimiento."

(42) "El principal uso de las matemáticas puras en cuestiones económicas parece ser ayudar a una persona a escribir rápidamente, brevemente y con exactitud algunos de sus pensamientos para uso propio... Es dudoso que esté bien empleado el tiempo que gasta una persona en leer largas traducciones matemáticas de doctrinas económicas, cuando no han sido hechas por ella misma."

En su reacción con la adhesión excesiva a estos métodos, y también (motivo mucho menos satisfactorio) por miedo de que los "hombres de negocios" se asustasen de leer su libro, es posible que Marshall haya ido demasiado lejos. Después de todo, si "hay muchos problemas de teoría pura que una persona que haya aprendido a manejar diagramas no querrá tratar por otro procedimiento", tales diagramas deben constituir con seguridad una parte de todo curso adelantado de economía —el mismo Marshall los utilizaba libremente en sus conferencias— y deberían ponerse al alcance de los estudiantes de la manera más completa y clara posible (43).

Si bien la resistencia de Marshall a imprimir los resultados de sus primeras investigaciones queda fundamentalmente explicada por la profundidad de su comprensión del verdadero carácter de la materia tratada en sus mayores y más importantes realizaciones y por su repugnancia a faltar a sus propios ideales precisamente en aquello que él daba al mundo, fué muy de lamentar que *The Theory of Foreign Trade with some Allied Problems Relating to the Doctrine of Laissez Faire* no viera la luz en 1877, incluso aunque hubiera sido en una forma imperfecta (44). Después de todo, originariamente se lanzó a esta investigación especial

(43) Los antiguos alumnos de Marshall, sir Henry Cunynghame, y el señor A. W. Flux, han hecho algo para suplir la falta. Sin embargo, todavía, después de cincuenta años, falta el texto ideal para este propósito. La obra recientemente publicada *Mathematical Groundwork of Economics* del profesor Bowley, se opone en cierta medida a los preceptos de Marshall al preferir, en conjunto, los métodos algebraicos a los diagramáticos.

(44) En realidad, no está muy claro por qué abandonó la publicación de este libro. Con certeza, hacia la mitad de 1877 todavía tenía intención de publicarlo. Mi padre consignó en su diario, el 8 de febrero de 1877: "Marshall me ha traído una parte del manuscrito de un libro que está escribiendo sobre comercio exterior, para que la viera." Tanto Sidgwick como Jevons habían leído también el manuscrito, formando una elevada opinión del libro, tal como resulta de sus testimonios escritos en junio de 1877, cuando Marshall había solicitado su nombramiento de Bristol. Sidgwick escribió: "No tengo la menor duda de que su próxima obra, la mayor parte de la cual está ya casi terminada, le colocará inmediatamente en una elevada posición entre los economistas ingleses actuales." Y Jevons: "Todos los que conocen el contenido de su próxima obra sobre Teoría del Comercio exterior, la esperan con mucho interés, y esta obra le colocará a usted entre los más originales escritores de esta ciencia."

porque, en este caso, "los hechos principales que hacen relación a ella pueden obtenerse en documentos escritos", y estos hechos, complementados con los que él había obtenido de manera directa durante su viaje a los Estados Unidos, sobre la manera efectiva de llevar a cabo la protección en un país nuevo, debieron haber sido considerados como suficientes para escribir una monografía. Una explicación parcial se puede encontrar en el hecho de que, cuando su salud se resintió notablemente, él creyó que sólo le restaban unos años de vida y que estos pocos años habían de dedicarse a la elaboración de sus ideas fundamentales sobre valor y distribución.

Hemos de lamentar aún más el aplazamiento que hizo Marshall de la publicación de su *Theory of Money* hasta una edad extremadamente avanzada, cuando el transcurso del tiempo había privado a sus ideas de toda frescura, y a su exposición, de fuerza estimulante y vigor. No hay parte alguna de la Economía donde la originalidad de Marshall y su prioridad de pensamiento estén más marcadas que aquí, o donde la superioridad de su perspicacia y su conocimiento sobre el de sus contemporáneos sea mayor. Apenas si existe alguna característica fundamental en la Moderna Teoría del Dinero que no fuera conocida por Marshall hace cuarenta años. También aquí había una sección semi independiente del tema que admitía de manera ideal el tratamiento separado en una monografía. Sin embargo, aparte de lo que se encuentra en sus testificaciones ante Reales Comisiones y en eventuales artículos, no dió al mundo, con sus propias palabras y en su propio ambiente, ni una sola muestra a su debido tiempo. Dado que *Money* fué, desde los primeros años de la década de 1870 en adelante, uno de sus temas favoritos para conferencias, sus principales ideas llegaron a ser conocidas de sus alumnos de una forma general (45), con el resultado de crear en Cambridge una tradición oral, primero con las conferencias de Marshall y, a partir del momento en que él se retiró, con las del profesor Pigou, diferentes y (creo que hay que

(45) Su forma de dar conferencias, carente de sistemática, impedía que el estudiante medio, e incluso el de categoría superior, pudieran sacar de sus notas algo que tuviera mucha hilación o estuviera muy completo.

decirlo) superiores a todo lo que, hasta hace poco (46), se podía encontrar en libros. Parece conveniente, en este punto, intentar un breve resumen de las principales aportaciones de Marshall a la Teoría Monetaria.

Marshall no publicó impreso absolutamente nada sobre el tema del dinero (47) con anterioridad a la controversia bimetalista, e incluso entonces esperó un considerable espacio de tiempo antes de intervenir. Su primera aportación seria a esta materia se encuentra en sus contestaciones al cuestionario publicado por la Real Comisión sobre la Depresión del Comercio y la Industria, en 1886. A esto siguió su artículo sobre "*Remedies for Fluctuations of General Prices*", en el número de marzo de 1887 de la *Contemporary Review*; y un poco más tarde tuvo lugar su voluminoso testimonio ante la Comisión del Oro y la Plata, en 1887 y 1888. En 1899 evacuó su informe ante la Comisión de la Moneda India. Pero sus teorías no fueron explicadas de una manera sistemática hasta que apareció *Money Credit and Commerce* en 1923. Por esta fecha, casi todas sus principales ideas habían encontrado expresión en obras de otros autores. Tenía más de ochenta años; sus fuerzas no daban para mucho más que reunir fragmentos elaborados con anterioridad, y el seco tratamiento que les da, evitando cuidadosamente las dificultades y complicaciones, es una mera sombra de lo que hubiera podido ofrecer veinte (48) o (mejor aún) treinta años antes. Sucede, sin embargo, que el primer manuscrito de Marshall que se conserva, escrito hacia 1871, se refiere a su modo de tratar la teoría cuantitativa. Es un notable ejemplo de la continuidad de su pensamiento desde sus comienzos, entre 1867 y 1877, al que toda la esencia del libro I, cap. IV, de su *Money Credit and Commerce* se encuentre elaborada aquí hasta estar casi completa,

(46) El profesor Irving Fisher ha sido el primero, en varios casos, que ha publicado en forma de libro ideas análogas a las que habían sido elaboradas por Marshall en épocas muy anteriores.

(47) *The Economics of Industry* (1879) no fué pensado para cubrir esta parte del tema, y tan sólo contiene una breve referencia al mismo. Sin embargo, son importantes las referencias que en este libro se hacen a la teoría del ciclo.

(48) Sobre esta materia puedo hablar basándome en mis recuerdos personales, ya que fué un poco después (en 1906) cuando asistía a sus conferencias sobre el dinero.

y con un mayor vigor expositivo e ilustrativo que el que pudo darle cincuenta años después. No tengo datos que me indiquen en qué fecha llegó a las ideas fundamentales expresadas en su artículo publicado en la *Contemporary Review* o de su testimonio ante la Comisión del Oro y la Plata (49). Pero los párrafos sobre crisis comerciales de *Economics of Industry*, de los que hizo amplio uso citándolos en su contestación a los miembros de la Comisión sobre Depresión del Comercio, muestran que las líneas fundamentales de su pensamiento eran las mismas en 1879. Lo que sigue constituye lo más importante y característico de la original aportación de Marshall a esta parte de la Economía.

1) *La exposición de la teoría cuantitativa del dinero como parte de la teoría general del valor.*—Siempre enseñó que el valor del dinero es una función de su oferta, por una parte, y de su demanda, por otra, viniendo medido por “el stock medio de bienes que cada persona quiere tener”. Continuaba explicando cómo toma su decisión cada individuo, cuánto quiere tener, como resultado de un contrapeso de ventajas entre ésta y otras formas alternativas de riqueza. En el manuscrito de 1871, antes mencionado, escribió: “El valor en cambio del total importe de la moneda en el Reino es precisamente igual al del importe total de los bienes que los miembros de la comunidad han decidido controlar en esa forma acabada. Así, tratándose de moneda de plata, si conocemos el número de onzas de plata en circulación, podemos determinar cuál será el valor de una onza de plata en relación con los demás bienes dividiendo el valor del importe dado de los bienes por el número de onzas. Supongamos que, por término medio, cada individuo de una comunidad ha decidido tener a su disposición bienes por valor de un décimo de sus ingresos anuales. El dinero, que en este caso suponemos que es exclusivamente plata, del Reino será igual en valor a una décima parte de los ingresos anuales del mismo Reino. Supongamos que cambian sus costumbres y que cada persona consiente, porque gana en otros aspectos, en prescindir en mayor medida del poder de satis-

(49) Al explicar su “sinmetalismo” a los miembros de la Comisión dijo (pregunta 9.837): “Tengo una manía bimetalista propia... La he tenido durante más de diez años”, lo que lleva este aspecto particular de su pensamiento hasta antes de 1878.

facer cada necesidad tan pronto como ésta aparece. Supongamos que, por término medio, cada persona quiere disponer de bienes por valor solamente de una vigésima parte de sus ingresos. Al no quererse la misma cantidad de plata que antes por su antiguo valor, disminuirá de valor. Consecuentemente se utilizaría en mayor medida para la fabricación de manufacturas, en tanto que su producción se restringiría en las minas..." (50). Señala que la gran ventaja de este método de aproximación es que evita la embarazosa concepción de la "velocidad de circulación" (aunque él puede mostrar la exacta relación lógica entre las dos concepciones): "cuando, sin embargo, tratamos de establecer una conexión entre 'la velocidad de circulación' y el valor del dinero, ello presenta graves complicaciones". El señor Mill se da cuenta del daño (*Political Economy*, libro III, cap. VIII, párrafo 3.º, última parte), pero no se ha señalado el remedio" (51). Marshall también expuso hace tiempo la forma en que la desconfianza sentida por una moneda eleva los precios disminuyendo la voluntad del público de conservar cantidades de esta moneda —fenómeno hacia el que acontecimientos recientes han llamado la atención de todos— y se daba cuenta de que la fluctuación del nivel de precios, que es una secuela del ciclo comercial, corresponde a una fluctuación en el volumen de "bienes" (52) que el público desca tener.

2) *La distinción entre el tipo de interés real y el tipo de interés monetario y la importancia de esto para el ciclo crediticio, cuando el valor del dinero fluctúa.*—La primera exposición clara de esto es, creo yo, la que se da en los *Principles* (1890), libro VI, capítulo VI (nota final) (53).

3) *El proceso causal en virtud del cual, en los modernos sistemas de crédito, una oferta adicional de dinero influencia los pre-*

(50) Cuando yo asistía a estas conferencias, en 1906, solía ilustrar esta teoría con algunos diagramas muy interesantes.

(51) Este trozo, así como el que se ha transcrito anteriormente, pertenecen al manuscrito de 1871.

(52) En mi terminología, "real balances".

(53) Al repetir la esencia de esta nota a la Comisión de la Moneda India (1899), hace referencia en términos generosos a la entonces reciente elaboración de la idea en *Appreciation and Interest* (1896) del profesor Irving Fisher. Véase también para algunas ideas análogas *Economics of Industry* (1879), de Marshall, libro III, cap. I, párrafos 5 y 6.

cios, y qué papel juega el tipo de descuento.—El *locus classicus* para hacer una relación sobre esto, y el único informe detallado al cual pudieron acudir durante muchos años los estudiantes, es el testimonio de Marshall ante la Comisión del Oro y la Plata, en 1887 (especialmente la primera parte de esta declaración), complementada por su testificación ante la Comisión para la Moneda India, en 1899. Es una situación rara esta de que, durante un cuarto de siglo, una de las más fundamentales partes de la Teoría Monetaria no haya sido asequible a los estudiosos, sino en la forma de preguntas y respuestas ante una Comisión Gubernamental que estaba interesada en un problema práctico transitorio.

4) *La enunciación de la teoría de la "Paridad del poder adquisitivo" como determinante del tipo de cambio entre países con divisas no convertibles mutuamente.*—En esencia, esta teoría se debe a Ricardo, pero la reelaboración del profesor Cassel en forma que fuese aplicable a las condiciones modernas fué anticipada por Marshall en el Memorándum (54) que figura como apéndice a su testimonio ante la Comisión del Oro y la Plata (1888). También ocupó un importante lugar en las conclusiones sentadas ante la Comisión de la Moneda India (1899). Lo que sigue, tomado de un resumen de sus opiniones entregado por Marshall a la Comisión del Oro y la Plata, resume su teoría en pocas palabras: "Supongamos que B tiene un papel moneda inconvertible (digamos rublos). En cada país, los precios se regularán por la relación entre el volumen de dinero y el trabajo que viene a realizar. El precio oro del rublo se determinará (por la vía del comercio) precisamente en la proporción en que estén los precios oro en A con respecto a los precios en rublos en B (teniendo en cuenta el costo de transporte)."

5) *El método en "cadena" para reunir números índices.*—La

(54) Titulado *Memorandum as to the Effects which differences between the Currencies of different Nations have on International Trade*. Sus ejemplos se refieren a oro inglés y rublos papel rusos; y alternativamente, oro inglés y plata de la India. Sostiene que un apartamiento prolongado de la paridad de poder de compra (no usa esta expresión), no es probable excepto cuando "existe una desconfianza general en el futuro económico de Rusia, que hace que los que invierten capital deseen retirarlo de Rusia", una notable previsión de acontecimientos recientes. Una parte de este Memorándum fué reproducida como primera parte del apéndice G de *Money Credit and Commerce*.

primera mención de este método se halla en una nota a la última parte (titulada "How to estimate a unit of purchasing power") de sus *Remedies for Fluctuations of General Prices* (1887).

6) *La propuesta de papel moneda para circulación (siguiendo la dirección de "Proposals for an Economical and secure Currency", de Ricardo) basada sobre el sinmetalismo oro y plata como patrón.*—Esta sugerencia se encuentra por primera vez en su respuesta a los miembros de la Comisión sobre Depresión del Comercio, en 1886. Afirmó que el bimetalismo corriente siempre tendería a operar como un metalismo alternativo. En este orden de ideas dijo: "Sostengo que, si nuestra moneda va a sufrir una gran perturbación por causa del bimetalismo, deberíamos asegurarnos de que realmente lo es... Mi programa alternativo se ha tomado del suyo (el de Ricardo) simplemente emparejando una barra de plata de, digamos, 200 gramos con una barra de oro de, por ejemplo, 100 gramos; preparándose el Gobierno a estar siempre dispuesto a comprar o vender un par de barras conjuntas por una cantidad fija de moneda... Este plan podría ser iniciado por cualquier nación sin esperar a que otras lo hicieran." No urgió la inmediata adopción de este sistema, pero lo expuso como preferible, por lo menos, al bimetalismo. La misma propuesta fué repetida en 1887 en su artículo "Remedies for fluctuation of General Prices" y, en 1888, en su testificación ante la Comisión del Oro y la Plata (55).

7) *La propuesta de un patrón tabular oficial de uso discrecional en caso de largos contratos.*—Esta propuesta aparece por primera vez en un apéndice a una comunicación sobre los remedios para la discontinuidad de empleo, que Marshall leyó en la "Conferencia de Remuneraciones en la Industria" en 1885 (56). En su respuesta a los miembros de la Comisión sobre Depresión del Comercio, en 1886, repitió lo que había dicho en la Conferencia, añadiendo algo:

"Una importante causa de la discontinuidad en la industria, escribía, es la falta de un cierto conocimiento del valor que tendrá una libra algún tiempo después... Este grave daño podría dismi-

(55) Véase también *Money Credit and Commerce*, págs. 64-67.

(56) Titulado *How far do remediable causes influence prejudicially. (a) the continuity of employment, (b) the rates of wages?"*

nuirse en gran medida con un plan que los economistas han defendido desde hace mucho. Al proponer este remedio, quiero que el Gobierno ayude a los que negocian, pero no que se dedique por sí mismo a los negocios. Debería publicar tablas que mostrasen, con tanta aproximación como fuera posible, los cambios del poder adquisitivo del oro y debería facilitar contratos de pagos que se hicieran sobre la base de unidades de poder adquisitivo fijo... La unidad de poder adquisitivo general constante sería aplicable, si lo decidían así libremente ambas partes interesadas, a casi todos los contratos de pago de intereses, al reembolso de préstamos y a muchos contratos de pago de alquileres y de sueldos y jornales... Quiero hacer constar especialmente el hecho de que esta propuesta es independiente de la forma de nuestra moneda y no requiere que se introduzca ningún cambio en ella. Admito que este plan difícilmente sería asequible al comercio internacional. Pero su importancia como elemento fortificador de nuestro comercio interior podría ser tan grande, y su implantación sería tan fácil y estaría tan libre de todos los males que generalmente acompañan la intervención del Gobierno en los negocios, que me atrevo a llamar fuertemente la atención inmediata de ustedes sobre sus ventajas."

Esta importante propuesta fué desarrollada posteriormente en el notable ensayo de Marshall sobre *Remedies for fluctuations of General Prices*, que ha sido mencionado anteriormente. Las tres primeras partes de este ensayo se titulan: I, "The Evils of a fluctuating Standard of Value"; II, "The Precious Metals cannot Afford a Good Standard of Value"; III, "A Standard of Value Independent of Gold and Silver". Marshall tenía la costumbre, característica en él, de reservar para poner en notas lo que tenía mayor novedad o era más importante entre lo que tenía que decir (57); lo que sigue es un extracto de una nota de este ensayo:

"Cualquier plan para regular la oferta de moneda de tal forma que su valor sea constante debe ser, creo yo, nacional y no internacional. Haré una breve indicación de dos de esos planes, aunque yo no defienda ninguno de ellos. En el primer sistema, la moneda sería inconvertible. Un departamento gubernamental

(57) Sería mucho mejor leer las notas y los apéndices de las grandes obras de Marshall y omitir el texto, que lo contrario.

automático compraría títulos de la deuda consolidada por dinero cuando una libra valiera más de una unidad y vendería los títulos de la deuda consolidada contra dinero siempre que su valor fuera inferior... El otro sistema es el de una moneda convertible, dando derecho cada billete de una libra a reclamar, en una oficina del Gobierno, tanto oro como en ese momento valiese media unidad, juntamente con tanta plata como fuera el valor de media unidad" (58).

El *Economist* se burló del sinmetalismo de la Tabla Patrón facultativa; y Marshall, que siempre tuvo el excesivo temor de ser considerado poco práctico o por encima de la capacidad del "hombre de negocios" (ese monstruo legendario), no perseveró (59).

V

Anteriormente he prometido que trataría de exponer las razones o las excusas del retraso en la publicación de los métodos y teorías de Marshall relativos a los métodos diagramáticos, la Teoría del Comercio Exterior y los Principios del Dinero y el Crédito. Opino que las razones, algunas de las cuales son válidas en todos los períodos de su vida, fueron parcialmente buenas y parcialmente malas. Examinemos primeramente las buenas:

Marshall, como ya hemos indicado con anterioridad, llegó muy pronto a la conclusión de que el esqueleto de la teoría económica

(58) La última parte de esta frase presupone la adopción del sinmetalismo. El segundo sistema es semejante al "dólar compensado" del profesor Irving Fisher.

(59) En diciembre de 1923, después de que yo le hube enviado mi *Tract on Monetary Reform*, me escribió: "Conforme pasan los años aparece más claro todavía que debería haber una moneda internacional; y que la superstición —estúpida en sí misma— de que el oro es el representante "natural" del valor, ha prestado un excelente servicio. Me he nombrado yo mismo médico aficionado de la moneda; pero como tal no me puedo considerar satisfecho. Me queda poco tiempo de vida; pero, si se me ofrece la oportunidad, preguntaré a los que lleguen a las regiones celestiales si ha conseguido usted encontrar un remedio para las enfermedades de la moneda." Con relación a la elección entre las ventajas de una moneda nacional o internacional, creo que lo más cierto fué lo que escribió en 1887, y que una moneda de valor constante debe ser, al principio por lo menos, una moneda nacional.

no tiene gran valor por sí mismo y no le lleva a uno muy lejos en la dirección de las conclusiones prácticas y útiles. Toda la cuestión gira alrededor de su aplicación a la interpretación de la vida económica ordinaria. Esto exige un conocimiento profundo de los hechos reales de la industria y el comercio. Pero éstos, y la relación de las personas individuales con respecto a ellos, están variando rápida y constantemente. Algunos trozos de su conferencia de ingreso en Cambridge (60) nos indican su posición:

“El cambio que se ha operado respecto del punto de vista de la Economía, en la presente generación, se debe al descubrimiento de que el hombre es en gran medida una criatura de las circunstancias y que cambia con ellas. El defecto principal de los economistas ingleses de principios de siglo no fué que ignorasen la historia y la estadística, sino que consideraban al hombre como, por así decirlo, una cantidad constante y no se tomaban la menor molestia en estudiar sus variaciones. Por consiguiente, atribuían las fuerzas de la oferta y la demanda una acción mucho más mecánica y regular que la que realmente tiene. Su falta más importante fué que no vieron cuán susceptibles de cambios son las costumbres e instituciones de la industria. Pero los socialistas eran hombres que habían sentido intensamente y conocían algo sobre las fuentes ocultas de la acción humana, que los economistas no tuvieron en cuenta. Enterradas entre sus desenfrenadas rapsodias, había algunas observaciones y fértiles sugerencias, de las cuales tenían mucho que aprender los filósofos y los economistas. Entre los malos resultados a que dió lugar la pobreza de la obra de los economistas ingleses de principios de siglo, quizás el más lamentable sea la oportunidad que dió a los socialistas de citar y aplicar dogmas económicos de manera incorrecta. Ricardo y sus principales seguidores no aclararon a los demás, ni siquiera estaba claro para ellos mismos, que lo que estaban construyendo no era la verdad universal, sino una maquinaria de aplicación universal, para el descubrimiento de cierta clase de verdades. Al atribuir una universalidad elevada y trascendente al esquema central del razonamiento económico, no atribuye universalidad a los dogmas económicos. No se trata

(60) *The present position of economics*, 1885.

de un cuerpo de verdades concretas, sino de un instrumento para el descubrimiento de verdades concretas (61).”

Sosteniendo estos puntos de vista y viviendo en una época de reacción contra los economistas, cuando los errores de sus predecesores sobre los que llama la atención, estaban ocasionando mucho daño, Marshall se mostraba naturalmente reacio a publicar el aparato económico aislado, divorciado de sus aplicaciones apropiadas. Los diagramas y la teoría pura en sí mismos, podían causar más daños que beneficios, aumentando la confusión entre los objetivos y métodos de las ciencias matemáticas y los de las ciencias sociales, y servirían para dar una importancia que él consideraba, precisamente, como equivocada. Al publicar el producto de sus reflexiones, sin enfrentarse con el problema de descubrir sus puntos de contacto con el mundo real, seguía y daba mal ejemplo. Por otra parte, los hechos relevantes eran muy difíciles de obtener, mucho más que ahora. El avance de los acontecimientos en los años 70 y 80, especialmente en América, fué extraordinariamente rápido; y apenas si existían fuentes de información organizadas, que tanto abundan actualmente. Durante los veinte años que transcurrieron desde 1875 a 1895 Marshall aumentó grandemente, de una manera efectiva, su dominio sobre los hechos reales y su poder de juicio económico, y la obra que podría haber publicado entre 1875 y 1885 habría sido notablemente inferior a la que era capaz de publicar entre 1885 y 1895.

La otra razón válida fué de carácter personal. Su salud se quebrantó en un momento crítico de su vida. Una vez que se hubo restablecido, la preparación de conferencias y el tiempo que dedicaba a sus alumnos ocasionaron grandes interrupciones en la escritura de libros. Era demasiado meticuloso en su búsqueda de la precisión, así como en la consecución de una expresión concisa, para ser un escritor rápido. Era especialmente inhábil en lo que se refiere a componer un todo partiendo de trozos separados, así como en la cuestión de volver a redactarlos una y otra vez según las reacciones que podrían ejercer unos sobre otros. Siempre estaba tratando de escribir grandes obras, pero le faltaba la

(61) Esta es una cita omnicompreensiva, pues he puesto juntos párrafos que no eran consecutivos. Partes de esta conferencia fueron transcritas casi literalmente en *Principles*, libro I, capítulo IV.

facultad de ejecución rápida y el poder de concentración prolongada (tal como lo poseía J. S. Mill), así como el de una sensibilidad artística continuada frente al conjunto (que Adam Smith tenía) que son necesarios para el éxito final de un tratado.

Llegamos ahora en nuestra explicación a lo que debemos admitir como razones inadecuadas. Dados sus puntos de vista con relación a la imposibilidad de cualquier clase de finalidad en la economía y con la rapidez con que se cambian los acontecimientos; dado lo limitado de sus aptitudes literarias personales y de su tiempo para escribir libros, ¿no fué una decisión lamentable la que le hizo abandonar su primitiva intención de escribir monografías separadas e independientes, en favor del gran tratado? Opino que lo fué, y que ciertas debilidades contribuyeron a que obrara así.

Marshall tenía plena conciencia de la superioridad de sus facultades sobre las de sus contemporáneos. En su conferencia de ingreso de 1885 dijo: "Hace doce años Inglaterra tenía, quizá, el más destacado equipo de economistas que pueden haber existido en un país al mismo tiempo. Pero uno tras otro se nos han ido Mill, Cairnes, Bagehot, Cliffe Leslie, Jevons, Newmarch y Fawcett." No quedó uno solo que por aquella época pudiera pretender ponerse a la altura de Marshall. Estaba siempre dispuesto a dedicar tiempo y energías a sus alumnos, que habían de desarrollar la economía del futuro. Pero no le seducía la idea de sacar ante el público su obra a medio hacer, ni creía en la eficacia de la cooperación de muchos cerebros, ni estaba dispuesto a dejar que el mundo ajeno a la economía sacase de él lo que pudiese. ¿No estaba intentando, en contra de sus principios, de conseguir una finalidad imposible? Un tratado de economía puede tener un gran valor formativo. Quizá necesitemos un tratado, a manera de *pièce de résistance*, para cada generación. Pero en vista del carácter transitorio de los hechos económicos y de la esterilidad de los principios económicos aislados, el progreso y la utilidad diaria de la ciencia económica, ¿no requerirán que los precursores e innovadores huyan de los tratados y prefieran los folletos o las memorias? Antes he disminuído el valor de la *Political Economy*, de Jevons, diciendo que no era más que un brillante folleto. Sin embargo, fué la disposición de Jevons a esparcir sus ideas, a lanzarlas al mundo, lo que le valió su gran posi-

ción personal y su poder no igualado de estimular a otros. Todas las aportaciones de Jevons a la economía fueron hechas en forma de fascículo. Malthus estropeó el *Essay on Population* cuando, después de la primera edición, lo convirtió en un tratado. Las mayores obras de Ricardo se escribieron como efímeros folletos. Y Mill al redactar, con sus peculiares dotes, un tratado de éxito, ¿no hizo más por la pedagogía que por la ciencia, terminando por sentarse, como el viejo lobo de mar, junto al viajero Simbad de la siguiente generación? Los economistas deben dejar a Adam Smith la gloria del libro en cuarto, deben aprovechar el tiempo, lanzar folletos al viento, escribir siempre "sub specie temporis" y conseguir la inmortalidad accidentalmente, si acaso.

Además Marshall, al conservar su sabiduría para él hasta poder presentarla completamente vestida, ¿no confundió, quizá, la verdadera naturaleza de sus propias y especiales dotes? En el párrafo antes citado él decía "La economía no es un cuerpo de verdades concretas, sino un instrumento para el descubrimiento de verdades concretas." Este instrumento, tal como lo venimos utilizando hoy día, es en gran medida una creación de Marshall. Lo puso en manos de sus alumnos mucho antes de ofrecérselo al mundo. La construcción de este instrumento fué el resultado esencial del genio peculiar de Marshall. Sin embargo, anheló "la verdad concreta" que había rechazado para cuyo descubrimiento no estaba especialmente cualificado. Tengo recuerdos muy lejanos, casi anteriores al momento en que yo supiera lo que era la economía, de las tristes protestas de mi padre, que había tenido ocasión de observar, primero como alumno y después como colega, el desarrollo del pensamiento de Marshall casi desde sus principios, contra la obstinada negativa de Marshall a querer comprender hasta dónde llegaban su capacidad especial y su parte débil, y de cómo sus ambiciones irrealizables estorbaban la tarea de dar al mundo los verdaderos tesoros de su mente y de su genio. La economía hubiera adelantado mucho más en todo el mundo y la autoridad e influencia de Marshall hubieran sido mucho mayores si su temperamento hubiera sido un poco diferente.

Hay que mencionar dos características más. En primer lugar, Marshall tenía demasiado miedo de equivocarse. Era demasiado susceptible a la crítica y a la controversia, incluso sobre cuestio-

nes de poca importancia, le trastornaba fácilmente. Una sensibilidad extremada le privaba de magnanimidad hacia el crítico o el adversario. Este temor de que le corrigieran si hablaba demasiado pronto agravó otras tendencias. Sin embargo no hay nada malo, después de todo, en que uno se equivoque alguna vez, sobre todo cuando se remedia prontamente el error. Esta cualidad no fué sino el defecto del alto nivel de precisión y verdad científica, que nunca se debilitó y que asustó a sus alumnos.

En segundo término, Marshall estaba demasiado deseoso de hacer el bien. Sentía una inclinación a disminuir el valor de aquellas partes intelectuales del tema que no estaban *directamente* ligadas con el bienestar humano o con la situación de las clases obreras o semejantes, aunque *indirectamente* pudieran revestir la máxima importancia, y a creer que cuando se ocupaba de dichas partes no se estaba ocupando de lo más elevado. Terminó el conflicto, al que ya hemos aludido, con una inteligencia que era severa, seca, crítica y tan poco sentimental como se quiera, con emociones y aspiraciones de un tipo totalmente diferente generalmente no expresadas. Cuando su cerebro estaba trabajando en los diagramas y el comercio exterior y el dinero, había un duende moralizador evangelista dentro de él, tan mal aconsejado como para desaprobar. Hacia el final de su vida, cuando su inteligencia se hizo más confusa y el duende predicador pudo acercarse más a la superficie para protestar contra la servidumbre a que había estado sometido durante su vida, Marshall dijo una vez: "Si tuviera que vivir de nuevo, me dedicaría a la psicología. La economía tiene muy poco que ver con los ideales. Si hablase mucho de ellos no me leerían los hombres de negocios." Pero estos conceptos habían estado siempre en él. Solía contar la siguiente historia de la primera época de su vida:

"Por la época en que por vez primera resolví estudiar la Economía Política (la palabra Economía todavía no se había inventado) tan profundamente como me fuera posible, vi en un escaparate una pequeña pintura al óleo (el rostro de un hombre con una expresión fuertemente desvaida y pensativa, como la de una persona derrotada en la vida), y lo compré por unos cuantos cheelines. Lo puse sobre el tablero de la chimenea de mi habitación

en el colegio, y desde entonces lo llamé mi santo patrono, consagrándome al intento de ganar a hombres como aquel para el cielo. Mientras tanto, se despertó en mí un gran interés en el lado semimatemático de la economía pura, y tuve miedo de convertirme en un mero pensador. Pero una mirada a mi patrono parecía volverme de nuevo al buen camino. Esto me fué particularmente útil después que me hube apartado del estudio de los últimos fines para dedicarme a las cuestiones sobre bimetalismo, etc., que entonces dominaban. Las despreciaba, pero "el instinto de la caza" me tentaba a ir hacia ellas."

Este era el defecto de esa otra gran cualidad suya, que también impresionó a sus alumnos: un inmenso desinterés y su espíritu dispuesto a favorecer el bien público.

VI

En todo caso, en 1877 Marshall se dedicó a ayudar a su mujer en el trabajo de escribir *The Economics of Industry*, publicado en 1879, que estaba destinado a ser un manual para los que daban conferencias de ampliación en la Universidad de Cambridge, y que, conforme avanzaba en su redacción, se fué convirtiendo cada vez más en su propia obra. Años más tarde, a Marshall se le hizo muy antipático ese librito. Después de la publicación de los *Principles*, lo retiró, y en 1892 lo substituyó por otro libro casi totalmente diferente, pero con el mismo título, que era fundamentalmente un resumen de los *Principles* y "un intento de adaptarlos a las necesidades de los estudiantes que empezaban". Creo que los sentimientos de Marshall en esta cuestión se debieron al hecho de que su teoría del valor, que fué publicada aquí por primera vez con destino al mundo exterior, había sido necesariamente tratada de una manera breve e imperfecta, si bien fué durante once años todo lo que el mundo exterior a la economía tuvo para opinar. Sus controversias en *Quarterly Journal of Economics*, en 1887 y 1888 (62), con economistas americanos que habían leído su librito, acentuaron estos sentimientos de animadversión. También sucedió que más tarde sintió repugnancia hacia la conside-

(62) Véase nota bibliográfica.

ración de la economía como tema susceptible de ser tratado de una manera sencilla y sin pretensiones ante estudiantes de grado elemental, por los conferenciantes de los cursos de ampliación, que no estaban más que formados a medias, y se servían de libros que eran científicos a medias solamente (63). En 1910 escribía a un traductor japonés del libro de 1879: "Este libro se empezó con la esperanza de que se podría combinar la sencillez con la precisión científica. Pero aunque se puede escribir un libro sencillo sobre temas escogidos, las doctrinas centrales de la Economía no son sencillas y no pueden transformarse en cosas sencillas."

Sin embargo, estos sentimientos son injustos para con el libro. Fué muy alabado por jueces competentes en la materia, y durante todo el tiempo de su existencia fué casi el único libro de texto pequeño que se podía obtener (64). Si nos referimos enteramente a un libro de texto elemental, éste fué, probablemente, en relación con los que se publicaron antes y al mismo tiempo que él, lo mejor que se hizo en este género, mucho mejor que los manuales de la señora Fawcett o de Jevons, o de cualquiera de los muchos que le sucedieron. Más aún, en la última parte del libro III, relativa a combinaciones industriales, sindicatos, conflictos laborales y cooperativas, fué donde se trató por vez primera de una manera satisfactoria y con arreglo a directrices modernas todo lo referente a estos importantes temas.

Al terminarse este libro (65), Marshall estaba francamente mal de salud. Cuando en 1881 marchó al extranjero con objeto de reponerse, su pensamiento no volvió a dirigirse hacia el dinero o el comercio exterior, sino que se concentró en las teorías centrales que eventualmente aparecieron en los *Principles* (66). Sometido

(63) Sin embargo, lejos de sentir antipatía por los ideales que fundamentaban el Movimiento de Ampliación (o su variante moderna, el W. E. A.), Marshall había estado relacionado con él desde el principio, y había dado Cursos de Ampliación en Bristol durante cinco años.

(64) Tuvo tan buena acogida por parte del público, que se vendieron 15.000 ejemplares antes de que fuera retirado.

(65) En su prefacio se mencionaba un futuro volumen, compañero de éste, sobre "Economía del Comercio y las Finanzas", que jamás fué escrito.

(66) La señora de Marshall escribe: "El libro III, sobre Demanda, fué en gran parte pensado y escrito en la terraza de Palermo, de noviembre de 1881 a febrero de 1882."

a las sucesivas interrupciones ocasionadas por su nombramiento en Oxford, su marcha a Cambridge, la preparación de las conferencias que había de dar allí, la incursión que hizo en la controversia sobre el bimetalismo y su testificación ante la Comisión del Oro y la Plata, los nueve años que siguieron estuvieron dedicados a la preparación de este libro.

Al principio, Marshall pensaba que todo el campo de la economía estuviese comprendido en un solo volumen. Su teoría de la distribución iba tomando forma en 1883 y 1884 (67). Durante el verano de 1885 (en los Lagos), las primeras vacaciones de verano de Cambridge, el volumen empezó a tomar forma definitiva. "El trabajo realizado durante estos años—escribía (68)—no fué muy satisfactorio, en parte porque yo iba superando gradualmente la antigua y más estrecha concepción de mi libro, en el que el razonamiento abstracto que constituye la médula de la ciencia iba a tener una posición destacada, y no había reunido valor todavía para dedicarme decididamente a un libro en dos volúmenes, que debería ser el producto principal (mejorado gradualmente) del trabajo de toda mi vida" (69). En 1886, "mi trabajo fundamental fué reformar el plan de mi libro. Esto se hizo realidad durante mi estancia en Sheringham, cerca de Cromer, durante el verano. Entonces di al contenido de mi libro algo así como su forma definitiva, por lo menos en lo que al primer volumen se refiere. Y desde entonces, por primera vez empecé a intentar poner los capítulos separados en el orden en que yo esperaba que fueran impresos." En 1887 (en Guernesey) "trabajé mucho en la escritura de mi libro, y, habiendo llegado a un acuerdo con Macmillan para publicarlo, al final de ese año académico empecé a enviar pruebas a los impresores: todo ello, excepto apro-

(67) Aparece en esquema en un artículo escrito en unos dos días durante el verano de 1884, mientras estaba en Rocquaine Bay, Guernesey. Se publicó en *Cooperative Annual*, 1885, con el título "Theories and Facts about Wages", y aquel mismo año se reimprimió como apéndice a la comunicación leída en la Conferencia de Remuneraciones Industriales.

(68) Los párrafos que siguen están tomados de unas notas que él redactó, resumiendo su trabajo entre 1885 y 1889.

(69) También, "el trabajo durante el verano sufrió muchas interrupciones debidas a los planes de mi nueva casa en Madingley Road".

ximadamente la mitad del libro VI, estaba escrito a máquina, en forma que no estaba dispuesto para ser publicado, pero en condiciones de ponerlo en forma de publicarse; la materia estaba casi toda allí, y el acuerdo prácticamente concluido." En 1888, "al terminar las vacaciones de verano tenía el libro V en la imprenta, y el libro IV estaba casi totalmente terminado. Más tarde decidí poner antes del libro sobre "Valor normal" o "Distribución y cambio" un nuevo libro sobre "Coste de producción" (70), conteniendo (algo ampliado) el estudio de lo que yo había pensado dejar para última parte del libro sobre "Valor normal". Entonces este libro se convirtió en el libro VII. Llegué a esta decisión muy lentamente, y no hice muchos mayores progresos durante este año." "Durante los cuatro primeros meses de 1889 trabajé en el libro VI, terminando el primer borrador de los primeros cuatro capítulos, y quedé libre del libro V. Mientras tanto, había dedicado mucha atención al apéndice matemático y tenía impresa una gran parte del mismo. Durante las vacaciones de verano, de las cuales pasé ocho semanas en el puerto de Burdeos, me ocupé fundamentalmente del libro VI, capítulos V y VI, y del libro VII, capítulos I a V." A partir de entonces la obra adquirió un ritmo rápido, y fué publicada en julio de 1890.

En 1890 la fama de Marshall era grande (71), y los *Principles of Economics* (72), volumen I (73), aparecieron en un mundo expectante. Su éxito fué inmediato y completo. El libro fué objeto de artículos de fondo y de recensiones extensas en toda la Prensa. Los periodistas no podían apreciar las aportaciones e innovaciones precisas que traía a la ciencia; pero se dieron cuenta con notable rapidez de que abría las puertas de una nueva era en el

(70) Después de la primera edición, este libro fué incluido en el libro V; de esta forma, el *Valor* se convirtió de nuevo en el libro VI.

(71) "Raras veces en los tiempos modernos —decía *Scotsman*— un hombre ha obtenido una reputación tan alta como autoridad sobre una base tan escasa de publicaciones."

(72) Este fué el primer libro que se publicó en Inglaterra sobre la base de un precio *neto*, lo cual le coloca en un importante lugar en la historia del comercio editorial. (Véase *The Nett Book Agreement*, 1889, págs. 14-16, de sir F. Macmillan.) Las fechas de las ediciones sucesivas se dan en la nota bibliográfica. 37.000 ejemplares han sido vendidos hasta la fecha.

(73) La adición vol. I no fué suprimida hasta la sexta edición, en 1910.

pensamiento económico. *Pall Mall Gazette* escribió: "es una gran cosa tener en una de nuestras viejas Universidades un profesor que dedica su vida a modelar la ciencia de la Economía Política como ciencia de la perfectibilidad social". Había llegado la nueva Economía Política, y la vieja Economía Política, esa ciencia triste, "que consideraba al hombre individual como un animal puramente egoísta que adquiriría bienes, y al Estado como un mero conglomerado de tales animales". había pasado; no es que la vieja Economía Política fuera exactamente esto, pero ésta fué la manera cómo los periodistas expresaron el efecto que la visión de Marshall causó en ellos. El *Daily Chronicle* decía: "Servirá para restaurar el debilitado crédito de la Economía Política, y probablemente será para la generación actual lo que los *Principles* de Mill fueron para la generación pasada." "Ha convertido a casi todas las demás exposiciones de esta ciencia en antiguas o fuera de uso", decía *Manchester Guardian*; "no es prematuro predecir que el tratado del profesor Marshall constituirá un hito en el desarrollo de la Economía Política y que su influencia en la dirección y carácter de las investigaciones económicas será muy grande". Esto son muestras de lo que fué un coro unánime.

Es difícil para los que hemos sido educados completamente bajo la influencia de Marshall y su libro apreciar la posición de la ciencia durante el largo interregno que se produjo entre los *Principles of Political Economy* de Mill y los *Principles of Economics* de Marshall, o bien definir qué diferencia se produjo con la publicación de esta última obra. Lo que sigue es un intento, con la ayuda de notas proporcionadas por el profesor Edgeworth, de indicar algunas de sus más importantes aportaciones a la ciencia (74).

1) La innecesaria controversia, causada por la oscuridad de Ricardo y la repercusión de Jevons, sobre los papeles respectivos

(74) Incluyendo apuntes y avances en escritos anteriores; como dijo el profesor Edgeworth, al comentar la primera edición de los *Principles (The Academy*, 30 de agosto de 1890): "Algunas de las ideas fundamentales del profesor Marshall han sido expuestas con mayor o menor amplitud en su libro anterior (el pequeño *Economics of Industry*), y en ciertos escritos que, aunque inéditos, no han permanecido desconocidos. La luz del amanecer se difundió antes de que el astro del día apareciese en el horizonte."

representados por la demanda y por el coste de producción en la determinación del valor, fué finalmente resuelta. Después del análisis de Marshall no quedaba más que decir.

La nueva luz arrojada sobre el coste de producción (escribe el profesor Edgeworth) posibilitó el discernir con más claridad el importante papel que juega en la determinación del valor; que los autores clásicos habían estado rectamente guiados por sus intuiciones, como Marshall ha dicho en algún lugar, cuando acentuaban las fuerzas de la oferta sobre las de la demanda. La rehabilitación de los escritores más antiguos—que habían sido muy despreciados por Jevons, Böhm-Bawerk y otros de los años 70 y 80 del último siglo—produjo en el comentarista de la primera edición una impresión expresada de la siguiente manera: “se han despejado las nieblas de la crítica efímera. Las montañas eternas reaparecen en su natural sublimidad, contempladas desde una altura gemela.”

2) La idea general, fundamentando la proposición de que el valor está determinado en el punto de equilibrio de la demanda y la oferta, se extendió descubriendo todo un sistema copernicano, por el cual todos los elementos del universo económico se conservan en sus puestos por medio de una interacción y un equilibrio mutuos (75). La teoría general del equilibrio económico se fortaleció y se hizo efectiva como órgano de pensamiento mediante dos poderosas concepciones subsidiarias, el *margen* y la *sustitución*. La noción del *margen* se extendió más allá de la Utilidad, para describir el punto de equilibrio en condiciones dadas de cualquier factor económico que pueda ser considerado capaz de pequeñas variaciones alrededor de un valor dado, o en su relación funcional con un valor dado. La noción de la sustitución se introdujo para describir el proceso mediante el cual se restaura o se efectúa el Equilibrio. Particularmente la idea de la *sustitubilidad marginal*, no sólo entre objetos de consumo alternativos,

(75) Ya en 1872, en su recensión de Jevons, Marshall estaba en posesión de la idea de las posiciones mutuamente dependientes de los factores económicos. “Lo mismo que el movimiento de cada cuerpo en el sistema solar—escribía allí— afecta y es afectado por el movimiento de cada uno de los restantes, así sucede con los elementos del problema de la Economía Política.”

sino también entre los factores de producción, dió resultados extraordinariamente fructíferos. Además, existe "la doble relación en la que están unos con otros los diversos agentes de la producción. Por una parte, son frecuentemente rivales en lo que se refiere a su empleo; todo el que es más eficaz que otro en proporción a su coste tiende a reemplazar a aquél, y así limita el precio de demanda del otro. Y por otro lado, todos ellos constituyen el campo de utilización de unos y otros; no hay un campo de utilización de cada uno, excepto en tanto que viene suministrado por los demás: el dividendo nacional, que es el producto total de todos ellos, y que aumenta con la oferta de cada uno de ellos, es también la única fuente de demanda para cada uno de ellos" (76).

Este método permitió subsumir los salarios y beneficios en las leyes generales del valor, oferta y demanda—lo mismo que había sido previamente subsumida la teoría del dinero—. Al mismo tiempo fueron analizadas de una manera completa las peculiaridades en la acción de la demanda y la oferta que determinan los salarios del trabajador o los beneficios del patrono.

3) La introducción explícita del elemento Tiempo como un factor del análisis económico se debe fundamentalmente a Marshall. Son suyas las concepciones del período "largo" y "corto", y uno de sus objetivos era marcar "un hilo continuo que fuera a través de las aplicaciones de la teoría general del equilibrio de la demanda y la oferta y las relacionase con los diferentes períodos de tiempo" (77). Relacionadas con éstas hay otras distinciones, que ahora tenemos por esenciales para aclarar el pensamiento, y que se encuentran explícitas por primera vez en Marshall—particularmente las que se refieren a economías "externas" e "internas" (78) y a costes "primarios" y "suplementarios". De estas parejas la primera creo yo que constituyó una novedad absoluta cuando aparecieron los *Principles*; la segunda, en cambio, existía en la nomenclatura fabril, si bien no en la del análisis económico.

(76) *Principles*, libro VI, capítulo XI, párrafo 5.

(77) *Principles*, libro VI, capítulo XI, párrafo I.

(78) La importancia vital de esta diferencia para una teoría correcta del Equilibrio en condiciones de rendimientos crecientes, es, naturalmente, obvia ahora. Pero no lo era con anterioridad a los *Principles*.

Mediante la distinción entre el período largo y corto, se hizo precisa la significación del valor "normal"; y la doctrina del "Beneficio normal" evolucionó con la ayuda de otras dos concepciones característicamente marshallianas: la cuasi-renta y la empresa representativa.

Todas éstas son ideas fundamentales de las cuales no puede prescindir quien quiera pensar con claridad. Sin embargo, éste es el sector en que, en mi opinión, el análisis de Marshall está menos completo y es menos satisfactorio, y es en donde queda más por hacer. Como él mismo dice en el prefacio a la primera edición de los *Principles*, el elemento tiempo "es el centro de la dificultad principal de casi todos los problemas económicos".

4) La especial concepción de la Renta o Excedente del consumidor, que fué el desarrollo natural de las ideas de Jevons, quizá ha mostrado ser menos abundante en resultados prácticos de lo que pareció al principio (79) que sería. Pero no se puede prescindir de ella como parte del aparato de pensamiento, y es especialmente importante en los *Principles* por su utilidad (con palabras del profesor Edgeworth) "para mostrar que el *laissez faire*, la máxima ventaja obtenida por la libre competencia, no es necesariamente la máxima ventaja que se puede obtener". La prueba de Marshall de que el *laissez faire* falla *teóricamente* en determinadas condiciones, y no meramente en la práctica, considerado como un principio de máxima ventaja social, fué de la mayor importancia filosófica. Pero Marshall no lleva esta cuestión específica muy lejos (80), y la explotación subsiguiente de este campo ha quedado para el discípulo favorito y sucesor de

(79) Sin embargo, señala el profesor Edgeworth, aun "antes de la publicación de los *Principles*, Marshall comprendía perfectamente —cosa que los críticos de esta doctrina no han comprendido, por regla general, e incluso algunos de sus defensores no han subrayado debidamente— que dicha medida se aplica correctamente sólo a transacciones en tal escala, que no alteren el valor marginal del dinero".

(80) *Industry and Trade* está, sin embargo, parcialmente dedicado a ilustrarla. Marshall dice en el prefacio de este libro: "El presente volumen se ocupa principalmente de las tendencias que todavía contribuyen al egoísmo de clase o sector; de las limitadas tendencias del interés propio a dirigir la acción de cada individuo en el sentido en que pueda ser más beneficiosa para los demás; y con las tendencias, que todavía existen, de la acción aso-

Marshall, el profesor Pigou, que ha demostrado cuán poderoso instrumento es el análisis de Marshall para abrir caminos en una zona difícil y enmarañada, cuando tal instrumento se encuentra en manos de quien ha sido formado para comprenderlo bien.

5) También se deben mencionar en este lugar los análisis de Marshall sobre el monopolio; y quizá su análisis de los rendimientos crecientes, especialmente cuando existen economías externas, deba figurar más bien aquí que donde lo he mencionado anteriormente.

Las conclusiones teóricas de Marshall en este campo y su fuerte simpatía hacia las ideas socialistas eran compatibles, sin embargo, con una creencia al viejo estilo en el poder de las fuerzas de la competencia. El profesor Edgeworth escribe:

“Puedo hacer constar la fuerte impresión que me produjo, la primera vez que vi a Marshall—creo que fué allá por los años de la década de 1880—, la decidida expresión de su convicción de que la competencia actuaría durante mucho tiempo como el principal determinante del valor. No fueron ésas sus palabras, pero formaban una pieza con lo que había dicho en su artículo *The Old Generation of Economists and the New* (81): “Cuando una persona quiere vender una cosa a un precio que otra está dispuesta a pagar por ella, las dos se ponen de acuerdo, a pesar de las prohibiciones del rey, del Parlamento o de los funcionarios de un “trust” o de un Sindicato.”

6) Al proveer a los economistas de terminología y medios para la investigación, no creo que Marshall les hiciera un mayor favor que el que representa la introducción explícita de la idea de “elasticidad”. El libro III, capítulo III, de la primera edición de los *Principles*, que introduce la definición de “Elasticidad de la demanda” (82), es virtualmente el primer estudio de una concepción (83), sin la ayuda de la cual apenas podría progresar la

ciada de los capitalistas y otros hombres de negocios, así como de los empleados, a regular la producción y la acción general, según un deseo de obtener ventajas para un sector, más que para toda la nación.”

(81) *Quarterly Journal of Economics*, 1897, vol. XI, pág. 129.

(82) Complementado por la nota matemática del Apéndice.

(83) De una manera estricta, la primera referencia a la “elasticidad” se encuentra en una aportación de Marshall, “On the Graphic Method of Sta-

teoría superior del valor y de la distribución. La noción de que la demanda puede responder a un cambio de precio en una medida que puede ser mayor o menor, no proporcional, había sido, desde luego, conocida y familiar a partir de las discusiones, a principios del siglo XIX, sobre la relación entre la oferta y el precio del trigo (84). Y es más bien notable que esta noción no fuera desarrollada más claramente, bien por Mill o bien por Jevons (85).

Pero así fué, de manera que el concepto $e = \frac{dx}{x} \div \frac{dy}{y}$ pertenece totalmente a Marshall.

La forma en que Marshall introduce el concepto de elasticidad, sin ninguna indicación de la novedad de la idea, es notable y característica de él. El campo de investigación abierto por este interesante análisis ha permitido también que sus frutos fueran recolectados por el profesor Pigou más bien que por el propio Marshall.

7) La introducción histórica a los *Principles* merece algún

tistics", al volumen jubilar de la *Royal Statistical Society* (1885), pág. 260. Pero ahí aparece tan sólo en una breve nota final y, principalmente, con el propósito de mostrar que la proporción entre las dos secciones, en que el punto de contacto divide la parte de la tangente a la curva de la demanda que está entre los ejes, proporciona una sencilla medida diagramática de la elasticidad. La señora de Marshall me dice que su marido descubrió la noción de la elasticidad cuando trabajaba sentado en la terraza de Palermo, resguardado del sol por la tapa del baño, en 1881, y que se mostró muy contento de su descubrimiento.

(84) En relación con esto, Mill cita la *History of Prices*, de Tooke.

(85) El profesor Edgeworth, en su artículo "Elasticidad" en el Diccionario de Palgrave, hace particular referencia a Mill, *Political Economy*, libro III, capítulo II, párrafo 4, y capítulo VIII, párrafo 2, como representantes del estudio pre-marshalliano de la materia. El primero de estos párrafos señala las proporciones variables en que la demanda puede responder a las variaciones de dinero. El profesor Edgeworth añade ahora una referencia al libro III, capítulo XVIII, párrafo 5, donde Mill trata en esencia el efecto de la demanda de dinero. El profesor Edgeworth añade ahora una referencia al libro III, capítulo XVIII, párrafo 5, donde Mill trata en esencia el efecto de la elasticidad sobre la Ecuación de la Demanda Internacional. En otro lugar de este capítulo Mill habla de que la demanda es "más extensible por la baratura" (párrafo 4), y de la "extensibilidad de la demanda (de los países extranjeros) de bienes suyos (del propio país)" (párrafo 8).

comentario. En la primera edición, el libro primero contiene dos capítulos titulados "The Growth of Free Industry and Enterprise". En las últimas ediciones, la mayor parte de lo que se ha conservado de estos capítulos ha pasado a formar un apéndice. Marshall siempre tuvo dos opiniones sobre esto. Por una parte, su idea sobre el carácter constantemente cambiante del tema fundamental de la Economía llevó a dar gran importancia al panorama histórico como correctivo de la idea de que los axiomas del día son permanentes. También estaba descontento con la obra, erudita pero confusa, de la escuela histórica alemana. Por otra parte, tenía miedo de emplear mucho tiempo en estas cuestiones (en cierta época se lanzó a investigaciones históricas en una escala tal que, decía, le hubieran requerido seis volúmenes) y de sobrecargar con ellas el contenido esencial de su libro. En la época en que se ocupaba de historia económica había muy pocos materiales en condiciones de ser utilizados para trabajar, y probablemente gastó muchas energías innecesariamente perdido por caminos históricos equivocados y vacilando en cuanto a la importancia que habría de atribuir en su propio libro a la visión histórica. La solución de compromiso, tal como se llevó a cabo en los *Principles*, no fue muy satisfactoria. Todo aparece reducido a amplias generalizaciones, sin que le quede espacio para aducir pruebas (86). La mejor obra histórica de Marshall es, probablemente, *Industry and Trade*, publicada en 1919, muchos años después de haber realizado la mayor parte del trabajo. Los pasajes históricos de los *Principles* fueron bruscamente atacados por el doctor William Cunningham en un discurso pronunciado en la Royal Historical Society, publicado en el *Economic Journal*, vol. II (1892); y Marshall, rompiendo su norma general de no contestar a las críticas,

(86) El mismo Marshall escribió (en su respuesta al doctor Cunningham, *Economic Journal*, vol. II, pág. 507): "Una vez me propuse escribir un tratado de historia económica, y durante muchos años estuve reuniendo materiales para ello. Después seleccioné de entre estos materiales aquellos que me servían para explicar por qué muchas de las condiciones y problemas actuales de la industria son de reciente fecha, y construí con ellos los capítulos en cuestión. Pero ocupaban mucho más espacio del que podía reservar para ellos. Entonces los resumí y reduje; indudablemente, en este proceso, perdieron agudeza en el trazado y, particularmente, en la expresión."

triunfó en la controversia con una respuesta publicada en el mismo número del *Journal* (87).

La forma en que están escritos los *Principles of Economics* de Marshall es menos corriente de lo que el lector accidental puede notar. Es deliberadamente poco sensacional, y rechaza el énfasis. Su retórica es del tipo más sencillo y carente de adornos. Es una corriente que fluye con firmeza, lúcida, con pocos párrafos que detengan o dejen perplejo al lector inteligente, aun cuando no sepa mucha economía. No existen en parte alguna (88) pretensiones de originalidad o novedad por parte del autor. Los pasajes en que se atribuyen errores a los demás son raros; y se explica que se ha de considerar que los anteriores autores de reputación *quisieron decir* lo que era exacto y razonable, cualesquiera que fuesen sus expresiones (89). La conexión y la continuidad de

(87) El doctor Clapham escribe: "Al leer los apéndices de *Industry and Trade* quedé muy impresionado por los conocimientos de Marshall sobre historia económica desde el siglo xvii, tal como se conocía hace treinta años, es decir, en el momento de la controversia. Estoy seguro de que en aquella época él conocía los siglos xvii al xix mejor que Cunnighame, y tenía —naturalmente— un sentido para su estudio cuantitativo que Cunnighame nunca llegó a tener."

(88) Como indicaba un comentarista inteligente (*The Guardian*, 15 de octubre de 1880): "Este libro presenta dos aspectos. Por un lado es un intento honrado y obstinado de hallar la verdad; por otra parte, es un ingenioso intento de rechazar el mérito de su descubrimiento, sobre la base de que todo estaba implícitamente contenido en las obras de los autores anteriores, especialmente de Ricardo." Pero la mayoría no se dieron cuenta. El siguiente es un ejemplo típico (*Daily Chronicle*, 24 de julio de 1890): "El señor Marshall no hace alarde de descubrimientos o de nuevos puntos de partida; se dedica meramente a dar una visión moderna de las viejas doctrinas ajustadas a los resultados de la investigación más reciente."

(89) Marshall llevó esto demasiado lejos. Pero era una verdad esencial a la que se atuvo firmemente, que aquellos individuos dotados de un genio especial para la economía y que poseen una poderosa intuición económica, con frecuencia están más acertados en sus conclusiones y presunciones implícitas que en sus explicaciones y declaraciones explícitas. Es decir, que sus intuiciones marchan por delante de sus análisis y su terminología. Por lo tanto, se debe mucho respeto a sus esquemas generales de pensamiento, y no está bien vejar su memoria con críticas que son realmente verbales. La propia intuición económica de Marshall era extraordinaria, y la suavidad en la consideración de los aparentes errores de sus predecesores es algo a lo que, en el futuro, él tendrá un derecho excepcional.

los elementos económicos, tal como vienen dadas por las dos divisas de Marshall, "natura non fecit saltum" y "muchos en uno, uno en muchos", son los principales motivos de dificultad. Pero teniendo esto en cuenta, la impresión principal que causa este libro en las mentes de los lectores no iniciados en economía—especialmente en la de aquellos que no pasan del libro IV—es la de que están hojeando la exposición clara, idónea y humana de materias absolutamente obvias.

Mediante este estilo tan logrado, Marshall consiguió algunos de sus objetivos. El libro llegó al gran público. Aumentó la estimación que éste sentía por la Economía. Se provocó el mínimo de discusión. Al comentarista medio le gustó la actitud del autor hacia la materia tratada, hacia sus predecesores y hacia sus lectores, y deleitó Marshall llamando la atención sobre la adecuada importancia que él había otorgado al elemento ético y sobre la tan necesitada humanización que la triste ciencia recibía de sus manos (90); y, al mismo tiempo, podía permanecer felizmente insensible hacia la categoría intelectual del libro. Al correr del tiempo, la calidad intelectual de la obra ha impregnado el pensamiento económico inglés, sin ruido ni perturbaciones, en una medida que puede ser fácilmente comprobada.

Pero, por otro lado, el método tiene serias desventajas. La falta de ampulosidad y de fuertes contraluces, el cuidado con que se han borrado las aristas cortantes y los salientes y proyecciones, hasta conseguir que lo más nuevo aparezca como cosa ya trillada, permiten que el lector pase a través de ello con demasiada facilidad. Como un pato al salir del agua, puede salir de esa ducha de ideas apenas mojado. Las dificultades están ocultas; los problemas más peliagudos están resueltos en notas; un juicio original y fértil aparece como una vulgaridad. El autor suministra sus ideas sin etiquetas y con muy pocos ganchos para colgarlas en el guardarropa del cerebro. Un estudiante puede leer los *Principles*, sentirse fas-

(90) Las modas cambian. Cuando, casi treinta años más tarde, apareció *Industry and Trade*, un comentarista escribió (*Athenaeum*, 31 de octubre de 1919): "Quizás su aspecto menos satisfactorio sea su tono moral. No porque sea un tono bajo—todo lo contrario—; sino porque en un tratado científico el tono moral, por muy elevado que sea, está totalmente fuera de lugar."

cinado por el encanto que emana de ellos, creer que los entiende, y, a pesar de ello, una semana más tarde no saber nada de ellos. ¡Cuántas veces ha sucedido, incluso a aquellos que se han formado en los *Principles*, tropezar con lo que parecía un problema nuevo o una solución nueva, dirigirse al libro y encontrar, al final, que el problema y la solución más adecuada se habían encontrado en él desde siempre, aun cuando habían escapado a la observación! Hace falta mucho estudio y mucho meditar independientemente por parte del lector antes de que pueda llegar a conocer la mitad de lo que contienen las ocultas hendiduras de ese redondo mundo de conocimientos que son los *Principles of Economics* de Marshall.

VII

Los Marshall volvieron en 1885 al Cambridge de los primeros años, después de que las reformas acabaron finalmente con las restricciones impuestas al matrimonio de los becarios. Construyeron una casita para ellos, llamada "Balliol Croft", en terrenos de St. John's College, en Madingley Road, cerca de Backs, si bien en los alrededores de la ciudad, de manera que por un lado el campo abierto se extendía hacia Madingley Hill. Aquí vivió Alfredo Marshall cerca de cuarenta años. En la casa, que tenía un jardín desahogado, construída a base de un plano poco convencional, de manera que tuviese la mayor cantidad de luz posible, vivían solamente ellos dos y una fiel sirvienta. En su estudio, lleno de libros y ocupado por estanterías transversales, había sitio para dos sillas al lado del fuego. Aquí tuvieron lugar sus innumerables *tête à tête* con los alumnos, a quienes obsequiaba, cuando caía la tarde, con una taza de té y una rebanada de tarta colocados sobre un taburete o estante adyacente. Las reuniones más numerosas se celebraban en el piso bajo, donde el comedor y el cuarto de estar de la señora Marshall podían comunicarse, formando una sola habitación, con ocasión de recepciones. El carácter invariable del ambiente que le rodeaba—en el piso superior, los libros y los cajones llenos de manuscritos; en el piso bajo, las figuras de Miguel Angel de la Capilla Sixtina grabadas en los muebles, y en la puerta, el rostro de Sara, la sirvien-

ta (91)—encantaban y fascinaban a todos los que visitaban al maestro, año tras año, como la celda o el oratorio de un sabio.

En aquella primera época de vida social matrimonial en Cambridge, cuando el estrecho círculo de las esposas de los directores de colegios y unas cuantas esposas de profesores se extendió por vez primera, varios de los profesores más notables, especialmente de la Escuela de Ciencias Morales, contrajeron matrimonio con estudiantes de Newnham. El doble vínculo entre los maridos y las esposas produjo una pequeña sociedad cultural de gran sencillez y distinción. Este círculo estaba en pleno vigor durante mi niñez, y, la primera vez que se me consideró suficientemente mayor para invitarme a comer o cenar, fué a estas casas adonde fuí. Recuerdo una atmósfera hogareña, intelectual, que es difícil encontrar en el hinchado y heterogéneo Cambridge de hoy día. Las recepciones en casa de los Marshall generalmente eran ocasionadas, en los últimos tiempos, por las visitas de algún colega economista, con frecuencia un extranjero eminente, y las comidas de menos categoría solían comprender un par de estudiantes y una estudiante o joven conferenciante de Newnham. Especialmente recuerdo haberme encontrado de esta forma con Adolf Wagner y N. G. Pierson, representantes de una generación de economistas que ya casi ha pasado. Marshall no se preocupaba mucho de ir a casa de otras personas, y se encontraba en la gloria colocando a sus huéspedes cómodamente en un reducido espacio, dando instrucciones a su mujer, sin aturdirse o aturrido a medias, riéndose, con una voz aguda y diciendo bromas y frases en él habituales. Tenía una gran facilidad para conversar sobre todas las materias; su buen humor y alegría no decaían, y, en presencia de sus brillantes ojos, de su conversación radiante y de su absurdidad inafectada, nadie podía aburrirse.

En tiempos anteriores, especialmente entre 1885 y 1900, era

(91) Vivió con ellos durante más de cuarenta años, casi en la intimidad. Marshall alabó con frecuencia su buen juicio y su sabiduría. El mismo diseñó la pequeña cocina, como la cabina de un barco, en que ella vivió en Balliol Croft. Marshall fué siempre muy querido de sus servidores y de los criados del Colegio. Los trataba como seres humanos, y hablaba con ellos sobre cosas en las cuales él mismo se interesaba.

aficionado a invitar a los dirigentes obreros a que pasasen un fin de semana con él—por ejemplo, Thomas Burt, Ben Tillet, Tom Mann y muchos otros. A veces estas visitas se coordinaban con reuniones de una sociedad de estudio, de estudiantes no graduados, a la que el visitante debía hablar. De esta manera llegó a conocer la mayoría de los más importantes cooperativistas y sindicalistas de la pasada generación. En verdad, simpatizaba con el movimiento obrero y con el socialismo (lo mismo que lo había hecho J. S. Mill) en todos los aspectos, excepto intelectualmente (92).

Marshall estaba ya establecido con un ambiente y con costumbres que no habían de variar, y ahora tenemos que indicar rápidamente los acontecimientos externos de su vida desde 1885 hasta que dimitió su cátedra en 1908.

Desde 1885 a 1890 estuvo fundamentalmente ocupado, como hemos visto, con los *Principles*. Pero la nota bibliográfica que sigue registra otras actividades, principalmente en la Conferencia de Remuneraciones Industriales, en 1885, su testificación ante la Comisión del Oro y la Plata, en 1887-88, y su discurso como presidente ante el Congreso de Cooperación en 1889. En el verano

(92) En el prefacio de *Industry and Trade* escribió: "Durante más de una década estuve convencido de que las sugerencias que se asocian con la palabra "socialismo" eran el tema más importante de estudio, sino del mundo, en todo caso sí para mí. Pero los escritos de los socialistas me repugnaban en general, casi tanto como me atraían; porque parecían estar muy lejos del contacto con las realidades: y, parcialmente, por esta razón, decidía hablar poco de esta materia hasta tanto no hubiera pensando sobre ella mucho más. Ahora, cuando la edad avanzada indica que el tiempo que yo tenía para pensar y hablar está casi acabado, veo por todas partes maravillosos desarrollos de las aptitudes de la clase obrera, y particularmente, en consecuencia, un más amplio y firme fundamento para los programas socialistas que el que existía cuando escribía Mill. Pero no parece que haya un programa socialista, aun avanzado, que tome las adecuadas medidas para el mantenimiento de la alta empresa y de la fuerza de la personalidad del individuo; ni para prometer un aumento suficientemente rápido en las dimensiones de la empresa y en otros elementos materiales de la producción... Me parece que los que han logrado más progresos reales en dirección a la meta distante de una organización social idealmente perfecta, han sido aquellos que han concentrado sus energías sobre algunas dificultades particulares de su ruta, sin gastar sus energías en tratar de pasarlas apresuradamente."

de 1890 pronunció su interesante discurso presidencial sobre *Some aspects of Competition* ante la sección económica de la British Association, en Leeds. Estuvo también muy ocupado con sus clases, y estos cinco años fueron los más activos y productivos de su vida.

Daba dos conferencias por semana en un curso general, y una conferencia semanal sobre dificultades teóricas especiales; pero sólo daba clases, por regla general, durante dos períodos escolares de cada tres, dando unas cuarenta y cinco conferencias al año. Dos tardes por semana, de cuatro a siete, se anunciaba: el profesor Marshall "estará en su casa para aconsejar y ayudar a cualquier miembro de la Universidad que desee ir a verle, asista o no a sus conferencias". Al final de la década de 1880 el número de asistentes a sus cursos generales variaba entre cuarenta y setenta, siendo la mitad el número de los que asistían al curso especial. Pero sus métodos extrañaban—más o menos deliberadamente—a los estudiantes menos serios, y, conforme avanzaba el año académico, el número de asistentes iba quedando reducido a la cifra más baja.

Marshall no tenía costumbre de escribir sus conferencias.

"Raras veces utilizaba notas (dice la señora Marshall), excepto para conferencias sobre historia económica. A veces tomaba unas cuantas notas antes de ir a explicar su conferencia, e iba pensando sobre ellas mientras se dirigía a la clase. Decía que la razón por la cual tenía tantos alumnos que pensaban por sí mismos era que él nunca se tomaba la molestia de presentar el tema de una forma ordenada y sistemática o de dar información. Lo que a él le interesaba conseguir en sus explicaciones era que sus estudiantes *pensasen con él*. Una vez a la semana ponía preguntas sobre una parte del tema que no había sido explicada, y después contestaba las preguntas en clase. Se tomaba mucho trabajo para corregir las contestaciones, y utilizaba para ello la tinta encarnada con generosidad (93)."

Creo que la falta de ceremonial de sus conferencias debió ir en aumento al correr el tiempo. Ciertamente en 1906, cuando yo

(93) Tengo ejercicios que escribí para él en los cuales sus comentarios y críticas, en tinta roja, ocupan casi tanto espacio como mis respuestas.

asistí a ellas, era imposible sacar notas coherentes. Pero ése fué siempre su método general. Sus conferencias no fueron, como las de Sidgwick, libros que se iban haciendo. Esta práctica puede haber contribuido, incidentalmente, al retraso de sus publicaciones. Pero la tajante distinción, que él favorecía, entre la enseñanza escrita mediante libro y la enseñanza oral a través de las conferencias, era, según él la desarrollaba, extraordinariamente estimulante de los hombres más capacitados y cuando la clase no era demasiado numerosa. Es un método difícil de emplear cuando la clase excede de cuarenta alumnos como máximo (el recuerdo que yo guardo del número de alumnos de su clase, cuando yo asistía a ella, se aproxima más a veinte que a cuarenta), y no es conveniente para alumnos que no tienen aptitudes reales para la Economía o no sienten inclinación hacia ella (y en interés de los cuales se han concebido los programas de las grandes Escuelas económicas de hoy día). Los títulos que se dan a continuación, de cursos sucesivos, poco después de que él llegase a Cambridge, indican el terreno que él quería abarcar:

- 1885-86.—Período escolar de octubre: Comercio exterior y dinero.
 " " Pascua: Especulación, impuestos, etcétera. (Mill, IV y V)
- 1886-87.—Período escolar de octubre: Producción y Valor.
 " " Cuaresma: Distribución.

Después de la publicación de los *Principles*, en 1890, su tarea principal fué preparar el resumen titulado *Economics of Industry* (94), que apareció a principios de 1892 (95). También empleó mucho tiempo en las sucesivas revisiones de los *Principles*, habiendo introducido los cambios más importantes en la tercera edición, publicada en 1895, y en la quinta edición, en 1907. Es dudoso que el grado de perfección introducido correspondiese al trabajo que significó. Estas revisiones fueron un gran obstáculo a la realización de lo que originariamente se pensó que sería el volumen II de los *Principles*.

(94) Este libro fué frecuentemente reimpresso, reparándose ediciones revisadas en 1896 y 1899; hasta la fecha se han vendido 81.000 ejemplares.

(95) El capítulo final sobre "Sindicatos" se sale del campo de los *Principles* e incluye algún material del primer libro, *Economics of Industry*.

La interrupción más importante fué originada, sin embargo, al ser miembro de la Real Comisión de Trabajo, de 1891 a 1894. Acogió con alegría esta oportunidad de entrar en íntimo contacto con la materia prima de su tema, y desempeñó un importante papel en la redacción del Informe Final. Las partes que trataban de Sindicatos, Salario mínimo e Irregularidad del empleo fueron especialmente obra suya.

Entre tanto, seguía trabajando en la continuación de los *Principles*. Pero —dice la señora Marshall— “perdió mucho tiempo porque cambiaba con mucha frecuencia su método de tratar el tema. En 1894 empezó a tratarlo desde el punto de vista histórico, lo que él llamó más tarde el Elefante Blanco, porque lo hizo en una escala tan amplia que hubiera necesitado muchos volúmenes para terminarlo. Después utilizó fragmentos del Elefante Blanco en las partes descriptivas de *Industry and Trade*.”

La labor de Marshall en la Comisión de Trabajo fué tan sólo un ejemplo dentro de la serie de servicios prestados a las investigaciones gubernamentales. En 1893 testimonió ante la Real Comisión de los Ancianos Pobres, donde propuso asociar los Charity Organization Committees con la administración de la Ley de Pobres. A principios de 1899 emitió un informe cuidadosamente preparado ante la Comisión de la Moneda India. Su informe era, en lo relativo a la teoría monetaria, en parte una repetición de lo que había dicho ante la Comisión del Oro y la Plata once años antes. Pero él mismo consideraba que la nueva versión era mejor y constituía su mejor explicación de la teoría del dinero. Las partes que trataban de problemas específicamente indios iban acompañadas de numerosos diagramas estadísticos. Su interés por los problemas económicos y monetarios de la India se había despertado por vez primera en Oxford, cuando entre sus obligaciones figuraba el dar conferencias a los candidatos al Servicio de Funcionarios Civiles de la India. Se complacía en sus investigaciones sobre los problemas indios (96), realistas y detalladas, y los grandes rollos de mapas de la India, de los cuales no todos se publicaron, estaban siempre a mano como parte del mobiliario de su estudio.

(96) Tenía muchos alumnos indios (y también japoneses) que le eran incondicionales.

Entrado el año 1899 preparó informes sobre la clasificación e incidencia de los impuestos imperiales y locales, para la Real Comisión de Impuestos Locales. En 1903, cuando la controversia sobre la reforma de tarifas estaba en su apogeo, escribió, a requerimiento del Departamento de Hacienda, su admirable memorándum sobre "The Fiscal Policy of International Trade". Este escrito fué impreso en 1908, como documento parlamentario, a petición del señor Lloyd George, entonces Canciller del Tesoro, "sustancialmente en la misma forma en que fué escrito originalmente". El retraso de cinco años críticos en la fecha de publicación fué característicamente explicado por Marshall de la manera que sigue:

"Algunas correcciones importantes y adiciones a este memorándum se perdieron en el correo en el extranjero (97), en agosto de 1903; cuando releí las pruebas sin corregir, en el otoño, quedé tan disgustado que no quise hacer uso del permiso que me había sido amablemente concedido para publicarlo independientemente. La prisa con que fué escrito y su brevedad son parcialmente responsables de su falta de orden, y de la frecuencia con que se expresa, casi dogmáticamente, mi opinión particular, cuando una cuidadosa discusión hubiera sido más apropiada. Ello va contra mi norma de evitar los motivos de controversia, y en lugar de tratar de indagar en las causas de las causas, como debería ser el trabajo de un estudioso, trata fundamentalmente de las causas próximas y sus efectos. Decidía, por lo tanto, permanecer en silencio sobre la cuestión fiscal hasta que pudiera añadirle lo que yo tenía que decir en un estudio más cuidadoso y completo; y ahora estoy dedicándome a esa tarea. Pero avanza poco, y el tiempo vuela."

En estas frases aparece expuesto el creciente inhibicionismo de Marshall. Las dificultades que existían para decidirle a exponer la riqueza de sus pensamientos se iban haciendo casi insuperables. En 1908 dimitió su cátedra con la esperanza de que, al verse libre de las serias obligaciones de dar conferencias y enseñar en las clases, podría imprimir mayor velocidad a las demás cuestiones.

(97) Fueron robados por la encargada de una cartería en un pueblo del Tirol, para quedarse con los sellos del sobre.

VIII

Durante los veintitrés años que ejerció como profesor, Marshall tomó parte en tres importantes movimientos que merecen mención por separado: La fundación de la British Economic Association (actualmente Royal Economic Society), la discusión sobre colación de grados universitarios a las mujeres en Cambridge y el establecimiento de los exámenes de honor de Economía en Cambridge.

1. La carta circular titulada "Propuesta para formar una Asociación Económica Inglesa", que fué el primer paso de carácter público que se dió para el establecimiento de la Royal Economic Society, apareció el 24 de octubre de 1890, con la sola firma de Alfredo Marshall, aunque, naturalmente, con la cooperación de otros (98). Invitaba a todos los conferenciantes de Economía, en cualquier Universidad o Colegio del Reino Unido, a los miembros de los Consejos de las Sociedades Estadísticas de Londres, Dublin, y Manchester, y a los Miembros del London Political Economic Club, junto con algunas otras personas, incluidos miembros del Comité de la Sección F de la British Association, a asistir a una reunión privada en University College, Londres, el 20 de noviembre de 1890, bajo la presidencia de Lord Goschen, canciller del Tesoro, "con objeto de estudiar propuestas para crear una Sociedad o Asociación económica y, conjuntamente, un período que tratase de economía." Esta carta circular inicial establece las líneas generales que la Sociedad ha seguido en realidad durante los treinta y cuatro años de su vida (99).

(98) Yo creo que Marshall firmó fundamentalmente en virtud de ser Presidente para 1890 de la Sección de Economía de la British Association; en la reunión de aquel año se había urgido la necesidad de establecer un periódico que tratase de economía.

(99) La principal diferencia de opinión, surgida en el primer momento, con relación a la amplitud de la Sociedad, queda indicada a continuación: "Casi la única cuestión sobre la que hasta ahora ha surgido una diferencia de opinión es la de si la Asociación ha de quedar abierta para todos aquellos que sientan suficiente interés por la Economía y quieran contribuir a su sostenimiento... Hay algunos que creen que las líneas generales que deben adoptarse son las de una Sociedad cultural inglesa, mientras que otros prefieren las de la Asociación Económica americana, que celebra reuniones sólo en

2. La controversia relativa a la colación de grados universitarios a las mujeres, que dividió a Cambridge en dos bandos en 1896, situó a Marshall en el campo que se oponía a las peticiones de las mujeres. El había estado en íntimo contacto con Newnham desde su fundación, a través de su mujer y de los Sidgwick. Cuando fué a Bristol había sido, con sus propias palabras, "atraído por aquello, principalmente por el hecho de que era el primer Colegio en Inglaterra que había abierto totalmente sus puertas a las mujeres". Una parte considerable de sus alumnos habían sido mujeres. El párrafo inicial de su primer ensayo impreso (sobre *The Future of the Working Classes* en 1873) es un alegato elocuente, de acuerdo con Mill, en pro de la emancipación de las mujeres. En ese escrito dice que todos los ejemplos de Mill "tienden a mostrar cómo podría acelerarse nuestro progreso si pudiéramos quitar los pañales en que unas costumbres artificiales han envuelto el cerebro de la mujer, y darle carta blanca para cumplir, de una manera femenina, sus deberes hacia el mundo". La actitud de Marshall, sin embargo, fué un triste golpe para su pequeño círculo propio, y, al ser explotada por la otra parte, tuvo bastante que ver en la aplastante derrota que los reformadores sufrieron por el momento. La inteligencia de Marshall pudo encontrar excelentes razones para seguir esta dirección. En efecto, una larga hoja circulante que envió a los miembros del Senado presenta, en términos moderados y corteses, un brillante y quizás convincente alegato contra la completa asimilación de la educación de las mujeres y la de los hombres. Sin embargo, es posible que un prejuicio congénito, que a los cincuenta y cuatro años de la vida de un hombre ha adquirido un secreto vigor, desempeñase en la conclusión un papel más importante que el obediente cerebro.

raras ocasiones, y cuyos miembros no confieren ninguna clase de diploma." En la reunión, por unanimidad, se adoptó una resolución, propuesta por el señor Courtney y apoyada por el profesor Edgworth y el profesor Sidgwick, por la que "cualquier persona que desee fomentar los fines de la Asociación y sea admitida por el Consejo, será recibida como miembro". La redacción de nuestro estatuto muestra señales de compromiso entre las dos ideas, pero en la práctica se ha seguido siempre el precedente de la Asociación Económica Americana.

3. Finalmente, están los servicios prestados por Marshall para la fundación de la Escuela de Economía de Cambridge.

Cuando Marshall volvió a Cambridge en 1885, los estudios de Economía Política estaban incluidos en los exámenes de Ciencias Morales y de Historia (100). La fundación separada de estas dos escuelas, unos veinte años antes, había llevado a cabo una gran revolución en la liberalización de los estudios de la Universidad (101). Casi tan pronto como Marshall fué profesor sintió imperiosamente que había llegado el momento de dar un paso más hacia adelante; le desagradaba de una manera particular la consecuencia que se sacaba de los programas en vigor, según los que la Economía era el tipo de asignatura que podía estudiarse satisfactoriamente como materia subsidiaria. En cuanto volvió a Cambridge en 1885, se rebeló contra la idea de que sus explicaciones debieran adaptarse a las exigencias de un examen del cual la Economía no era sino una parte (102). Su Conferencia de Apertura fué, efectivamente, una petición para que se concediera un nuevo *status* a la Economía; y así fué interpretada por Sidgwick. El trozo que se da a continuación, perteneciente a esa conferencia, tiene cierta importancia histórica por ser casi el primer golpe asestado en la

(100) A las conferencias de Marshall, en los últimos años de la década de 1880, asistían, aparte de estudiantes de otros departamentos y de filosofía que podían sentirse atraídos por curiosidad hacia la materia, una docena o menos de estudiantes de Ciencias Morales, y unas dos docenas o menos de estudiantes de Historia.

(101) Marshall resumió la historia de esta cuestión de la manera que sigue en su *Plea for the creation of a Curriculum in Economics* (1902): "En los países extranjeros la economía ha estado siempre íntimamente asociada con la Historia o el Derecho, o la Ciencia Política, o alguna combinación de estos estudios. El primer examen (en Cambridge) de Ciencias Morales comprendía ética, derecho, historia y economía; pero ninguna ciencia mental o lógica. En 1860, sin embargo, se introdujeron la filosofía y la lógica, asociándolas con la ética; mientras que la historia y la filosofía política, la jurisprudencia y la economía política formaban un grupo alternativo. En 1867 la historia y el derecho se pusieron aparte; y la ciencia mental y la lógica han sido desde entonces la nota fundamental de los exámenes de Ciencias Morales.

(102) Con relación a sus discusiones con Sidgwick acerca de ésto (y para un ejemplo característico de la deliciosa y medio humorística reacción de Sidgwick a la crítica) véase *Henry Sidgwick: A Memoir*, p. 394.

lucha por la independencia que la Economía ha obtenido en casi todas partes:

“Se necesita un conocimiento más amplio y más científico de los hechos: un órgano más fuerte y más completo, capaz de analizar y cooperar a la solución de los problemas económicos de la época. El desarrollo y la correcta aplicación del órgano es nuestra más urgente necesidad; y esto requiere todas las facultades de una mente científicamente educada. Se han gastado con prodigalidad elocuencia y erudición al servicio de la Economía. Son convenientes a su manera; pero lo que es más necesario hoy día es el poder de mantener las ideas despejadas y claras para trazar y analizar la acción conjunta de muchas causas combinadas. Dejando aparte el genio excepcional, este poder se encuentra raras veces, excepto en aquellos que han seguido serios cursos de trabajo en las ciencias más adelantadas. Cambridge tiene más hombres de esta clase que ninguna otra Universidad en el mundo. Pero, por desgracia, pocos de ellos se dedican a esta tarea. En parte esto es así porque el único programa en el que la Economía tiene un puesto muy importante es el de los exámenes de Ciencias Morales. Y muchos de los que están dotados para llevar a cabo los más elevados y complicados trabajos económicos no se sienten atraídos por los estudios metafísicos que se hallan en el umbral de esos exámenes.”

Esta petición de Marshall correspondía al concepto del tema que dominó toda su obra. Marshall fué el primer economista *pur sang* que existió; el primero que dedicó su vida a configurar la asignatura como una ciencia separada, manteniéndose sobre sus propios fundamentos, con un nivel de exactitud científica tan elevado como el de las ciencias físicas o biológicas. Fué Marshall el que, finalmente, consiguió que “jamás pueda volver a suceder que una señora Trimmer, o una señora Marcet, o una señorita Martineau pueda adquirir una buena reputación recopilando principios económicos en forma de catecismo o de simples cuentos, con ayuda de los cuales una institutriz inteligente pueda explicar a los niños que la rodean dónde se encuentra la verdad económica” (103). Pero —mucho más que esto— después de él la Economía

(103) De su artículo *The Old Generation of Economists and the New*, *Quarterly Journal of Economics*, enero de 1897.

no pudo volver a ser un número entre las asignaturas por las cuales habría de pasar un filósofo moral, una ciencia moral entre varias, tal como Mill, Jevons y Sidgwick la habían considerado. Fué el primero que tomó esta actitud profesional, científica, hacia el tema, considerándolo algo por encima y fuera de las discusiones corrientes, tan lejos de la política como la fisiología pueda estarlo de la práctica corriente de la Medicina.

Al transcurrir el tiempo, la Economía Política llegó a ocupar, en la parte II de los exámenes de ciencias morales, una posición más próxima a los ideales de Marshall. Pero no estuvo satisfecho hasta que en 1903 su victoria fué total, con el establecimiento de una Escuela independiente, y los correspondientes exámenes para Economía y ramas adyacentes de la Ciencia Política (104).

Así, en un sentido formal, Marshall fué el fundador de la Escuela de Economía de Cambridge. Yendo más lejos, también fué el fundador a través de las relaciones extraoficiales que mantuvo con muchas generaciones de alumnos que desempeñaron un papel importante en la obra de su vida y en la determinación del curso de los trabajos que ellos desarrollaron durante sus vidas.

Marshall pudo parecer, a veces, a sus colegas, pesado y obstinado; al mundo exterior le pudo parecer dogmatizador o poco práctico; pero para sus alumnos era y fué siempre un verdadero sabio y maestro, por encima de la crítica, padre espiritual de todos ellos, que les proporcionaba una inspiración y sensación de bienestar que no podían obtener de ninguna otra fuente. Las excentricidades y maneras particulares, que pudieron ponerse entre él y el mundo, se convirtieron, para sus alumnos, en parte de lo que ellos amaban. Elaboraron leyendas en torno suyo (de las cuales quizá sea el profesor Fay el principal depósito) y no estuvieron contentos hasta que él no fué, sin concesión alguna, su único y propio ser. La juventud no está satisfecha a menos que su Sócrates no sea un poco raro.

Es difícil explicar por escrito el efecto que producía o su manera

(104) En 1900 Sidgwick se había convertido finalmente a esta idea, poco antes de su muerte. Los ideales de Marshall sobre la educación económica se encuentran en su "Plea for the Creation of a Curriculum in Economics" e "Introduction to the Tripos in Economics..."

de producirlo. El alumno salía con un sentimiento extraordinario de que se habían embarcado en la empresa más importante del mundo. Al regresar de su casa, pasaba por Madingley Road cargado con más libros de los que podía llevar, libros cogidos de las estanterías conforme la entrevista avanzaba, convencido de que se trataba de un tema que merecía ser el objeto de estudio de toda su vida. La doble naturaleza de Marshall, apareciendo espontáneamente y sin ceremonias, irradiaba sobre el alumno que estaba sentado a su lado una doble iluminación. El joven recibía una medida de integridad intelectual, y con ella un desinterés en el propósito, que al mismo tiempo le producía satisfacción intelectual y moral. El mismo objeto de estudio parecía haberse desarrollado en las manos del maestro y del alumno, conforme iban hablando. Había infinitas posibilidades que no estaban fuera del alcance. "Todo era amistoso y desprovisto de ceremonias", ha escrito el señor Sanger de estas ocasiones (*Nation*, 19 de julio de 1924), "no había la pretensión de que la ciencia económica fuese una cuestión resuelta—como la gramática o el álgebra— que había de aprenderse, no criticarse; era tratada como un tema en proceso de desarrollo. Cuando una vez Alfredo Marshall regaló un ejemplar de su famoso libro a un alumno, con la dedicatoria "A ..., con la esperanza de que, a su tiempo, deje anticuado este tratado", no se trataba de una muestra de modestia burlona, sino que insistía en su creencia de que la Economía era una ciencia en crecimiento, y que nada podía por entonces considerarse como definitivo."

No hemos de suponer que Marshall no hiciera distinciones con sus alumnos. Era enormemente crítico e incluso sarcástico. Trataba de animar, aunque al mismo tiempo era todo lo contrario de un adulator. Sus alumnos, en su vida posterior, le enviaban sus libros con notable inquietud por lo que pudiera decir o pensar de ellos. El doctor Clapham cuenta la siguiente anécdota, que muestra su visión y rápida observación cuando daba clase: "A mis clases vienen dos personas de su Colegio que son muy interesantes", le decía a un profesor. "Cuando llego a un punto difícil, A. B. se dice a sí mismo "esto es muy difícil para mí: no voy a intentar cogerlo". C. D. intenta cogerlo, pero fracasa", y Marshall elevaba

la voz y empezaba a sonreír. Se trataba de una apreciación perfecta de los temperamentos e inteligencias de esas dos personas.

Marshall se convirtió en el padre de la Ciencia Económica tal como existe en Inglaterra hoy día, más a través de sus alumnos que por medio de sus propios escritos. En 1888, el profesor Foxwell pudo escribir: "la mitad de las cátedras de Economía del Reino Unido están ocupadas por alumnos suyos, y la participación de estos en la formación económica de Inglaterra va más lejos de esto" (105). Hoy día, su dominio es casi completo a través de alumnos y alumnos de alumnos. Muchos más hombres que la mayoría de los que él apreciaba, cuando le llegó el momento de marcharse, repiten su *Nunc Dimittis*, comparando lo que él hizo con el objetivo que se había marcado a sí mismo en las frases finales de su Discurso Inaugural de 1885:

"Será mi ambición predilecta, mi tentativa más enérgica, hacer cuanto pueda con mis escasas facultades y mis limitadas fuerzas, para aumentar el número de aquellos a quienes Cambridge, la gran madre de los hombres fuertes, lanza al mundo con las mentes claras pero con los corazones ardorosos, deseosos de dar al menos algo de sus mejores cualidades para luchar contra el sufrimiento social de que están rodeados; resueltos a no descansar satisfechos hasta haber hecho lo que en ellos esté para descubrir hasta dónde se pueden entregar a todos los medios materiales de una vida noble y refinada."

IX

Marshall se retiró de la Cátedra de Economía Política de Cambridge en 1908, a la edad de sesenta y seis años. Perteneció a la época de sueldos bajos sin pensiones. A pesar de ello, con su sueldo de profesor (de 700 libras, incluida la ayuda), que jamás incrementó mediante los exámenes o con el periodismo, en tanto que sus numerosos servicios al Estado quedaron, naturalmente, impagados, consiguió mantener a sus expensas una pequeña biblioteca circulante para estudiantes que aún no hubieran obtenido el grado,

(105) "The Economic Movement in England", *Quarterly Journal of Economics*, vol. II, p. 92.



EN EL TIROL, 1909



1913

fundar un Premio de Ensayo trienal, de 60 libras (106), para fomentar la investigación original, y pagar particularmente sueldos de cien libras anuales a dos, y a veces tres, jóvenes conferenciantes para los que la Universidad no hacía consignación de fondos y que de otra manera no habrían podido permanecer en el claustro de profesores de la Escuela de Economía. Al mismo tiempo, con ayuda de lo que recaudaba de la venta de sus libros (107), ahorró lo suficiente para hacer que su retiro fuera financieramente posible. Resultó que el producto de la venta de sus libros se hizo, después de la publicación de *Industry and Trade*, tan considerable que al final de su vida se encontró en mejores condiciones económicas que nunca; y solía decir, cuando le llegaba el cheque anual de Macmillan, que apenas si sabía qué hacer con el dinero. Ha dejado su biblioteca económica a la Universidad de Cambridge, y la mayor parte de sus bienes, así como cualquier beneficio futuro que le pueda corresponder en concepto de derechos de autor corresponderá también, finalmente, a la Universidad, para el fomento de los estudios de Economía.

Libre del trabajo de dar clases y de la responsabilidad de los alumnos (108), estaba en condiciones de emplear el tiempo y las energías que le quedaban en reunir la cosecha de la época de plenitud. Habían transcurrido dieciocho años desde que se publicaron los *Principles*, y se habían acumulado masas de materiales que esperaban ser reunidos y condensados en libros. Con frecuencia había cambiado sus planes relativos al alcance y contenido de sus volúmenes posteriores, y la cantidad de materiales que tenía que

(106) En 1913 entregó a la Universidad un capital suficiente para asegurar unos ingresos equivalentes a perpetuidad.

(107) Insistió siempre mucho en poner a sus libros precios inferiores a los que eran corrientes para obras de tamaño y carácter análogos. Era un corrector de pruebas implacable, y tenía las cosas en la imprenta durante años antes de publicarlas. Algunas partes de *Industry and Trade*, que tuvo en su casa para corregir durante quince años, antes de publicarlas, dícese que constituyen un "record". Jamás consideró los libros como fuentes de ingresos, más que accidentalmente.

(108) Continuó, hasta que empezó la guerra, recibiendo estudiantes por las tardes, aunque quizás se trataba de antiguos alumnos (en aquella época jóvenes profesores), más bien que de alumnos nuevos.

tratar excedían de sus facultades de coordinación. En el prefacio a la quinta edición de los *Principles* (1907) explica que en 1895 había decidido ordenar sus materiales en tres volúmenes: I, *Modern Conditions of Industry and Trade*; II, *Credit and Employment*; III, *The Economic Functions of Government*. En 1907 ya eran necesarios cuatro volúmenes. Entonces decidió concentrar su atención sobre dos de ellos, a saber: I, *National Industry and Trade*, y II, *Money Credit and Employment*. Este fué el plan definitivo, con la excepción de que, al pasar el tiempo, *Employment* fué desplazado del segundo volumen por el comercio internacional o *Commerce*. Incluso así, transcurrieron doce años más antes de que, a los setenta y siete años de edad, se publicase *Industry and Trade*.

Durante este período, las interrupciones sufridas en el trabajo objeto de su atención principal no fueron considerables. Escribió algunas cartas accidentalmente a *The Times*, sobre el Presupuesto del señor Lloyd George (1909), en controversia con el profesor Karl Pearson, sobre "Alcoholism and Efficiency" (1910), sobre "A Fight to a Finish", y "Civilians in Warfare" al estallar la guerra (1914), y sobre los bonos con prima (1919). En 1916 escribió a *The Economist* pidiendo mayores impuestos para costear los gastos de guerra; y en 1917 escribió un capítulo sobre "National Taxation after the War" para *After-war Problems*, libro editado por el señor W. H. Dawson.

Las cartas que Marshall escribió a *The Times* al principio de la guerra ofrecen algún interés. Cuando, antes de que se declarara la guerra, le pidieron que firmase una declaración en el sentido de que no debíamos ir a la guerra porque no teníamos interés alguno en la lucha que se aproximaba, contestó: "Pienso que la cuestión de la paz o la guerra debe girar en torno al deber de la nación tanto como en torno a nuestros intereses. Yo sostengo que deberíamos movilizar inmediatamente, y anunciar que declararemos la guerra si los alemanes invaden Bélgica; y todo el mundo sabe que lo harán." Durante muchos años había tomado en serio las ambiciones pangermánicas; y tituló su carta "A fight for a finish" (una lucha por un fin). Tomó una actitud decididamente antipacifista, de la que no se apartó al pasar el tiempo. Pero se

oponía seriamente a la exacerbación de las pasiones nacionales. Recordaba que "había conocido Alemania y la había amado", y que era "un pueblo excepcionalmente concienzudo y recto" (109). Sostenía, por consiguiente, que "es nuestro interés y también nuestro deber respetarles e indicarles claramente que deseamos su amistad, pero también combatirles con toda nuestra fuerza". Y manifestaba la "inquietud ante el temor de que las arengas populares inflamen pasiones que serán de muy poca utilidad o de ninguna para conseguir la victoria, pero que pueden contribuir a aumentar grandemente la matanza en ambos lados, que deberá pagarse como precio por resistir las tendencias agresoras de Alemania". Estos sentimientos le valieron el odio de los más enconados patriotas.

Por fin, en 1919, apareció *Industry and Trade*, que fué un gran esfuerzo de voluntad y determinación por parte de una persona que hacía tiempo que había entrado en la edad en que la mayor parte de los hombres descansan de sus fatigas.

Es un libro completamente distinto de los *Principles*. Es descriptivo en su mayor parte. Una tercera parte larga es histórica y compendia los resultados de sus grandes trabajos en ese campo. La coordinación de las distintas partes en un solo volumen es artificial. Las dificultades de tal coordinación, que le habían perseguido durante tantos años, no se han llegado a superar realmente. Más que una unidad estructural, el libro es una excusa para poner juntas una serie de materias parcialmente relacionadas y sobre las cuales Marshall tenía cosas de valor que decir al mundo. Este es el caso, de una manera especial, de sus dieciséis apéndices, que son el medio de dar vida a una serie de monografías individuales o de artículos. Varios de ellos habían sido escritos buen número de años antes de que se publicase el libro. Estaban perfectamente concebidos para haber sido publicados por separado, y debe con-

(109) El 20 de agosto de 1914 escribía a *The Times*: "Los que conocen y aman a Alemania, aun cuando les repugne el presuntuoso militarismo, que es allí más corriente que aquí, deberían insistir en que no tenemos razones para despreciarlos, aunque tengamos buenos motivos para combatirles... Como pueblo, los considero excepcionalmente concienzudos y rectos, sensibles a la llamada del deber, tiernos en sus afectos familiares, sinceros y dignos de confianza en la amistad. Son fuertes y se les puede temer, pero no despreciar."

siderarse una falta de Marshall el que los conservase tan celosamente como lo hizo.

Lo mismo que sucede con los apéndices, los tres libros en que se divide la obra hubieron sufrido muy poco si se hubieran publicado por separado. El libro I, titulado *Some Origins of Present Problems of Industry and Trade*, es una historia de los intentos de alcanzar la supremacía industrial hechos por Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos, principalmente durante la segunda mitad del siglo XIX. El libro II, sobre *Dominant Tendencies of Business Organization*, aunque no es completamente histórico, es también, en lo fundamental, una relación de la evolución de las formas de organización comercial durante la segunda mitad del siglo XIX. El libro I es la historia de la evolución económica de ese período, considerada desde el punto de vista nacional; el libro II la considera desde el punto de vista técnico. El libro III, sobre *Monopolistic Tendencies: the relations to Public Well-being*, trata con más detalle de los problemas especiales que surgieron durante el mismo período con relación al transporte y a los "trusts", cárteles y combinados.

Así, la unidad que posee el libro deriva del hecho de ser una descripción de las formas del capitalismo individualista, tal como se había establecido en Europa occidental hacia el año 1900, de como pasaron, y de la medida en que sirvieron los intereses públicos. En conjunto el volumen enseña lo que Marshall siempre había querido indicar, es decir, el carácter transitorio y cambiante de las formas de organización mercantil y de los modelos adoptados por las actividades económicas. Llama particularmente la atención sobre la naturaleza precaria y falta de permanencia sobre la que se han construido los fundamentos de la capitania industrial de Inglaterra.

Sin embargo, el valor principal del libro está en algo menos definido y más difuso que sus temas centrales. Representa el fruto de los conocimientos de Marshall y de su madura sabiduría sobre una multitud de materias distintas. El libro es una mina, más bien que un ferrocarril, como los *Principles*, un lugar para escarbar en busca de tesoros ocultos. Como los *Principles*, una vez más, es un libro fácil; sin embargo, creo que es más probable que sea

útil a una persona que tenga ya algunos conocimientos que a un principiante. Encierra las sugerencias y puntos de partida para muchas investigaciones. No hay libro mejor que éste para sugerir ideas para investigaciones originales a un lector que está dispuesto a ello. En cambio, las amplias generalizaciones del libro son demasiado tranquilas, lisas, urbanas, faltas de dogmatismo para cautivar al ignorante.

Industry and Trade tuvo un notable éxito de público. Se pidió inmediatamente una segunda edición y, a fines de 1923, se habían vendido 11.000 ejemplares. El hecho de que lograrse llegar a un amplio círculo de lectores y de que no tropezase con críticas adversas fué algo que animó y consoló grandemente al anciano autor, que podía ver que, después de todo, el tiempo, el enemigo, no le había impedido expresar sus palabras al mundo.

Pero, de todos modos, el alado carro del tiempo se acercaba rápidamente, como escribió en el prefacio de *Industry and Trade*, "la edad avanzada me indica que mi tiempo para pensar y hablar está casi terminado". La composición de grandes tratados, como la de las grandes pinturas, es algo que no se puede continuar a una edad muy avanzada. Gran parte de su esquema de conocimientos ordenados no se haría público jamás. Sin embargo, su energía y su determinación fueron suficientes para publicar un volumen más.

Sus facultades de concentración y su memoria empezaban a fallar con cierta rapidez. Cada vez más, tenía que vivir sólo para el libro, y guardar para él hasta la última de sus energías. La conversación con sus visitantes le cansaba demasiado, y era un obstáculo demasiado serio a sus energías de trabajo. Cada vez con más frecuencia, la señora Marshall tenía que evitar que le visitaran, y de este modo él vivía solo con ella, en lucha con el tiempo. Descansaba mucho, escuchando sus melodías favoritas en una pianola, que fué un gran entretenimiento para él durante los últimos diez años de su vida, o escuchando a su esposa leer de nuevo alguna novela conocida. Todas las noches daba un paseo él solo, en la oscuridad, por Madingley Road. El día que cumplió los setenta y ocho años dijo que no descaba demasiado una futura vida. Al preguntarle la señora Marshall si no le gustaría volver a este mundo a intervalos (por ejemplo) de cien años, para

ver lo que sucedía, contestó que le gustaría, pero por pura curiosidad. Y siguió diciendo: "mis pensamientos giran cada vez más alrededor de los millones de mundos que pueden haber alcanzado un alto grado de moralidad antes de que el nuestro fuera habitable, y los otros millones de mundos que pueden tener un desarrollo similar después de que nuestro sol se haya apagado y nuestro mundo sea inhabitable" (110). La mayor dificultad que tenía, decía, para creer en una vida futura era que no sabía en qué momento de la existencia podría empezar. Apenas si se podía creer que los monos tuvieran una vida futura, y ni siquiera que la tuvieran los primitivos seres humanos habitantes de los árboles. Entonces, ¿en qué momento pudo tener lugar un cambio tan inmenso como el de la vida futura?

Las dificultades digestivas, que le habían molestado durante toda su vida, aumentaron en los últimos años. En septiembre de 1921, al cumplir setenta y nueve años de edad, escribió las siguientes notas:

"Cada vez aumenta la sensación de presión en la cabeza, acompañada de cansancio, que me produce el trabajo; y esto me molesta. Tengo que seguir trabajando, mientras las fuerzas me lo permitan, durante dos años completos (o bien cuatro años a media jornada), si es que se me consiente: después de esto, puedo entonar el "Nunc dimittis". La vida por sí misma me interesa poco. Tan solo quiero poner en orden mi trabajo de manera que aumente mis posibilidades de decir aquellas cosas que considero de capital importancia."

En agosto de 1922, poco después de haber cumplido los ochenta años, fué terminado *Money Credit and Commerce*, y se publicó al año siguiente, en 1923. El alcance del libro difería de su proyecto en que no comprendía "un estudio de las influencias ejercidas por los recursos utilizables para el empleo, sobre las condiciones de vida y trabajo del hombre". Pero trató de fijar en un libro sus aportaciones fundamentales a las teorías del dinero y del comercio exterior. El libro está constituido principalmente por fragmentos que han sido unidos, algunos de los cuales fueron es-

(110) Cf. la interesante nota de la página 101 de *Money Credit and Commerce*.



ALFREDO MARSHALL, 1920

critos cincuenta años antes, como ya se ha dicho anteriormente, donde también hemos resumido la naturaleza de sus principales aportaciones a estos temas. Muestra señales de la avanzada edad, que no se apreciaban en *Industry and Trade*, pero contiene abundantes materiales e ideas y presenta juntos párrafos que de otra manera serían inaccesibles al estudioso o de muy difícil acceso. "Si una gran parte se escribió por los años 80 del siglo pasado, una gran parte se leerá por los años 80 de este siglo", escribió de este libro el profesor Edgeworth en el *Economic Journal*.

En el prefacio de *Money, Credit and Commerce* escribió: "Aunque los años me pesan, no pierdo la esperanza de que todavía puedan publicarse algunas de las nociones que he concebido sobre las posibilidades de avance social." Hasta su última enfermedad, a pesar de la pérdida de la memoria y de una gran debilidad física, trabajó para contruir un volumen más. Se iba a titular *Progress: its Economic Conditions*. Pero la tarea era demasiado grande. En algún aspecto sus facultades todavía se mantenían fuertes. Escribiendo cartas breves aún era el mismo de siempre. Un día, a los ochenta y dos años, dijo que iba a hojear la *República*, de Platón, porque quería escribir sobre el tipo de república que Platón hubiera deseado si hubiera vivido ahora. Pero aunque empezó a escribir, no era posible que hiciera nada.

En aquellos últimos días, con los ojos hundidos y brillantes, mechones de pelo blanco, la cabeza cubierta con un gorro negro, tenía, más que nunca, el aspecto de un sabio o un profeta. Finalmente, las fuerzas le abandonaron. Pero cada mañana se despertaba habiendo olvidado su estado y pensando en empezar su jornada de trabajo como de ordinario. El 13 de julio de 1924, quince días antes de cumplir los ochenta y dos años, falleció.

R E C U E R D O S

Por el Profesor F. Y. Edgeworth

La primera vez que Alfredo Marshall apareció como una notabilidad para mí fué cuando Jevons, en una conversación sobre economía matemática, me recomendó los hoy día celebrados escritos sobre *Pure Theory of Foreign Trade and Domestic Values*, como la última aportación hecha a ese tema. Al mismo tiempo, Jevons alabó grandemente la obra, a la sazón recientemente publicada, *Economics of Industry*. Estudiando ávidamente esos escritos descubrí un nuevo poder de razonamiento matemático no sólo en las páginas llenas de curvas y símbolos, sino también en ciertas partes del aparentemente sencillo texto. Con relación a tales párrafos, y escribiendo en 1881, caractericé al autor con una frase que él mismo reconoció más tarde como exacta, "vistiendo con los ropajes de la literatura la armadura de las matemáticas". Esta frase podría aplicarse a muchos párrafos del texto de *Principles of Economics*.

Al tiempo que destacaba en el uso conjunto del razonamiento puro y del conocimiento concreto, Marshall estaba perfectamente al corriente de los peligros que encierra el uso del primer factor por sí mismo. En más de una carta me ha puesto en guardia contra ese peligro. Burke no podía haber denunciado con más insistencia el abuso de la teoría abstracta aplicada a las cuestiones humanas. Sin duda alguna, Marshall habría suscrito el dicho de Burke: "La excelencia de las matemáticas y de la metafísica consiste en poner solamente una cosa delante de sí; pero en las disquisiciones morales se formará el juicio más perfecto aquel que abarque el mayor número y variedad de consideraciones de un solo golpe de vista." Pero Marshall estaba movido también por una razón menos intrínseca, el temor de ofender al hermano más débil. La aplicación de las matemáticas a la economía política apareció durante toda la década de 1880 y primeros años de la de 1890 mucho menos respetable que lo que se ha hecho a partir de entonces, espe-

cialmente a través del ejemplo de Marshall. Jowett, por ejemplo, como puedo asegurar, apreciaba a Marshall tanto como le disgustaba su aparato matemático. La autoridad de Jowett sobre la cuestión de método no era, efectivamente, particularmente grande, pues no se había dado cuenta de que el uso de curvas y símbolos no supone el uso del cálculo numérico exacto. Pero Jowett era la representación de la opinión culta. Naturalmente, Marshall, que sobre todas las cosas deseaba ser útil, cedió a los prejuicios de aquellas personas a quienes quería convencer.

Estas características —suprema habilidad y precaución suprema en la aplicación del razonamiento abstracto— pueden encontrarse en todos los escritos de Marshall. Hago referencia a algunos de ellos en un orden metódico, sino tal como me vienen a la mente, asociados con recuerdos del escritor. Es difícil abstraer la obra de Marshall de él mismo.

La publicación del Documento sobre Comercio Exterior fué diferida porque, como el mismo Marshall explica, temía que, si se separaba de todo estudio concreto de las condiciones reales, podría parecer que exigía una relación más directa con los problemas reales que la que en efecto tenía. Cuan exhaustivo era su estudio provisional de las condiciones reales me fué puesto de manifiesto cuando, a propósito de los aranceles diferenciales a favor de los Dominios, escribió largas cartas explicando las condiciones en las cuales se producían diferentes clases de cereales en los Estados Unidos (vid., pág. 439).

Cuando la investigación de las condiciones particulares se ha llevado lo más lejos posible, quizás tengamos que volver a presunciones generales dadas por la experiencia corriente. Esta fué la lección que aprendía en una carta en la que Marshall me amonestaba por haber discutido sobre un caso peculiar de comercio internacional puesto por Sidgwick, según Torrens sin indicar la peculiaridad de los datos y como si la conclusión tuviera alguna relación con respecto a la práctica. En otra parte Marshall ha escrito: "No son los economistas formados... los que basan la defensa del comercio libre sobre el razonamiento absoluto "a priori". Por el contrario, se basa sobre el estudio de los detalles" (*Economic Journal*, vol. XI (1901), p. 266). Saqué, sin embargo, de dicha carta,

la consecuencia que la discusión puede requerir presunciones de sentido común que, en contraste con el estudio de los detalles, podría llamarse "a priori".

La baja de precios y la consiguiente agitación en favor del bimetalismo forman otro tema, en relación con el cual tuve contacto con Marshall. El era miembro del Comité designado por la British Association en 1888 para estudiar la medida de los cambios en el valor del dinero; en relación con este tema me correspondió, como secretario del comité, redactar algunos documentos. Al criticar el borrador de esos documentos Marshall mostró su característica preocupación por el "lector corriente". Podaba todo lo que fuera ambicioso de expresión matemática o analogía mecánica. Creo que hubiera dado su aprobación al consejo del Deán Swift a un joven predicador, de omitir los vocablos filosóficos y los "conceptos de tipo metafísico o abstracto".

Marshall me sugirió una noción un tanto abstracta: la definición de una moneda estable como aquella cuya unidad se obtiene mediante un cierto esfuerzo y sacrificio. Este concepto fué introducido por Marshall al principio de su declaración ante la Comisión del Oro y la Plata. Recuerdo la sensación que el uso de este patrón causó en una reunión en debate, en la que estaban presentes muchos bimetelistas. "El oro", decía, con esa voz de entonación peculiar que daba importancia a una declaración sorprendente, "el oro se ha portado muy bien" (manteniendo el nivel con el trabajo más que con las mercancías; habiendo permanecido casi constantes los salarios monetarios mientras bajaban los precios). No sé si siguió dándole importancia a este concepto. Creo que no figura en su último escrito sobre dinero. Si se trataba tan sólo de un "obiter dictum", era uno de esos que solamente un hombre como él pueden sugerir, llenos de profundas cuestiones. Porque, ¿no hemos de saber lo que es la estabilidad antes de aplicar los números índices para obtener la estabilidad del valor del dinero? ¿Cómo podemos apuntar con precisión a un objetivo cuya posición dentro de un campo amplio no podemos discernir con claridad?

En 1890 aparecieron los *Principles of Economics* y mis cartas engrosaron el torrente de críticas que, como él nos ha dicho (*Eco-*

Journal, vol. III (1893), llegó al autor. Especialmente, yo encontraba dificultad en la descripción de la renta como "no entrando a formar parte del coste de producción". Desde un punto de vista puramente matemático podría parecer suficiente imponer la condición de que la tierra está limitada en cantidad y con esta reserva ponerla a la par con otros factores cuyo importe puede aumentarse por la acción humana a un coste que no es infinito. Pero Marshall, buscando el fruto tanto como la luz, y preocupado por las consecuencias sociales derivadas del hecho de que la tierra de la nación estuviera limitada, e impresionado por la importancia de que aquellas consecuencias fuesen reconocidas generalmente, se mantuvo firme con la antigua fraseología. Dejó claro, sin embargo, lo mismo que ha hecho en ediciones posteriores de los *Principles*, que desde el punto de vista del empresario individual la tierra entra en el cálculo del beneficio máximo "pari passu" con los demás factores de la producción. La creencia en la teoría copernicana es totalmente compatible con la conservación en el idioma corriente y con propósitos prácticos, de expresiones tales como "puesta de sol", que conservan el sabor del sistema de Ptolomeo.

Siento mucho no haber guardado las cartas que recibí de Marshall sobre ese tema, ya que no sólo hubieran sido de interés científico, sino que hubieran conservado rasgos de su peculiar humor. También hubieran sido muestra de su bondadosa naturaleza. Porque, dado lo sensible que era a la crítica adversa, la controversia le debió doler mucho.

Su amabilidad se puso de relieve más tarde en una serie de cartas relativas a la dirección del *Economic Journal*, del que yo fui nombrado director en el otoño de 1890. Nuevo en esta clase de trabajo, escribí a Marshall pidiéndole consejo sobre cualquier pequeña dificultad que surgiese, hasta que él protestó diciendo que si la correspondencia iba a seguir a ese ritmo tendría que utilizar sobres con mi dirección impresa.

La segunda edición de los *Principles* contiene adiciones a un tema sobre el cual yo había insistido cerca de Marshall para que se expresase con más amplitud, el "descuento de placeres futuros". Yo preguntaba si la fórmula dada en la primera Nota al Apéndice a la primera edición estaba basada en algo más que la prác-

tica del mercado de préstamos, el hecho objetivo del interés. Marshall relegó el estudio de esta cuestión a sus notas y apéndices, explicándome que era una cuestión de "hedonismo" que no interesaba a los hombres de negocios. Estaba preocupado por aspectos más puramente económicos de la relación entre tiempo y valor, la distinción entre "períodos largos y cortos", la concepción de la "cuasi-renta" y otros principios que quedarán asociados para siempre al nombre de Marshall.

El tiempo, decía Marshall, trabaja simultáneamente a favor y en contra de los obreros manuales en sus relaciones con la clase capitalista que les proporciona empleo. Por una parte, un aumento en los jornales actuales puede atenderse frenando el aumento del capital, de tal modo que al pasar el tiempo el estado de los trabajadores puede ser peor que si no hubiera tenido lugar el aumento de salarios. Por otro lado, los jornales más elevados tienden a producir una mejora en el aspecto moral y físico, y, consiguientemente, en la eficiencia, por lo menos de la generación futura, ya que no de la presente. Estos efectos acumulativos del tiempo, juntamente con otros accidentes peculiares al mercado de trabajo, parecieron casi una revelación cuando Marshall los expuso por primera vez. Los economistas que han crecido en una atmósfera intelectual cargada de las ideas que él introdujo, apenas si pueden apreciar la originalidad de los capítulos de Marshall sobre Ganancias de los Trabajadores. La impresión que produjeron en la época de su publicación consta en una recensión que yo envié a *Academy* (julio de 1890). Después de referirme, aprobándole, al análisis que hacía el autor de las "peculiaridades" en la acción de la oferta y la demanda que constituye el mercado de trabajo, la recensión sigue: "recomendamos al economista que quiera comprobar este juicio que ponga por escrito, antes de leer la última parte de *Principles of Economics*, lo que él mismo tenga que decir en contestación a preguntas como las siguientes: ¿Cuáles son las peculiaridades en esa acción de la oferta y la demanda que determinan los salarios del obrero o los beneficios del empresario? Después, dejemos que compare las sugerencias de su propia memoria y su meditación con el estudio exhaustivo y original que el autor hace del tema. Ha de ser un hombre muy grande, o muy

pequeño, el que, al hacer esta comparación, no le considere superior.”

El éxito de Marshall al tratar la teoría de los salarios se debió en gran parte a su simpatía con los obreros. Utilizando una de sus propias metáforas, el estudio que él hizo de la vida industrial no fué como los “ejercicios del jugador de ajedrez, sin una mirada hacia los caballos o peones que puede tener que sacrificar” (prefacio a *Industrial Peace*, de L. L. Price). Sus investigaciones se vieron estimuladas por un ardiente deseo de mejorar la condición de la gran masa de obreros (*Principles*, I, IV, 4). En 1893 pudo decir con verdad ante la Real Comisión de los Ancianos Pobres: “Durante los últimos veinticinco años me he dedicado al problema de la pobreza, y muy pequeña parte de mi trabajo ha estado dedicada a investigaciones que no tuviesen relación con eso.” Disfrutó de una ventaja que no tienen muchos economistas académicos, la del conocimiento y amistad de hombres dirigentes de las clases trabajadoras. Tuve ocasión de observar lo mucho que le apreciaban y lo bien que “se llevaba con los miembros de esta clase”, cuando estuve en el mismo hotel que los Marshall en Ipswich, con ocasión de aquel Congreso de Cooperación (1889), en el que, como presidente, pronunció un memorable discurso lleno de esperanzas en el futuro de la cooperación obrera. Creo perfectamente lo que oí decir al director de Ruskin College, de que los obreros que estudiaban los *Principles of Economics* reconocían en su autor a un amigo simpático. El otro economista con respecto al cual tuvieron los mismos sentimientos fué Mill.

Efectivamente, Marshall es comparable con Mill en lo que se refiere al ardor de su espíritu público y su capacidad para simpatizar con todas las clases. Pero hay una diferencia que puede ser interesante señalar, teniendo en cuenta el interés que da al trabajo de los grandes cerebros. La aspiración a desterrar la pobreza extrema y el trabajo degradante fué sentida, sin duda alguna, tanto por Mill como por Marshall. Pero Marshall no pensó, como parece haber pensado Mill, que la palabra “placer” era apta para reflejar el incentivo de tales aspiraciones (*Economic Journal*, vol. III, página 389). Marshall guardó moderación en la filosofía, cosa que, según Tácito, es de lo más difícil. No sentía la antipatía violenta

de Bentham hacia las fórmulas de otras personas. Tuvo palabras amables para T. H. Green. Pero su conducta no creo que fuese afectada por el dicho de este metafísico de que "la mayor cantidad posible de placer" carece "intrínsecamente de significado...", "frase a la cual no corresponde idea alguna en realidad". Más bien, en la dirección de Bentham, Marshall trataba de aumentar la "suma total de felicidad" (*Lectures on Progress and Poverty*, 1833); sostenía que el "daño" causado por la obtención de 1.000 libras en impuestos de 20 libras cada uno sobre los ingresos de cincuenta personas que ganasen doscientas libras, era "indudablemente mayor" que el causado obteniéndolas de los ingresos de una sola persona con diez mil libras (*National Taxation after the War*, 1917).

Los utilitaristas que buscan la felicidad de grandes masas pueden errar su objetivo por apuntar a una media de bienestar demasiado baja: consultando los gustos de los más tal como son, no tal como pueden ser, "panem et circenses", comodidad y cines, antes que placeres más intelectuales. Pero Marshall valoraba la mejora en las circunstancias físicas, principalmente como medios de posibilitar a los más una vida noble. En ese tiempo feliz al que él aspiraba, los obreros manuales tendrían el "status" correspondiente a las profesiones liberales, respetados y respetándose a sí mismos, aunque llevando a cabo tareas desagradables, tal como tienen que hacer ahora los funcionarios y los cirujanos. "¿Es necesario que un gran número de personas estén ocupadas exclusivamente en un trabajo que carece de carácter elevado?" Es una de las preguntas que, nos dice, el economista debería tener a la vista. El sin duda alguna contestaría a esa pregunta de forma negativa.

En el Estado ideal de Marshall la vida familiar tendría un papel preponderante. La figura central sería la esposa y madre, practicando antiguas virtudes domésticas. Pero sus intereses no habrían de quedar limitados a la vida doméstica. Al principio de su notable discurso sobre el futuro de las clases trabajadoras, en 1873 —comparable con el capítulo de Mill sobre este tema—, Marshall pregunta "si la rápida perspicacia de la mujer no puede ser formada de manera que pueda prestar ayuda material al hombre en la ordenación de los asuntos públicos y privados". Nada de lo que yo le he oído decir ni de lo que he leído en sus escritos me induce

a creer que contestara a esta pregunta negativamente. Tenía en su propia casa una prueba de que todas las virtudes y gracias de la vida doméstica podían ir unidas a la capacidad para ayudar en la preparación del más grande tratado moderno sobre los intereses económicos del hombre.

La preocupación en favor de la práctica de los deberes familiares fué la base de la oposición de Marshall a la colación de grados universitarios a las mujeres (1896). Sin dar una opinión sobre este tema, puedo señalar que sus argumentos se dedujeron de principios que él, con aprobación general, aplicó a otro tema, el suscitado por el socialismo. Una y otra vez mostró simpatía por las generosas aspiraciones de los socialistas, aunque declinó adentrarse con ellos por caminos abruptos poco frecuentados. Con la misma idea se dirige al Senado de Cambridge pidiendo que empiece con medidas a medias, esperando a que se forme una experiencia antes de dar un paso de dudosa conveniencia, pero de gran magnitud.

No fué solamente en cuestiones de educación en las que Marshall se mostró contrario a dar el mismo trato a los hombres y a las mujeres. En la conversación más íntima que yo tuve con él se mostró opuesto a las ideas corrientes que tendían a formar las vidas de los hombres y las mujeres con el mismo modelo. En este aspecto expresó su disentimiento total con algunas de las expresiones de Mill. El tenor de sus objeciones era análogo a las críticas que Leslie Stephen hizo de los puntos de vista de Mill sobre los "derechos de las mujeres" y de su manera de ver el sexo como un "accidente" (*English Utilitarians*, vol. III). Marshall pensaba que habría que arriesgar una cierta pérdida de libertad individual en favor de la conservación de la familia. Veía a la familia como una catedral, algo más sagrada que las partes componentes. Y si se me permite completar la metáfora con mis propias palabras de manera que dé la impresión que yo recibí: en tanto que la estructura tal como es no resulta perfectamente simétrica, el intento de hacer que lo sea podría producir el hundimiento.

Pero dudo en exponer las opiniones de Marshall con palabras que no sean las suyas. Todo el que ha estudiado sus obras, y especialmente aquellos raros pasajes en los que, refiriéndose a críticas, él ha explicado su significación, se habrán dado cuenta de la

exactitud con que cuadraban sus palabras con sus pensamientos, de lo poco dispuesto que estaba a que se los sustituyeran por otros vocablos. Lo mismo que la cita equivocada de una buena poesía es siempre menos elegante que el original, así una variación en la dicción de Marshall supondrá, en general, una pérdida de exactitud. Así, abandono el intento de reproducir sus dichos. Tan sólo los puedo describir con las palabras que Sidgwick utilizaba en relación con un amigo perdido: "Jamás conocí a nadie más libre de los que Goethe llama "was uns alle bündigt das Gemeine". Después de hablar con él sentía siempre que las grandes realidades de la vida..., las verdaderas preocupaciones del espíritu humano, se me presentaban más reales, más frescas y más vivas."

R E C U E R D O S

Por el Profesor C. R. Fay

El Día Deportivo de los de primer curso (1902) fui invitado a comer en casa del profesor Marshall. Comimos pollo y tocino, budín y cerveza de gengibre. Estaban dos indios, una señora muy huesuda, un estudiante de mirada escudriñadora y yo. Tan sólo recuerdo que todo lo que yo dije (que fué poco) significaba otras varias cosas, y que Marshall estaba sentado en un pequeño taburete al lado del fuego. Llegué tarde para las cien yardas, única carrera en la que tenía alguna probabilidad.

Durante el segundo año fuí a una o dos de sus conferencias, y como resultado de la primera compré un gran libro azul sobre materias fiscales. A la segunda, Marshall llegó con su paraguas, el libro azul fiscal y un número de *The Times*, los dos últimos en una cartera que dejó al lado de la mesa. "Tengo por norma no hablar nunca de política", empezó diciendo, "pero este último discurso del señor José Chamberlain es... realmente...", y durante el resto de la hora estuvimos escuchando una apología del libre comercio.

No llegué a conocerle hasta que obtuve mi título universitario. Pigou me dijo que debería ir a verle en relación con un tema para una disertación para obtener una plaza de profesor. Y así una tarde de octubre, hacia el crepúsculo, fuí a Balliol Croft. "Pase, pase", me dijo, saliendo de un pequeño pasillo: y subí con él al piso superior. "¿Tiene usted alguna idea de lo que va a hacer?", me preguntó. "No", le contesté. "Muy bien, escuche entonces", dijo, sacando un pequeño cuaderno negro. Empezó a leer una lista de temas, después de haberme ordenado que levantase la mano cuando llegase a uno que me gustase. En mi nervosismo, traté de que-

darme con el primer tema, pero Marshall no me hizo caso y siguió leyendo. Aproximadamente hacia la mitad de la segunda página llegó a "la reciente crisis financiera alemana". Habiendo estado en Kreiswald un verano, indiqué ese tema. "No le va a usted en absoluto", dijo. Me estuve quieto otros cinco minutos y, oyendo la palabra "Argentina", hice otro ruido que le hizo detenerse. Mi única razón era que dos tíos míos habían tenido negocios allí. "¿Ha estado usted allí alguna vez?", me preguntó. "No", repliqué, y él siguió adelante. Unos momentos después se detenía y decía: "¿Ha encontrado usted algún tema que le guste?" "No sé", balbucí. "Jamás lo encuentra nadie", me dijo, "pero mi método es así. Ahora, ¿qué es lo que usted querría hacer?" "Una comparación entre la clase trabajadora inglesa y alemana", murmuré. Entonces sacó una pequeña linterna (ya estaba completamente oscuro) con un botón eléctrico y empezó a buscar en las estanterías, sacando libros ingleses y alemanes —von Nostitz, Kuhlmann, unos treinta en total. "Ahora —dijo— le voy a dejar para que los hojee; cuando haya terminado, llame y Sara le traerá el té." En respuesta a mi llamada vino el té en una mesita de ruedas y lo tomé completamente solo. Cuando me marché era demasiado tarde para Hall, tambaleándome bajo el peso de un montón de libros, y volví al día siguiente con una cartera a recoger los restantes. Los tuve aproximadamente tres años.

Poco a poco llegué a mi tema, la cooperación. Me había obligado con él a escribir en una página aparte de mi cuaderno de notas el título propuesto, cambiándolo cada semana hasta que llegó a satisfacer mis deseos. Por fin resultó "La cooperación en Inglaterra y en el extranjero, su análisis y descripción". Fué mientras estaba haciendo mi tesis cuando me pidió que diera clases de historia económica para los nuevos exámenes de Economía. En una época en que no había plazas de Economía en la Universidad o en los Colegios él nos pagó a tres de nosotros 100 libras anuales de su propio bolsillo. Fué el primer dinero que gané en mi vida. Me pagó anticipadamente, enviándome una nota que decía: "Por favor, no acuse recibo." El proporcionaba todos los libros, que yo me llevaba en un coche. Telefoneaba llamando uno, le salía al encuentro cuando llegaba, y me escoltaba en mis diversos viajes desde

la puerta a la carretera, moviendo su lamparita en las sombras. Cuando ya me iba, la señora Marshall volvía en su bicicleta, y él gritaba: "El señor Fay se va en un coche." El coche se ponía en marcha y yo veía desde la ventanilla la pequeña linterna brillando peligrosamente cerca de la rueda trasera. "Adiós, adiós".

Yo era licenciado en Filosofía cuando asistí a su último curso de conferencias. ¡¡Pretendía que le ponía nervioso un hombre tan instruído como yo!! Las conferencias trataban de "Comercio e Industria". Me acuerdo muy claramente de una sobre cristal veneciano, después de la cual tuvimos correspondencia sobre las desventajas del cristal moderno comparado con las muestras del viejo trabajo de Murano. Después de una de esas conferencias cometía una indiscreción. Había estado explicando los servicios positivos prestados a los cárteles por los judíos austriacos. Yéndome a su mesa, a la una y diez de la tarde, le dije: "Me parece que ha sido usted muy blando con los judíos." Yo acababa de volver de Neuwied, en el Rhin, cuartel general de los Bancos rurales de Raiffeisen, que habían liberado a los campesinos de la usura, y empecé a hablar de los tratantes de ganado judíos. "Calle usted", me dijo, y salió conmigo de la sala de conferencias literarias. Fui a por mi bicicleta y empecé de nuevo. "Ni una palabra", me dijo, "venga conmigo". Dejando mi bicicleta en la portería, atravesamos St. John hacia el Puente de los Suspiros y Wilderness. "Ahora podemos hablar", dijo; "había una judía en el primer Banco; ¡ha podido usted acabar con los exámenes!"

Durante el período escolar de mayo de aquel año me invitó a tomar el té varias veces. Una vez llegué cuando él y la señora Marshall estaban jugando a los bolos italianos, que consistía en darle a una pelota de "croquet" a través de un terreno no liso hasta un palo blanco. El jugó su turno al principio de una curva, conduciendo su pelota suavemente colina arriba, de manera que debería volver a bajar poniéndose en posición. Yo apunté directamente y con fuerza a través del campo, dándole al palo y llevándolo hasta el borde. Esto le debió impresionar mucho porque, conforme íbamos hacia la casa de verano, me dijo: "Sabe usted, mi profesor una vez creyó que yo no sacaría el primer curso." "¿Había estado usted enfermo?", pregunté. "No", dijo él. "En-

tonces, ¿por qué pensaba eso?", pregunté, sorprendido. "El deporte", contestó él. "Pues yo no sabía que fuese usted un atleta como Maitland", dije, "¿qué deporte era?"; y en contestación, con una voz fina y divertida, llegó una sola palabra: "Bolos".

Hasta que empezó la guerra solía ir a tomar el té con él una o dos veces al año. Esto era para mí una peregrinación sagrada. Por naturaleza, no soy de esas personas que sienten veneración hacia sus mayores; pero en su presencia, yo me convertía en un adorador, e invariablemente me marchaba con esa extraña sensación interna que en los muchachos acompaña al éxito atlético excepcional.

En 1918, cuando nuestro Quinto Ejército fué derrotado por los alemanes, yo volvía a Inglaterra para dar conferencias en la Escuela de Oficiales de Caius. Entonces estaba en el Cuartel General de la Escuela de Ametralladoras y estábamos tratando de obtener que el Ministerio de la Guerra nos diese más ametralladoras. Instigado por mi coronel redacté un informe extraoficial y antirreglamentario para presentar al general Smuts, que era miembro honorario de mi Colegio. Envié el borrador a Marshall. Unos diez minutos después de llegar a mi casa sonó el teléfono y oí la voz de Marshall que decía: "¿Tiene usted un lápiz? Nos llevará aproximadamente unos diez minutos." "¿Pero no puedo ir? No oigo bien", le dije. "Bien, bien, venga a las diez y media, pero no se entretendrá usted mucho tiempo." Cuando llegué me saludó con un "No estoy preparado para discutir, sólo para escribir"; me dictó un nuevo borrador de mi memorándum, que constituía indudablemente una notable mejora. "Podría usted haber arruinado toda su carrera haciéndolo de esa manera", me dijo; "lo que usted realmente trata de decir está en el apéndice". Aparte de esto, tenía un perfecto conocimiento mecánico de las diferencias entre una máquina Vickers y una Lewis, sobre el que se basaba mi argumento táctico. "Ahora váyase", me dijo, "que voy a dejar que hable Pájaro Negro". Pájaro Negro era una pianola. Y al decir esto, se extendió sobre unos almohadones en el suelo y, después de apretar el botón, cruzó los brazos y se entregó al descanso. Yo me retiré lentamente.

El último año, antes de que yo marchase al Canadá nueva-

mente, mi mujer y yo tomamos el té con él por última vez. Nos habló de lo poco que debía al viaje que había hecho a América, cincuenta años antes. Yo hice una breve observación sobre la monotonía del industrialismo moderno, ante lo que dió un salto y empezó a describir el romance del acero moderno. Pero yo había incumplido ya la promesa que había hecho a la señora Marshall, pues había estado con él dos minutos más de los diez autorizados. Así, me levanté para salir, pero él se adelantó a nosotros y salió hasta el jardín.

Cuento estas cosas porque aquellos que le conocen solamente a través de sus obras encontrarán difícil comprender su intensa humanidad y el afecto que profesaba e inspiraba. Yo soy muy malo en matemáticas, y en la única ocasión en que hablamos de ellas, el gran economista matemático declaró con impaciencia que esta parte de la economía estaba, en nuestros días, sobrecargada. El tónico me ha durado desde aquel día hasta hoy.

R E C U E R D O S

Por E. A. Benians

Asistí a las conferencias de Marshall durante el curso académico 1900-1901. Solía dar muchas conferencias en aquella época, un curso elemental dos veces por semana durante tres períodos escolares y un curso adelantado tres veces por semana durante un solo período. En años posteriores dió muchas menos clases. La fama de Marshall atraía una multitud, que no era, evidentemente, lo que él deseaba. Entre las primeras frases de su conferencia de apertura recuerdo: "Si han venido ustedes a buscar conocimientos con los que pasar los exámenes, fracasarán ustedes. Sé más que ustedes y les venceré. Harían mejor en ir a otro lado." Esto le ganó todos los corazones. Las primeras conferencias fueron un proceso de selección, y pronto nos pusimos al trabajo con aproximadamente la mitad de alumnos que al principio. El estilo de Marshall no era popular y él se encontraba más a gusto con una clase reducida. No proporcionaba información, sino que iba buscando el modo de despertar el entendimiento. Uno abandonaba con desesperación la tarea de tomar apuntes. De unas setenta conferencias, o quizá más, saqué tantas páginas de apuntes como se podrían haber sacado de media docena de conferencias de tipo más corriente. Dudo que la originalidad de Marshall pudiera haber sido vindicada, como lo fué la de Adam Smith, a base de los apuntes de los estudiantes. La estructura de los pensamientos de Marshall era difícil de seguir. Siempre había algo evasivo y que aturdí, aunque siempre estimulante, en su estilo, que removía el cerebro, pero que, con la excepción de alguna frase o algún ejemplo inesperado, dejaba poca huella en la memoria. Hablaba con facilidad, como una persona que está conversando, y cuando estaba en la sala de conferencias parecía enormemente feliz. Todavía le recuerdo dirigiéndose a su

clase en Divinity School, la cabeza inclinada hacia adelante como en meditación, subiendo a la tarima con algo de confusión en sus maneras, apoyándose en la mesa, sus manos enlazadas por delante de él, sus ojos azules brillando, ya hablando con fluidez, ya bromeando sobre alguna historia, ya preguntando a sus alumnos o haciendo pausas impresionantes, con expresión de raptó; ya hablando en tono profético de algún problema del futuro: la alimentación de la India, la perspectiva del mantenimiento de la grandeza de Inglaterra, el destierro de la pobreza del mundo.

Poseía una singular facultad de ilustración. Su mente era un almacén de hechos, aunque nunca aparecían más que en su puesto subsidiario. Buscaba en el pasado remoto, o sacaba estadísticas recientes, o cartas en los periódicos, o alguna obra teatral entonces representada, como fruto de su propia observación. Nunca estuvo fuera de contacto con la vida. Su alcance informativo y su costumbre de obtener ejemplos sencillos, concretos y válidos, recordaban la *Wealth of Nations*. ¿Quién podrá olvidar la torpe forma de competencia ejemplificada en los antiguos exámenes de matemáticas, o la señora que guardó sus vestidos hasta que la moda volviera a ser otra vez la misma, o la viuda que compró la placa "John Smith, dentista" en una subasta, porque nunca se sabe lo que puede suceder? El humor tenía un papel importante en sus clases. Sabía historias muy buenas, y nadie disfrutaba con ellas más que él mismo. A veces llevaba notas a clase, aunque dudo de que las siguiera alguna vez; e incluso cuando anunciaba de antemano el tema de una conferencia, con frecuencia se apartaba completamente de él, persiguiendo un nuevo pensamiento que le había venido a la mente de una manera súbita. De vez en cuando invitaba a que se le hicieran preguntas u observaciones. Pero pocas personas eran lo suficientemente valientes para hablar bajo la mirada atenta y expectante de Marshall. No era muy exigente en lo que se refiere al tiempo cuando el tema que estaba tratando le interesaba, especialmente con el curso adelantado, y las clases, que empezaban a las doce, frecuentemente se acababan bastante después de la una, y en una ocasión incluso después de las dos, aunque hay que decir que aquella vez nos avisó de que necesitaría una hora más. Utilizaba ampliamente la historia, especialmente la his-

toria económica reciente, aunque con frecuencia hablaba de los historiadores muy duramente. Iban repitiendo los errores de los demás de generación en generación. "Cuando las causas y los acontecimientos producen combinaciones melodramáticas, los historiadores las ponen en relación, sospechan la relación." Le gustaba contrastar las causas supuestas y reales de los acontecimientos para acentuar la significación de los hechos ocultos o ignorados, esa causa insospechada, esa insignificante circunstancia, esa coincidencia menospreciada, que cambiaron el curso de la historia. Aunque yo creo que no tuvo demasiado amor a la historia por sí misma, sus generalizaciones e interpretaciones de la historia fueron de una gran originalidad e interés, y he sabido que durante algún tiempo pensó escribir un extenso tratado de Historia Económica. Generalmente ponía preguntas en sus clases. Las contestaciones del curso elemental las entregaba, en mi época, pero las del curso adelantado las leía él mismo con considerable atención. Los ejercicios eran devueltos con abundancia de tinta encarnada en ellos, críticas humorísticas, generosas alabanzas, censuras comprensivas. Era una parte de la naturaleza impulsiva de Marshall el que todo lo que surgiera, surgiera con mucha fuerza.

Ciertamente, era un profesor único. Parecía que cogía la mente de su oyente y la forzaba a hacer ejercicios a los que no estaba acostumbrada, con muchos saltos violentos y una persecución sin tregua. Le encantaba asombrar e intrigar a uno, y luego, de repente, deslumbrarle con una luz inesperada. Recuerdo que la descripción de una de sus conferencias era "eras de oscuridad y momentos de visión". Pero la visión valía la pena, y no se podía apreciar bien sin el asombro que la precedía. El peso de su enseñanza era mirar debajo de la superficie, y muchas frases que llamaban la atención, y concisos mandatos acentuaban su significación. Le gustaba de manera especial la frase "Uno en lo vario y lo vario en uno", aplicada a la unidad de los fenómenos económicos. "No prestéis atención a lo que los hombres niegan; escuchad lo que afirman", decía; y, hablando de las funciones del Gobierno, "¿Quiere decir gobierno omnisciente, totalmente justo, todopoderoso, o gobierno tal como es ahora?" Algunas veces surgía la nota personal: "Yo sería socialista si no tuviera nada mejor que hacer";

o lanzaba las cosas en un tono retador: "Yo no tengo la menor importancia; usted tiene poca; las únicas personas que importan son las que están por debajo de tres". Frecuentemente hablaba riéndose, atragantándose en la exuberancia de su conversación, terminando con un falete. Estas maneras eran agradables y memorables para el estudiante. Lo que quedaba en nosotros de las clases de Marshall no era, ciertamente, un conocimiento ordenado de la economía, insuficientemente, como él había predicho, para pasar un examen, sino quizá un interés despierto, una mayor perspicacia, el recuerdo de algún momento de iluminación y un sentido de la importancia de la economía. Habíamos aprendido que la economía es una ciencia difícil, poco apta para las escuelas; útil, pero con unas limitaciones muy definidas a sus poderes; y, sin embargo, con un elevado propósito tendente al fomento del bienestar humano que la hizo digna de ser estudiada por el hombre.

IN MEMORIAM: ALFREDO MARSHALL (111)

Por el profesor A. C. Pigou

Para los que son estudiantes, o lo han sido, de Economía en Cambridge, resultará apropiado que se digan unas palabras en público aquí en recuerdo de Alfredo Marshall. Al ocupar yo la cátedra que él honró, me corresponde—aun cuando no estoy capacitado para ello—tratar de pronunciar esas palabras. Todos hemos sido alumnos de Marshall a través de sus obras; algunos de nosotros—los más viejos—también lo hemos sido a través de su enseñanza personal y de su inspiración. La voz ya se ha callado: la obra está hecha. Por respeto y gratitud solicitamos su permiso.

Este no es el lugar, ni es todavía tiempo, para intentar hacer una estimación cuidadosa o completa de lo que Marshall realizó en favor del adelanto de la ciencia económica. Pero me gustaría decir algo, en forma de somero esquema, sobre la manera cómo se aproximó al tema y de las tendencias generales de su pensamiento.

Para alguien que lea por primera vez algunas de las partes más serias de su obra, sus escritos sobre la teoría pura del comercio exterior e interior, por ejemplo, o su testificación ante la Comisión del Oro y la Plata, podría parecer que con él se trata de una persona cuya manera de abordar el tema es fundamentalmente la intelectual; cuyo interés es lógico y abstracto; que se mantiene aparte del aspecto humano de la vida social. Y, conforme nos vamos dando cuenta del inmenso poder del aparato intelectual que manejaba, esa impresión se hace más profunda. Había una tradición, cuando yo era estudiante—ignoro qué fundamento

(111) Conferencia pronunciada en Cambridge el 24 de octubre de 1924.

de verdad tenía—, según la cual cuando caía en sus manos un tratado matemático difícil, el método de Marshall era leer el primer capítulo y el último, y después ponerse junto al fuego y construir por sí mismo lo demás. Pero aunque su poder intelectual era muy grande y aunque lo empleó sin límites en servicio de la economía, no fué en su aspecto intelectual cómo le atrajo la economía de manera fundamental. Me dijo una vez—no puedo recordar si fué a mí solo particularmente o en una conferencia a una clase—que durante unos dos años después de graduarse su interés se había centrado en la filosofía. Solía errar por las montañas suizas llevando a la espalda no, como algunos de nosotros hacemos, elementos y comida que nos permitan escalar las altas montañas, sino la *Critique of Pure Reason*, de Kant, y cuando llegaba a un sitio adecuado, se sentaba bajo una roca y se ponía a estudiar ese libro. Sacando en conclusión, por lo que yo puedo entender, que de los problemas metafísicos más profundos la humanidad jamás podría esperar otra cosa que un conocimiento muy pequeño; se desvió cada vez más hacia la ética, y fué a través de ésta como llegó a la economía: porque cuando uno ha decidido qué cosas, o si se quiere, qué estados de conciencia son buenos en última instancia, se convierte en el deber de uno intentar y poner por obra esas cosas, y para llevarlas a cabo uno necesita, sobre todo, habilidad para desenmarañar el tejido de causas y efectos en la esfera económica. Así, la economía era para él una auxiliar de la ética, no un fin en sí misma, sino un medio para un fin ulterior: un instrumento mediante cuya perfección se podría hacer posible la mejora de las condiciones de la vida humana. Las cosas, organización, técnica, eran accidentes: lo que importaba era la cualidad del hombre. Escuchad un pasaje de una conferencia pronunciada en público en 1877:

“Desde luego, el trabajo mecánico—el trabajo de los obreros—está pagado. Y existe, en lo que se llama la sociedad culta, la costumbre de hablar de tal trabajo como si hubiése necesariamente algo sórdido en ello. Naturalmente, algunas máquinas se hacen exclusivamente para ser vendidas; pero también sucede esto con un gran número de cuadros y poemas. Es mejor construir una carretilla por dinero que escribir un poema parcial para agradar a

un mecenas, como hicieron muchos poetas en tiempos pasados: porque deliberadamente transformaban en moneda lo mejor que poseían, en tanto que el fabricante de carretillas no necesita violentar su vida interior para hacer carretillas. Pero si el poeta, o el pintor, o el fabricante de carretillas piensan, ante todo, en hacer su obra bien, y sólo secundariamente en el dinero que obtendrán por ella, ni él ni su obra se rebajan en modo alguno por el hecho de que se la paguen. Si se convence a un hombre de que su trabajo es mercenario cuando no lo es, se le infiere un tremendo perjuicio. La creencia de que es mercenario bajo, se apoderará de él y avanzará hasta hacer que realmente lo sea. Pero si en su actividad hay espacio para un intelecto vigoroso y creativo que adapte los medios a los fines y proyecte nuevos medios y nuevos fines, y se le puede convencer de esto, se le hará un favor. Toda la fuerza y la energía que hay dentro de él se canalizará hacia su trabajo, y se hará fuerte realizando cosas difíciles. Si hay espacio en su actividad para la imaginación, la delicadeza y la gracia, y se le puede convencer de ello, se le hará un gran servicio. Si es la persona adecuada para ese trabajo, lo mejor que haya en ella marchará al encuentro de lo mejor que haya en su oficio. Tenderá a la perfección por el solo gusto de la perfección. Se le desarrollará un orgullo artístico en las cosas que haga y venda. No supongo, no espero, que dejemos de ser alguna vez una nación de fabricantes y mercaderes, de artesanos y comerciantes; pero espero y creo que podremos ser una nación de artistas, de hombres que se complazcan en su trabajo porque es el mejor trabajo que puede salir de sus cerebros y sus manos; porque han intentado hacer que satisfaga la noción que ellos tienen de la idoneidad y adaptación a su propósito, de la gracia y la belleza, mejor que ninguna otra cosa de su género que se haya hecho anteriormente."

En este párrafo se ve el espíritu que dominaba su pensamiento, y en él se puede ver con claridad cuál fué el impulso que le condujo hacia la economía. "El estudio de las causas de la pobreza—escribía—es el estudio de las causas de la degradación de una gran parte de la humanidad." Nuevamente, en una conferencia pronunciada en 1883, decía:

"A medida que han ido surgiendo inconvenientes han ido sur-

giendo también esperanzas de que la pobreza y el trabajo extremadamente duro desaparecerían, pero estas esperanzas, formadas una tras otra, se han visto decepcionadas. El hilo que, en los tiempos antiguos hubiera sido tejido por un hombre en diez años, se teje ahora en un día con máquinas que un solo hombre puede manejar, y, sin embargo, todavía hay gente que no tiene vestidos, sino harapos. Cada libra de carbón que se echa en la caldera de una máquina de vapor realiza tanto trabajo como los cansados músculos de un hombre durante un día; y a pesar de ello, incluso en Inglaterra y en otros países occidentales, hay obreros que tienen que hacer unos esfuerzos físicos tan duros, que no les quedan energías para una vida humana más elevada. Este estado de cosas tiene que aterrar a las personas que piensan, y, desde tiempo inmemorial, se han elevado protestas contra un estado de sociedad en que tales cosas pueden suceder. Hay dos grandes preguntas sobre las cuales no es necesario pensar demasiado. La primera es: ¿Es necesario que, existiendo tanta riqueza, tenga que haber tanta necesidad? La segunda: ¿Es que no está latente en el corazón de los hombres ricos y pobres un gran fondo de conciencia y altruismo, que podría surgir si los problemas de la vida se planteasen ante ellos de una manera exacta, y que tendría como resultado una rápida disminución de la pobreza y la miseria?"

Aquí tenemos de nuevo el sentimiento que fué el motor de su vida: un agudo sentido de la paradoja de la pobreza, un fuerte torrente de simpatía humana. Detrás del grueso de su trabajo intelectual, esto estaba simplemente como origen y fuente.

Pero hay otro aspecto. Aunque, como él sostenía, el fin y la justificación del estudio de la economía es promover la mejora social, el deseo de lograr este fin no nos debe llevar a despreciar los medios necesarios o a lanzarnos al ataque sin una preparación adecuada. Otro gran pensador de Cambridge, Henry Sidgwick, escribió una vez: "el entusiasmo es frecuentemente un turbulento escape de humo y chispas. La cultura tiene que refinarlo hasta convertirlo en una llama serena." Bajo análoga inspiración, el mismo Marshall escribió:

"El entusiasmo por los ideales de la fe, de la esperanza y de la caridad es la mejor de las pertenencias del hombre; y el mun-

do debe mucho a aquellos que fueron profundamente movidos por este entusiasmo. Pero, en cambio, uno que estudie seriamente los problemas sociales tiene que tomar a la humanidad tal como la encuentra, y ha de basar sus supuestos sobre aquello que sea practicable. Tiene que alimentar ideales en su corazón, pero sus acciones, su conversación e incluso su pensamiento tienen que estar principalmente ocupados con la realidad: tiene que resistir cualquier tentación de abreviar en dirección al ideal. Porque, desde luego, un viajero en un paraje complicado, que trate de llegar a su meta final a la carrera, muy probablemente perderá el tiempo y las energías, e incluso acabará en el desastre."

Así, aunque el economista ha de tener siempre a la vista la meta del mejoramiento social, su tarea especial no es ponerse al frente de la primera línea de ataque, sino estar pacientemente detrás de las líneas preparando las armas del conocimiento. Su aportación no consiste en crear recursos prácticos específicos por sus propias manos, sino en proporcionar una organización del pensamiento y método que haga que los recursos prácticos se creen con éxito; esto impedirá que el trabajo lento y las reacciones ocultas, frecuentemente más importantes que las inmediatas y obvias, dejen de tenerse en cuenta; esto, además del signo, mostrará la cosa señalada; esto proporcionará a aquellos a quienes la piedad mueve a la acción, la luz del conocimiento seguro y la afilada espada del recto análisis. Y para este trabajo se necesita: la fuerza del pensamiento continuado durante largo tiempo: la acumulación de grandes masas de hechos. Cuando estaba tratando de establecer lo que actualmente son los exámenes de economía, le atacaron preguntando si la economía realmente tenía entidad para un curso de tres años, a lo que él contestó: "¡De tres años! ¡Hay para tres mil años!"

Partiendo, pues, de la firme convicción de que la ciencia económica ha de ser valorada no como una gimnasia intelectual, ni siquiera como un medio de obtener la verdad por el solo afán de la verdad, sino como auxiliar de la ética y un sirviente de la práctica, Marshall se lanzó resueltamente a moldear su trabajo conforme a esas líneas de su ideal. Aunque era un hábil matemático, usó de las matemáticas con sobriedad. Vió que una con-

fianza excesiva en este instrumento podría llevar a perdernos en la persecución de juguetes intelectuales, de problemas imagiarios, que no corresponderían a las condiciones de la vida real; y, más aún, podría falsear nuestro sentido de la proporción haciendo que descuidásemos factores que no pudieran ser tratados fácilmente por el mecanismo matemático. Subrayó la necesidad, por ejemplo, de que las series de curvas estadísticas fueran acompañadas de notas escritas sobre acontecimientos no estadísticos, por temor a que cayésemos tácitamente en la falsedad de considerar lo que puede tratarse con nuestro aparato intelectual como equivalente de lo que es importante. En esta misma dirección, aunque su fuerza principal radicaba en el aspecto analítico, fué un coleccionista infatigable de detalles realistas. Una vez me dijo que, en sus años jóvenes, se había propuesto dominar los principios básicos de todas las operaciones mecánicas que se realizan en las fábricas; que, después de cierto tiempo, cuando visitaba una fábrica podía adivinar con exactitud los jornales que los distintos obreros ganaban, con sólo observarles unos momentos, y que, cuando sufría alguna equivocación notable, siempre había alguna explicación especial. Con este mismo espíritu, acogió con entusiasmo la oportunidad de actuar en la Real Comisión de Trabajo, donde entró en íntimo contacto personal con muchos representantes de los obreros y empresarios. Lo que él quería obtener por este medio era una *impresión directa* del mundo económico, algo más íntimo de lo que se puede obtener de meras descripciones escritas, algo que capacitase a una persona con instinto seguro para establecer las cosas en su verdadera escala de importancia, y no poner en primera línea algo que sea realmente secundario, solamente porque presenta un curioso problema para ser analizado. Los alemanes, dijo una vez, cuando escriben tratan de decir todo lo que es verdadero; los ingleses, todo lo que es verdadero e importante. En esto, él era típicamente inglés. En esto, puedo añadir también, era quizá especialmente desesperante para algunos de sus alumnos. Recuerdo, y no una sola vez, sino muchas, haber cogido algún problema y haberme lanzado a trabajar sobre él, ávidamente y con energía, llegando a imaginarme orgullosamente que había logrado hacer alguna aportación ori-

ginal al pensamiento económico. Entonces cogía los *Principles* de Marshall y, casi invariablemente, encontraba media frase, en alguna oscura nota, quizá entre paréntesis, que demostraba claramente que Marshall había resuelto ese problema hacía mucho tiempo, pero que no había creído que valiera la pena dar más publicidad a la solución.

Su convicción de que el principal valor de la economía era ser una sirvienta de la práctica tuvo otra importante repercusión en el método de Marshall. Siempre trataba de escribir en un estilo que fuera inteligible para los hombres de negocios lo mismo que para los que se dedicaban al estudio de la economía. La amplitud, distinta de la profundidad, de su influencia se debe, sin duda alguna, parcialmente, al hecho de haber tenido éxito en este empeño. Pero, como probablemente me están escuchando personas que están empezando el estudio de la economía, quizá deba añadir una advertencia que deriva de mi propia experiencia. El método de escribir al que condujo el propósito de Marshall puede llegar, al principio, a causar confusión. Alguien dijo una vez que su libro se había escrito como si fuera una enorme vulgaridad. Confieso que cuando lo leí por primera vez hace muchos años, pensé esto exactamente; ¡pensé cuánto mejor lo habría podido escribir yo! La primera vez que uno lee los *Principles*, uno se siente altamente inclinado a pensar que todo es perfectamente obvio. La segunda vez, uno se da cuenta del hecho de que no lo entiende. Si entonces se lee otro libro sobre el mismo tema y después se vuelve a coger el de Marshall, se descubre, en la tercera o cuarta lectura, que en esas vulgares frases se afrontan y resuelven dificultades que en otros sitios no se perciben o se pasan por alto. Debajo de esas frases suaves se descubre una maquinaria de pulido acero, cubierta por las frases como por una fachada. Lean, por ejemplo, el capítulo sobre Sindicatos al final de la versión reducida de los *Principles*, *The Economics of Industry*. Al principio parece un estudio monótono y vulgar; más tarde se descubre con emoción que la parte fundamental del mismo es una traducción al lenguaje ordinario de una cuestión matemática, que quizá no pueda ser emprendida totalmente hasta ponerla de nuevo en la forma simbólica en que fué construída por primera vez. Lea

digo esto como advertencia. Cuando uno llega a descubrir que no sabía de antemano lo que Marshall tenía que decir, se ha dado el primer paso para hacerse economista.

Lo que he dicho de la avidez de Marshall por los hechos no debe tomarse como base para pensar que consideraba a la economía como un mero catálogo descriptivo del presente y el pasado. Los hechos por sí mismos no son la meta. Escribía: "Los hechos son los ladrillos con los que la razón construye el edificio del conocimiento." Nada podemos hacer sin hechos; pero con hechos tampoco podemos hacer nada hasta que no se han hecho pasar por el molino del pensamiento y la razón ha extraído de ellos sus lecciones. Hablando de la doctrina económica en su aspecto más fundamental, escribió: "No es un cuerpo de verdades concretas, sino una maquinaria para el descubrimiento de verdades concretas." Es, si se me permite parafrasear sus palabras, una maquinaria que construimos en nuestras mentes, un método, un órgano de investigación que puede dirigirse hacia problemas específicos a medida que se presentan; que bajo condiciones diferentes, dará respuestas diferentes a preguntas similares; pero no consiste en un conjunto de respuestas o en un dogma. La aportación principal que Marshall hizo a la ciencia no se encuentra en la obra que él mismo realizó con este instrumento de pensamiento, aun cuando fué grande e importante, sino en lo que hizo para construir, fortalecer y mejorar enormemente el instrumento mismo. Es corriente, en las notas sobre el desarrollo de la teoría del valor, atribuir a Marshall la síntesis y el haber modelado en forma de conjunto coherente las aportaciones, complementarias pero unilaterales, de Ricardo y de Mill, por una parte, y de Jevons, por otra. Ciertamente, hizo esto. Pero hizo mucho más que esto. Vió, entre otras cosas, como nadie había visto antes que él, las inmensas dificultades que había que vencer para desarrollar un análisis del valor en el que se tuviera la debida cuenta del elemento tiempo. Con las concepciones que van unidas a las palabras cuasi-renta, empresa representativa, economías externas e internas, excedente de los consumidores, elasticidad de la demanda, ha construido una estructura que es tan diferente de cualquier otra conocida con anterioridad, como una locomotora moderna lo

es del "Rocket" de Stephenson. Es en este tipo de construcción, ya se trate del análisis del valor en general, o del dinero, o del comercio exterior, en lo que es superior a todos. Siendo, como era, hábil e incansable en el uso de los instrumentos que poseía, es como fabricante de instrumentos como destaca, solo entre los economistas ingleses, como compañero e igual de Adam Smith y de Ricardo.

Pero no son materias de este tipo las que nos preocupan hoy fundamentalmente. La posición de Marshall en el pensamiento económico fué única: fué nuestro conductor, reconocido y sin disputa. Pero fué mucho más que un gran pensador. Fué, para todos los que le conocimos, un brillante ejemplo de devoción exclusivamente dedicada a la persecución de un fin altruista. Un estudiante a quien él consideraba una promesa le mostraba su respuesta, a una pregunta (de Marshall) comprendida a medias. El comentario de Marshall en tinta encarnada era tan largo como la contestación del estudiante. Si un incapaz le escribía explicando una estúpida panacea para todos los males de la sociedad, Marshall empleaba horas de cuidadoso trabajo escribiendo una respuesta adecuada. Si se iba a su casa, una de las tardes en que estaba allí, con alguna dificultad que le ponía a uno en un apuro, era una experiencia instructiva. Nunca se le ocurría que algo tan sencillo como las dificultades que uno tenía pudiera realmente poner en aprietos a nadie. Inmediatamente percibía uno tras otro complicados problemas que no habían llegado a penetrar en nuestro cerebro, y vertía sobre uno, generalmente, con entusiasmo, un torrente de conocimientos que asombraban y le dominaban a uno. Se marchaba uno quizá sin haber tocado la dificultad que le había llevado allí, pero con un saludable sentimiento de la propia incompetencia; con la convicción de que en él había una personalidad sorprendente; que ese hombre, por lo menos, creía de todo corazón que la economía era algo que valía la pena; que incluso creía que uno mismo, con toda su debilidad y falta de madurez, podía, si realmente lo intentaba, hacer algún día algo útil para sus conciudadanos. No puedo describirles una de esas entrevistas, pero hubo muchas de ellas, y en muchas vidas des-

tacan, estoy seguro, no como un mero recuerdo, sino como una influencia duradera e indeleble.

El punto de vista de Marshall era que la economía es un campo que necesita del trabajo en cooperación de muchos hombres con diferentes inclinaciones intelectuales. No quería saber nada de controversias entre escuelas inductivas, deductivas, históricas, etcétera. Había trabajo para todos, y a todos recibía bien. Lo que él quería era trabajo constructivo. No prestaba atención a la crítica meramente negativa. Casi todo lo que los grandes economistas clásicos, dijo una vez, escribieron con carácter positivo es acertado, si se interpreta adecuadamente; pero mucho de lo que han escrito criticándose unos a otros, está mal. Era generoso, algunos dirían que indebidamente generoso, en sus interpretaciones de los escritores anteriores a él. Pero, pensemos lo que queramos de esto, el espíritu que inspiró su generosidad no merece más que admiración. Para él, todos los economistas eran compañeros de trabajo. No era muy agradable descubrir una equivocación cometida por otro y distinguirse exponiéndola. Lo que interesaba era la verdad encontrada por los demás, no sus equivocaciones. El medio de hacer adelantar a la ciencia era la cooperación, no la rivalidad. Y así, trataba incansablemente de conducir a los hombres y a las mujeres al estudio de la economía, esperando que sus trabajos conjuntos contribuyeran al progreso de la ciencia y a reemplazar, tan pronto como pudiera ser, no solo el trabajo hecho por sus contemporáneos, sino por él mismo. Como medio de lograr ésto, se dedicó a desarrollar los estudios económicos en Cambridge. Al principio trabajó juntamente con los cursos de Historia y de Ciencias Morales, pero en 1903 consiguió que se establecieran exámenes autónomos de economía. Dedicó a la organización de esto inmensas cantidades de tiempo y mucha reflexión, y después de retirarse de la cátedra continuó hasta el último momento vigilando atentamente el avance del Departamento de Economía y el aumento del número de estudiantes: y esto no porque los exámenes de economía fueran una obra suya, sino porque en el desarrollo de los estudios económicos organizados veía un medio para el progreso de la ciencia económica, que era en sí mismo un medio para la mejora de la vida social. El trabajo conjunto hacia un objetivo común, mo-

vido por la simpatía hacia la humanidad, era el concepto que él tenía de la tarea que se presentaba ante aquellos a quienes él formaba para ser economistas, y por cuya consecución él trabajaba en Cambridge. Cuando volvió aquí como profesor en 1885, terminó su discurso inaugural con estas palabras:

“Será mi ambición predilecta, mi tentativa más enérgica, hacer cuanto pueda con mis escasas facultades y mis limitadas fuerzas, para aumentar el número de aquellos a quienes Cambridge, la gran madre de los hombres fuertes, lanza al mundo con las mentes claras pero con los corazones ardorosos, deseosos de dar al menos algo de sus mejores cualidades para luchar contra el sufrimiento social de que están rodeados; resueltos a no descansar satisfechos hasta haber hecho lo que en ellos esté para descubrir hasta donde se pueden entregar a todos, los medios materiales de una vida noble y refinada.”

Para él, la tarea a la que nos llamaba a todos no tenía nada de insignificante o mezquino. El, el maestro, imponía sobre nosotros, los principiantes, que al entrar en un campo nuevo podíamos considerarlo a la ligera, su propio sentido de las grandes dificultades y del enorme trabajo que todavía quedaba por hacer. Para él, la vocación de economista era elevada y de responsabilidad, digna de llenar la vida de un hombre. He aquí un párrafo que he encontrado entre sus manuscritos, en el que define los deberes del estudiante hacia el Estado:

“Los estudiantes de ciencias sociales deben temer la aprobación popular: el mal se pone a su lado cuando todos los hombres hablan bien de ellos. Si hay una serie de opiniones mediante la defensa de las cuales un periódico puede aumentar su venta, el estudioso que quiera dejar el mundo en general y su país en particular, mejor de lo que estaría si él no hubiera nacido, está obligado a tratar de las limitaciones, defectos y errores, si los hay, de esa serie de opiniones; y no debe defenderlas incondicionalmente nunca, ni siquiera en una discusión “ad hoc”. Es casi imposible que un estudioso sea un verdadero patriota y que durante su vida tenga la reputación de serlo.”

Este fué el austero ideal a cuya luz él trabajó. Un estudioso no debe fidelidad a ningún partido; no debe jamás acceder ante un

argumento erróneo, ni siquiera si se utiliza para defender un fin en el que él cree. Es un servidor de la sociedad: su servicio consiste en seguir con una mente constante los alados pies de la verdad.

Y llego a mis palabras finales. El Maestro a quien todos reverenciamos ha muerto: cargado de honores, cargado de años, habiendo realizado el trabajo al que estaba llamada su vida; y ustedes a quienes hablo, muchos de ustedes, no tienen ni siquiera la cuarta parte de sus años. Si ello fuera posible me gustaría actuar como intérprete de su espíritu ante ustedes en su juventud y transmitirles un mensaje, digno de su pensamiento y de su vida. Estamos juntos en este mundo durante corto tiempo. De lo que hay más allá, podemos hacer conjeturas, podemos, si queremos, alimentar esperanzas, pero no *sabemos* nada. Sin embargo, hay una cosa que nos es cierta: las vidas en este mundo —las breves vidas— de multitudes de nuestros prójimos están cubiertas por el dolor y forzadas por la necesidad. Somos libres, si queremos, de despreocuparnos, de obstaculizar o de ayudar. Si vamos a ayudar, hay muchos caminos. Uno de esos caminos es el del pensamiento y el estudio, desarrollando conocimientos. Este fué el camino que él eligió. Es el camino de algunos, pero no de todos ustedes, y el mensaje de su vida no es sólo para aquellos que siguen ese camino. Cualquier camino que escojan, escójanlo de todo corazón. Sigán la estrella que les conduce: sigánla sin volverse atrás, cualesquiera que sean las dificultades y los trabajos. No atesoren su propia vida, gástenla; gástenla en un objetivo que esté fuera de ustedes mismos, cuyo valor puedan apreciar. Puede suceder que de esa forma ganen su vida, o que la pierdan. Pero la ganen o la pierdan, la habrán ganado o perdido bien:

Oh, joven marinero que estás contemplando
al mago gris con ojos asombrados,
este es Merlín, y está muriendo,
este es Merlín que siguió al relámpago.

* * *

Después, siguelo: sigue al relámpago.

J. M. KEYNES